

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR**

ÁREA DE LETRAS

**MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE LA CULTURA,
MENCIÓN: LITERATURA
HISPANOAMERICANA**

**El pensamiento liberal y socialista en la obra
de Ángel Felicísimo Rojas**

Yovany Salazar Estrada

2004

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Yovany Salazar Estrada
Octubre de 2004

**UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR
SEDE ECUADOR
ÁREA DE LETRAS**

**MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE LA CULTURA,
MENCIÓN: LITERATURA
HISPANOAMERICANA**

**El pensamiento liberal y socialista en la obra
de Ángel Felicísimo Rojas**

Yovany Salazar Estrada

**DIRECTOR :
Mg. Raúl Vallejo Corral**

**Loja – Ecuador
2004**

RESUMEN:

El pensamiento liberal y socialista en la obra de Ángel Felicísimo Rojas se propone tres objetivos específicos: 1) ofrecer una visión panorámica del origen, desarrollo histórico, matices, ejecutorias, alcances y limitaciones de las ideologías liberal y socialista en Europa, Latinoamérica y Ecuador, así como del influjo que las mismas han tenido en el devenir sociohistórico, cultural y literario de nuestro país; 2) caracterizar, analizar y valorar el desarrollo del pensamiento ideológico liberal y socialista en la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas; y, 3) describir y analizar lo referido a heterogeneidad y sujeto migrante en la novela más significativa de Ángel Felicísimo Rojas: *El éxodo de Yangana*.

Su desarrollo se hizo teniendo como base la metodología y técnicas propias de la investigación bibliográfica documental, por tratarse de un estudio ubicado en el ámbito del análisis, crítica, valoración e interpretación de la narrativa de ficción.

En relación directa con los objetivos específicos, el trabajo se presenta distribuido en tres capítulos: en el primero se ofrece una sucinta visión de las ideologías liberal y socialista y cómo, las mismas, han aportado en nuestro proceso de desarrollo sociohistórico, cultural y literario, poniendo especial énfasis en la narrativa y la novela; el segundo describe, analiza y valora las principales problemáticas / temáticas, que siendo de interés de las doctrinas liberal y socialista Rojas las asume y desarrolla en su obra; los aspectos considerados son: la crítica al modo de producción capitalista vigente, las clases sociales y la lucha de clases, el problema de la educación en el Ecuador, la valoración crítica de la narrativa ecuatoriana, el factor religioso, el internacionalismo, el antiimperialismo y los problemas limítrofes del Ecuador; el tercero, que intenta una nueva lectura de *El éxodo de Yangana*, se desarrolla por medio de tres subcapítulos: la migración como fenómeno sociológico, el proceso migratorio y la heterogeneidad y el sujeto migrante en *El éxodo de Yangana*.

Una vez terminado el proceso investigativo se puede concluir que, efectivamente, hay una impronta de las ideologías liberal y socialista en la obra de Rojas y que las categorías teóricas heterogeneidad y sujeto migrante han resultado muy fecundas a la hora de aproximar una nueva lectura, análisis, crítica y valoración de *El éxodo de Yangana* de Ángel Felicísimo Rojas.

DEDICATORIA:

A la sesquicentenario, ínclita, libérrima, gloriosa, venerable y siempre altiva Universidad Nacional de Loja, mi Alma Máter, en el sentido literal y figurado, sin cuyo apoyo me hubiera sido imposible continuar con mi permanente proceso de superación humana y profesional.

A la doctora Marlene Elizabeth Castro Torres, mi digna esposa, quien, aun en contra de su voluntad y entendibles aspiraciones personales, por un lado, volvió a soportar, con encomiable estoicismo, la separación física y, por otro, siempre me ayudó, acompañó y apoyó, en todo el proceso de desarrollo de la maestría, desde el momento de la matrícula hasta la graduación final.

AGRADECIMIENTOS:

A la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), Sede Ecuador, en las personas de sus directivos, profesores y empleados, por haberme acogido en su seno durante un año lectivo, compartido conocimientos y experiencias en torno a los inconmensurables y apasionantes campos de los estudios culturales y la literatura hispanoamericana y haberme apoyado en la realización de todas mis tareas académicas, desde el primer ensayo hasta la tesis de grado.

Al Director, profesores, Asistente académico y Secretaria del Área de Letras de la UASB por sus sabias enseñanzas, oportunas orientaciones, pertinentes sugerencias y solícitas atenciones que me supieron brindar cada vez que lo requerí.

Al Maestro Raúl Vallejo Corral, Director de la presente investigación de grado, por su valioso tiempo y generosidad para, oportunamente, hacerme conocer sus atinadas observaciones y sugerencias, de fondo y forma, siempre en procura de mejorar el proceso de elaboración y presentación final de mi tesis de maestría.

Al Miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Fausto Aguirre Tirado, por haberme permitido acceder, anticipadamente, a las *Obras completas* de Ángel Felicísimo Rojas que se encuentran en proceso de publicación en la Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja

A mi compañero de maestría y amigo en la UASB, Raúl Serrano Sánchez, por su erudita y generosa asesoría en el ámbito bibliográfico documental, la cual me facilitó el desarrollo y culminación oportuna de mi trabajo de investigación.

Por las mismas razones, a mis profesores del Área de Letras de la UASB: Alejandro Moreano Mora y Alicia Ortega Caicedo, quien, además, se dio el trabajo de leer los avances de mi investigación de grado y hacerme conocer sus observaciones y sugerencias, de indudable valor.

Al expresidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, Stalin Alvear, un socialista convencido, un profundo conocedor de la realidad sociohistórica, cultural y literaria de nuestro país y cultor, en pleno ejercicio, del arte narrativo, por sus valiosas sugerencias, en la perspectiva de mantener la consistencia ideológico política en la lectura de la obra de Ángel Felicísimo Rojas.

Loja, octubre de 2004

Yovany Salazar Estrada

TABLA DE CONTENIDOS:

| | |
|--|-----------|
| Portada..... | 1 |
| Resumen..... | 4 |
| Dedicatoria..... | 5 |
| Agradecimientos..... | 6 |
| Introducción..... | 8 |
| | |
| I. LIBERALISMO Y SOCIALISMO EN EL PROCESO DE DESARROLLO HISTÓRICO DEL ECUADOR | |
| A. Génesis y desarrollo del pensamiento liberal en el Ecuador..... | 14 |
| B. El socialismo y su influjo en el devenir sociohistórico y cultural del Ecuador..... | 22 |
| | |
| II. EL PENSAMIENTO IDEOLÓGICO LIBERAL Y SOCIALISTA EN LA OBRA NARRATIVA Y ENSAYÍSTICA DE ÁNGEL FELICÍSIMO ROJAS | |
| A. Liberalismo y socialismo en la formación de Ángel Felicísimo Rojas como escritor..... | 32 |
| B. La crítica del modo de producción capitalista vigente..... | 35 |
| C. Los sujetos sociales más vulnerables en la obra de Rojas..... | 39 |
| D. Clases sociales y lucha de clases..... | 42 |
| E. El problema de la educación en el Ecuador..... | 46 |
| F. La valoración crítica de la narrativa ecuatoriana..... | 50 |
| G. El factor religioso..... | 53 |
| H. Internacionalismo, antiimperialismo y problemas limítrofes del Ecuador..... | 56 |
| | |
| III. SUJETO Y CULTURA MIGRANTES EN <i>EL ÉXODO DE YANGANA</i> DE ÁNGEL FELICÍSIMO ROJAS | |
| A. La migración como fenómeno sociológico..... | 61 |
| B. El proceso migratorio en <i>El éxodo de Yangana</i> | 67 |
| C. El sujeto migrante como arquetipo de la heterogeneidad sociocultural..... | 70 |
| | |
| CONCLUSIONES..... | 80 |
| | |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 85 |

INTRODUCCIÓN

Si partimos de la idea de que el más pequeño de los átomos alude y toca el cosmos, por principio la obra literaria de un escritor, cualquiera sea el género literario que éste cultive, abarca infinidad de temáticas y problemáticas, tanto las referidas a las circunstancias socioeconómicas, históricas, culturales, artísticas, literarias, ideológicas o políticas, en las que le corresponde desenvolverse y actuar al autor en tanto ser humano, como las atinentes a sus pensamientos, sentimientos, voliciones y más fenómenos de su psiquis individual.

Esta realidad, ya de por sí amplia y nada fácil de tratarla, se complejiza aún más si se trata de estudiar a un autor bastante prolífico como Ángel Felicísimo Rojas, cuyo obra narrativa incluye tres novelas: *Banca* (1940), especie de autobiografía escolar, en la que narra sus experiencias de alumno (ya con serias inquietudes ideológicas y políticas), durante un trimestre, en el Colegio Bernardo Valdivieso de Loja; *El éxodo de Yangana* (1949), novela en la que se narra la vida de un pueblo, de aproximadamente 1500 personas, que marcha hacia destino incierto pero libre, en el suroriente amazónico ecuatoriano, dejando atrás las cenizas de la vieja y amada población, en un valle subtropical andino, a la que ambiciones desmedidas de gamonales latifundistas, con la complicidad de las autoridades que representaban a las funciones ejecutiva y legislativa habían cercado de alambres; y, *Curipamba* (1983), en cuyas páginas, con fundamento ideológico de izquierda socialista, se relata y denuncia la sumisa anuencia y complicidad de nuestras clases dominantes criollas y los aparatos ideológicos del Estado frente a la inmisericorde explotación que hacían las compañías extranjeras de nuestro recurso aurífero y humano en el asiento minero de Curipamba o llanura de oro, en Portovelo provincia de El Oro. Los cuentarios publicados por Rojas son dos: *Un idilio bobo* (1946), integrado por quince cuentos, referidos a quince temáticas diferentes, desarrolladas, en su mayoría, en un ambiente rural de la provincia de Loja. En este cuentario ya destaca la figura del personaje narrador predilecto por Rojas y que lo acompañó hasta sus días finales: el recluta Andrés Peña, dolido y golpeado por la pobreza, la injusticia y la vida; *El busto de Doña Leonor: cuentos de juventud* (1998), en el que en escenarios más urbanos que rurales, de la sierra y la costa ecuatoriana, Rojas trata las más disímiles preocupaciones humanas, comenzando por las que le inquietan en su condición de abogado, “agricultor de escritorio”, escritor de narrativa de ficción, crítico literario y militante político o amigo distanciado, y por lo mismo crítico, de las prácticas del socialismo ecuatoriano. En ensayo, mientras vivió, publicó dos obras de significación: *La novela*

ecuatoriana (1948), primer ensayo serio de crítica y valoración sociológica e histórica (con evidente trasfondo ideológico) de nuestra novela escrita y publicada entre 1830 y 1945 y *El Ecuador entre Colombia y el Perú*, en el que sintetiza, denuncia y cuestiona el paulatino cercenamiento de nuestra heredad territorial a manos de nuestros vecinos: Brasil, Colombia y Perú, con la complicidad de la diplomacia americana, que casi siempre ha estado del lado del más fuerte y “gracias” a la inoperancia de nuestras clases dominantes que han regido los destinos del Ecuador. Además, en otros múltiples ensayos, de menor extensión y/o profundidad, abordó temáticas relacionadas a la valoración de nuestra narrativa, la educación o la cultura ecuatoriana, en general.

En virtud de la vasta obra literaria de Rojas antes enumerada, al considerar como objeto de análisis, crítica, valoración e interpretación la obra narrativa (cuento y novela) y ensayística de uno de nuestros escritores más representativos del siglo XX, considero que para emprender su estudio es necesario delimitarlo a solo dos aspectos, que sin negar ni desconocer la validez e importancia de la infinidad de otras perspectivas, los creo importantes en una época de predominio del capitalismo imperialista, fundamentado en la democracia liberal (neoliberalismo o más bien dicho neoconservadurismo), el libre mercado y la globalización, que permea casi todos los órdenes de la vida humana, individual y socialmente considerada. Los dos aspectos considerados en la obra narrativa y ensayística de Rojas son: 1) su carácter y nivel de representatividad del pensamiento ideológico liberal y socialista (reformista o moderado) en la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas y 2) la heterogeneidad y el sujeto migrante, como categorías de los estudios culturales, en la novela más difundida y representativa de Ángel Felicísimo Rojas: *El éxodo de Yangana*.

Frente a la delimitación del objeto de estudio y al iniciar un trabajo de investigación en el ámbito de la literatura emergen algunas **interrogantes**: ¿Puede considerarse que la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas hereda, condensa y representa algunos postulados, principios y problemas de preocupación fundamental del pensamiento ideológico liberal y socialista ecuatoriano que emergió y se desarrolló entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XX? ¿Cuáles son los principales valores, rasgos y elementos textuales y extratextuales que nos permitan hablar de heterogeneidad y sujeto migrante en *El éxodo de Yangana*? Estas y otras preguntas pueden desembocar en una central, que guíe y oriente el proceso investigativo ¿Por qué razones extrínsecas e intrínsecas la obra narrativa y ensayística de

Ángel Felicísimo Rojas puede caracterizarse y considerarse representativa del pensamiento ideológico liberal y socialista ecuatoriano, germinado y desarrollado entre 1850 y 1950?

En el intento de dar respuesta a la pregunta central de investigación se formularon tres **objetivos específicos**: 1) ofrecer una visión panorámica del origen, desarrollo histórico, matices, ejecutorias, alcances y limitaciones de las ideologías liberal y socialista en Europa, Latinoamérica y Ecuador, así como del influjo que las mismas han tenido en el devenir sociohistórico, cultural y literario de nuestro país; 2) caracterizar, analizar y valorar el desarrollo del pensamiento ideológico liberal y socialista en la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas; y, 3) describir y analizar lo referido a heterogeneidad y sujeto migrante en la novela más significativa de Ángel Felicísimo Rojas: *El éxodo de Yangana*.

El estudio crítico, analítico y valorativo de la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas se **justifica** por varias razones: constituye un corpus discursivo que tiene como motivo central y englobante problemáticas socioculturales que, desde siempre, han preocupado a la población de la provincia de Loja y la Región Sur del Ecuador: las inequidades e injusticias, inmanentes al modo de producción capitalista vigente; la religión católica como aliada incondicional de las clases dominantes; la formación, educación e instrucción de la niñez y juventud; las inquietudes intelectuales, ideológicas y políticas de los jóvenes colegiales y universitarios; el proceso de desarrollo cultural, artístico y literario en Loja y el Ecuador; la injusta explotación de la clase trabajadora, tanto por parte de las clases dominantes y terratenientes del medio como por las compañías extranjeras; el secular diferendo limítrofe con nuestros vecinos Perú y Colombia y sus nefastas consecuencias para todo el Ecuador y, de manera especial para los sectores fronterizos como la provincia de Loja; y, sobre todo, la migración, el éxodo masivo de sus habitantes, principalmente del sector rural hacia provincias de la costa, la región amazónica, otras provincias de la sierra, las grandes ciudades del país y, en los últimos años, fuera de los linderos patrios, hacia Europa y Norteamérica, huyendo de la adversidad de la naturaleza, el secular abandono del gobierno centralista, las injusticias, inequidades y exclusiones propias del sistema capitalista vigente, en busca de la soñada “tierra de promisión” y con la esperanza de poder construir un futuro mejor, en lo individual y social.

La perspectiva ideológica política y la forma artístico literaria con que han sido recreadas las temáticas aludidas y escritas en las obras de Rojas ya enumeradas las convierte, a las mismas, en referente clave de la historia literaria del Ecuador, es más, con *El éxodo de Yangana* (1949),

convencionalmente y a criterio de algunos críticos que consideran casos de excepción novelas como *El Chulla Romero y Flores* (1958) de Jorge Icaza y *Polvo y ceniza* (1979) de Eliécer Cárdenas Espinosa, se cierra el ciclo del realismo social ecuatoriano, el mismo que, en palabras de Agustín Cueva Dávila, refleja el problema económico de un capitalismo salvaje, aún realizando tareas de acumulación originaria que avanza a sangre y fuego sobre todas las formas económicas, sociales y culturales del país, con una lógica implacable de despojo y avasallamiento; en consecuencia, en esta época, se incorpora a la literatura personajes, idiosincrasias y culturas hasta entonces menospreciadas, relegadas, olvidadas, excluidas: las de los indios, los cholos, los montubios, los mulatos, los negros, los chasos y los habitantes suburbanos, rurales y proletarios del país.

El estudio, en torno a la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas, se ubica en el ámbito del análisis, crítica, valoración e interpretación de la literatura. Por lógica consecuencia, para su realización se empleó la **metodología** propia de la investigación bibliográfico documental, recurriendo a dos tipos de **fuentes de información: primarias**, que comprenden todas las obras narrativas y ensayísticas de Rojas editadas en libros, en publicaciones periódicas o como parte de obras colectivas; entre las fuentes **secundarias** figuran las obras de fundamentación teórico conceptual sobre las doctrinas ideológico políticas liberal y socialista, desde sus gérmenes hasta sus influencias en la historia, cultura y literatura de nuestro país. Con base en este marco teórico conceptual se describe, analiza, valora e interpreta el desarrollo del pensamiento liberal y socialista en la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas. Para emprender el nuevo acercamiento analítico, crítico y valorativo a *El éxodo de Yangana* ha sido pertinente, en un primer momento, revisar las conceptualizaciones teóricas sobre migración, emigración, éxodo, así como caracterizar lo que constituye la heterogeneidad y el sujeto migrante para, en un segundo momento, describir el proceso migratorio en sus diferentes fases, resaltar las diferentes manifestaciones de heterogeneidad y los rasgos identitarios del sujeto migrante en la novela de Ángel Felicísimo Rojas.

Para facilitar la lectura y comprensión, el ensayo se hace público distribuido en tres capítulos, cuya sintética presentación quedaría así:

El primer capítulo, **Liberalismo y socialismo en el proceso de desarrollo histórico del Ecuador**, se bifurca en dos subcapítulos: 1) **Génesis y desarrollo del pensamiento liberal en el Ecuador**, en el que se alude al origen, desarrollo histórico, matices, campos de aplicación,

ejecutorias, influjos y limitaciones de la doctrina liberal en Europa, en Latinoamérica y el Ecuador. En este primer subcapítulo mención especial tiene lo referido al tratamiento del problema educativo, del indígena, de la mujer, del obrero y las relaciones internacionales asumidas por parte del liberalismo ecuatoriano, así como la alusión a los escritores y novelas nacionales, que entre 1863 y 1912, se escribieron y publicaron bajo la palmaria influencia de la ideología liberal, en sus diferentes matices; 2) **El socialismo y su influjo en el devenir sociohistórico y cultural del Ecuador**, en el cual, asimismo, se presenta una visión panorámica del germen y desarrollo del socialismo en Europa, en sus diferentes versiones y matices, ampliando un poco más lo que constituye el denominado socialismo científico o marxista, que es el que mayores y más radicales cambios, de todo orden, produjo luego de su llegada a Latinoamérica y el Ecuador, entre finales del siglo XIX y principios del XX. Respecto del socialismo ecuatoriano se hace un somero recorrido desde sus gérmenes más remotos, sus primeras células organizativas, su estructuración como partido político en 1926, sus matices, los asuntos sobre los que más ha enfatizado, en la teoría y en la práctica, como la nueva concepción de Estado, la defensa de la clase trabajadora, campesina, indígena y la mujer, el problema de la educación y las relaciones internacionales. Punto aparte amerita el tratamiento de la influencia del socialismo ecuatoriano en nuestra cultura y literatura, sobre todo en el género narrativo, ya que militantes, simpatizantes o amigos de esta tendencia ideológico política fueron los que hicieron posible la edad de oro de nuestra narrativa en las décadas del treinta y cuarenta del siglo XX.

El segundo capítulo, **El pensamiento ideológico liberal y socialista en la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas**, desarrolla algunos acápites como: el peso de las ideologías liberal y socialista en la formación de Ángel Felicísimo Rojas como persona, profesional, intelectual y escritor comprometido con las justas causas de las mayorías más empobrecidas y relegadas del Ecuador; la crítica al inequitativo modo de producción capitalista vigente en el Ecuador que Rojas lo hace desde la ensayística y la narrativa, la cual con creces rebasó los estrechos límites de la tendencia realista social que predominó en las décadas ya aludidas con anterioridad, en las que nuestro autor escribió lo mejor y la mayoría de su obra literaria; sin olvidar que el principal problema del Ecuador es económico, de clase sociales y de lucha de clases, en la obra de Rojas se intenta un análisis y tratamiento particularizado del problema de los indígenas, de los negros, de la mujer y de los niños trabajadores; el problema de

la educación y la cultura ecuatoriana, así como el de la valoración de nuestra narrativa son otros de los aspectos que se analizan en la obra de Ángel Felicísimo Rojas; no puede soslayarse el tratamiento del factor religioso en la obra de un autor con la militancia ideológica y política que tuvo Ángel Felicísimo Rojas. El capítulo concluye con el análisis y valoración de internacionalismo, el antiimperialismo y los problemas limítrofes del Ecuador, que constituyen otros de los problemas a los que Ángel Felicísimo Rojas, a través de su obra, prestó atención preferente.

El tercer capítulo, **Sujeto y cultura migrantes en *El éxodo de Yangana* de Ángel Felicísimo Rojas**, se divide en tres subcapítulos: 1) **La migración como fenómeno sociológico** conceptualiza lo que es la migración, la emigración y el éxodo, ejemplifica los grandes desplazamientos poblacionales que, en el transcurso de la historia, se han dado en el mundo, en Latinoamérica, en el Ecuador y en la provincia de Loja; **El proceso migratorio en *El éxodo de Yangana*** enuncia algunas novelas en las que, directa o veladamente, se recrea el fenómeno migratorio, para luego describir y analizar cómo se presenta este proceso, en todas sus fases, en la novela de Ángel Felicísimo Rojas, desde las causas, la salida, el viaje, la llegada, el asentamiento y las perspectivas futuras; y, 3) **El sujeto migrante como arquetipo de la heterogeneidad sociocultural**, esboza una conceptualización y caracterización de lo que es la heterogeneidad sociocultural, como una de las categorías explicativas de nuestra compleja y megadiversa realidad cultural latinoamericana, para después patentizar y analizar las principales formas de evidenciar esta heterogeneidad en la novela mencionada y que aluden a lo étnico, económico, médico, político administrativo, literario y religioso. El capítulo avanza con la caracterización del sujeto migrante, enfatizando en el carácter preformativo, el sentimiento de desarraigo, la nostalgia, la memoria y la actitud utópica, futurista, esperanzadora, que serían los rasgos que definen al sujeto migrante de *El éxodo de Yangana* de Ángel Felicísimo Rojas. Al concluir el mismo se hacen explícitas una serie de interrogantes en torno al sentido, simbolización y significado del **éxodo** en la novela analizada.

El acápite de **Conclusiones**, en tres apartados trata de compendiar, condensar, sintetizar lo esencial de lo desarrollado en los tres capítulos precedentes, sobre el **Pensamiento liberal y socialista en la obra narrativa y ensayística del polifacético escritor lojano Ángel Felicísimo Rojas**.

I. LIBERALISMO Y SOCIALISMO EN EL PROCESO DE DESARROLLO HISTÓRICO DEL ECUADOR

El propósito del presente capítulo es el de ofrecer una visión panorámica del origen, desarrollo histórico, ejecutorias, alcances y limitaciones de las doctrinas políticas liberal y socialista, desde las cuales se estudiará y valorará la obra narrativa y ensayística del multifacético escritor lojano Ángel Felicísimo Rojas. En cada subcapítulo se arranca con el surgimiento del liberalismo y socialismo en Europa, en Latinoamérica y en Ecuador, bifurcando su presentación en dos apartados, en primer lugar lo alusivo a cada ideología y, en un segundo momento, lo relativo a la influencia en el campo sociohistórico, cultural y literario. Como la obra fundamental de Rojas se escribió en las décadas del treinta y cuarenta del siglo XX, la reseña del liberalismo y el socialismo ecuatorianos y sus repercusiones en la historia, la cultura y la literatura también solo avanzan hasta esas fechas.

A. Génesis y desarrollo del pensamiento liberal en el Ecuador

En **Europa** los orígenes del liberalismo, como doctrina política, coinciden con la paulatina configuración de la llamada “civilización moderna”, la misma que se constituye a partir de la victoria del inmanentismo sobre el trascendentismo, de la libertad sobre la revelación, de la razón sobre la autoridad del dogma religioso, de la ciencia sobre el mito (Cfr. Bobbio, 1991: 885). En razón de lo expresado, bien se podría decir que los gérmenes del liberalismo europeo del siglo XVIII se pueden rastrear en la reforma protestante que se propuso demoler la tradicional jerarquía eclesiástica papal, el racionalismo que desgarró los dogmas tradicionales y la ilustración, con su confianza ilimitada en el espíritu científico y en las posibilidades de un progreso lineal.

Estas ideas liberales tuvieron decisiva repercusión en acontecimientos de trascendental importancia como la independencia de Estados Unidos de Norteamérica en 1776, la revolución burguesa de Francia en 1789, el inicio de las formas democráticas de Estado y republicanas de gobierno, así como en la consolidación del sistema capitalista de producción y distribución de bienes y servicios, tanto públicos como privados.

En lo **filosófico**, por su carácter racionalista, el liberalismo rechaza todo dogma, esencia o prejuicio que antes no haya sido procesado y aceptado por el entendimiento humano. No admite como verdadero sino sólo aquello que se presenta al juicio crítico de la razón de tal forma que no

admira la más mínima duda (Cfr. Borja, 1997: 587). En lo **político** el liberalismo, considera al Estado como un mero instrumento para alcanzar el bienestar humano individual. Entre los valores esenciales que defiende está la libertad, la cual, a decir de Bobbio, puede ser: natural, racional o liberadora; en virtud de estos valores que defiende el liberalismo, desde sus inicios, luchó por la libertad de religión, de palabra, de prensa, de opinión, de reunión, de asociación, de participación en el poder político, de iniciativa económica individual. En relación directa con la libertad está la tolerancia, en todos los órdenes, puesto que el liberalismo trató de afrontar el reto histórico de construir una sociedad pluralista, armónica y estable, lo cual suponía la superación de los fraccionamientos sociales tradicionales debidos a razones religiosas, étnicas o culturales. En lo **económico**, el liberalismo sostiene que la consecución de bienestar general depende de que cada persona lo busque libre, individual e independientemente del colectivo social.

No obstante las diferentes versiones y matices del liberalismo europeo, así como sus inmanentes limitaciones, este sistema doctrinario ha dejado algunos legados positivos, así: en la vida económica, la ruptura de los lazos corporativos y de los privilegios feudales permitió el despegue económico que fue acompañado de un nuevo fenómeno, el del asociacionismo; en el campo político, la formación de una opinión pública informada que controla al gobierno, a través de un debate libre, la teoría de la división de los poderes, el estado de derecho, la limitación jurídica de la autoridad pública, el deber de obediencia condicionada de los gobernados, la doctrina de los derechos humanos; en el campo de la vida política social y cultural, la lucha contra la opresión clerical por medio de la abolición de los bienes de manos muertas y del tribunal eclesiástico, por la laicidad del Estado y de la enseñanza y la lucha contra las monarquías, todo lo cual ha permitido la vigencia de nuevas constituciones e instituciones electivas, representativas y responsables ante sus mandantes (Cfr. Bobbio, 1991: 879).

En **Latinoamérica**, al decir del autor antes citado, el liberalismo se halla ligado a su historia desde la época preindependentista de la corona española. Pues, en los diversos procesos revolucionarios era posible reconocer la ideología liberal de sus precursores, teóricos y líderes. Una vez sellada la independencia y constituidos los endeble estados nacionales, la ideología liberal mantiene su manifiesta presencia, en dura lucha y permanente polémica con el conservadurismo en torno a las alternativas entre federalismo o centralismo; enjuiciamiento sobre la conquista española y el sistema colonial; el papel que debía serle reconocido o negado a la iglesia católica; la estatización o el reconocimiento de aquella en los sistemas educativos; y, el

carácter y modalidad de la relaciones internacionales con Europa y Norteamérica. Como dice Juan José Paz y Miño, tampoco hay que olvidar que en Latinoamérica la acción de las burguesías liberales viabilizaron la instauración del sistema capitalista, el establecimiento de los estados nacionales de corte liberal, la ampliación y vigencia de la democracia, la abolición de la esclavitud y la servidumbre, la reforma institucional y jurídica, la incorporación de las inversiones extranjeras y el desarrollo más amplio de las finanzas y el comercio.

En lo que hoy es el **Ecuador** las primeras ideas liberales vinieron con la ilustración francesa, la cual enarboló ideales como: educación para todos, igualdad de derechos, libertad de pensamiento y expresión, secularización, sufragio y representación electoral, librecambismo y tal vez hasta justicia social (Cfr. Paladines, 1990: 25). Dentro de esta línea de pensamiento, el indígena y uno de los precursores de la independencia ecuatoriana y latinoamericana: Eugenio Espejo (1747-1795) ha sido considerado como el primer reformador ecuatoriano de la ilustración, de ideología liberal, que formuló severas críticas a nuestra realidad colonial y articuló alternativas de mejoramiento en lo económico, político, social, cultural, educativo, literario y médico. A través de su multifacética obra abogó por un comercio libre, sin estancos ni restricciones aduaneras. Luchó porque se establezca en las colonias americanas nuevas formas en las relaciones de trabajo, que reemplazaran a las serviles, que habían sumido al indígena de nuestra tierra en una situación de verdadera esclavitud. Bregó por la independencia americana y por la implementación de repúblicas gobernadas por ciudadanos nativos de las mismas. José Mejía de Lequerica (1775–1813), preclaro discípulo de Espejo, científico, reformador social, tribuno parlamentario y precursor del pensamiento liberal ecuatoriano, en las Cortes de Cádiz, esgrimió las tesis de la soberanía popular, libertad de imprenta, tolerancia religiosa y distribución equitativa de los bienes.

Las ideas liberales fueron las que guiaron nuestro proceso independentista hasta la batalla definitiva y triunfal del 24 de mayo de 1822, bajo el mando del más inmaculado de nuestros héroes: Antonio José de Sucre. Luego del fallido intento de la Gran Colombia, el más acariciado de los sueños del Libertador Simón Bolívar y una vez constituido el Ecuador como Estado libre y soberano, bajo la férula del general venezolano Juan José Flores, un valioso grupo de escritores de ideología liberal que reconocían como sus principales mentalizadores al coronel inglés Francisco Hall y al ecuatoriano Pedro Moncayo inician su ardua y dilatada lucha contra el militarismo extranjero y la influencia sectaria e irracional del clero en las decisiones del Estado.

Entre 1835 y 1839 será Vicente Rocafuerte, como primer presidente ecuatoriano, quien asumirá como doctrina orientadora el ideario liberal, impulse la obra pública y entienda a la educación como responsabilidad del Estado. Años más tarde, la revolución marquista de 1845, que puso término al floreanismo, patentiza ideas liberales y, en ese nombre, el General José María Urbina decreta la manumisión de los esclavos en 1851, cuestiona el latifundismo, impulsa la instrucción primaria en toda la república y elimina la pena de muerte, en 1852.

Sin embargo, el militarismo nacional de tendencia liberal, surgido de la revolución marxista de 1845 se mostró incapaz de dar respuesta adecuada a las confrontaciones: ideológico política, entre liberales y conservadores y regional, entre costa y sierra, al punto que se llegó a poner en peligro la existencia de estado nacional ecuatoriano en 1859, difícil circunstancia que fuera hábilmente aprovechada por Gabriel García Moreno (1821-1875), quien no obstante haber realizado una importante obra material e impulsado la educación en todos sus niveles, en alianza con la jerarquía católica y la compañía de Jesús cometió el error de implementar una verdadera teocracia en el Ecuador.

Este oprobioso predominio clerical conservador, que no terminó con la muerte de su inspirador García Moreno, como es obvio, generó una enconada reacción desde la orilla de la intelectualidad liberal, en cuyas filas destacan los nombres de Miguel Riofrío (1822-1879), quien por sus ideas políticas de corte laico, sin llegar al ateísmo, polemizó con García Moreno y su gobierno, motivo por el cual fue varias veces desterrado. Otro autor que merece mencionarse es Juan Montalvo (1832-1889), intelectual romántico de la clase media que unió al amor por la naturaleza o el paisaje y la declamación sentimental, el culto a los principios liberales democráticos, a la razón y al progreso. En su permanente combate contra las dictaduras de García Moreno y Veintimilla elevó el ideario liberal moderado y un tanto utópico al grado de doctrina lo suficientemente desarrollada como para afrontar las transformaciones sociopolíticas que se avecinaban.

El verbo de Montalvo se hizo carne y acción en uno de los jefes de los montoneros costeños, el manabita José Eloy Alfaro Delgado, bizarro líder liberal que desde 1860 se había levantado en armas contra el poder aristocrático terrateniente y clerical conservador que predominaba en el Ecuador. En estas circunstancias, quien luego sería el genio, héroe y mártir de la epopeya liberal ecuatoriana combatió, desde dentro y desde fuera del país, tanto el gobierno teocrático conservador de García Moreno como el pretendidamente liberal de Ignacio de

Veintimilla y los que gobernaron en nombre del progresismo (especie de liberalismo moderado o conservadurismo progresista) con José María Plácido Caamaño, Antonio Flores Jijón y Luis Cordero Crespo. Pese al aparente ambiente de paz que vivía el país, los desastrosos de estos últimos gobiernos fueron fermentando la ira popular hasta que, en 1894, la venta de la bandera ecuatoriana para que el crucero chileno *Esmeralda* llegara a su destino: Japón (en guerra con China) se constituyó en la gota que derramó el vaso. El presidente Cordero renunció y se hizo cargo del poder Vicente Lucio Salazar. La conmoción social era incontenible. En enero de 1895, Alfaro, desde Managua, dirige una proclama al pueblo ecuatoriano invitándolo a la revolución armada; así la guerra civil capitaneada por los liberales se desata en todo el Ecuador y, poco a poco va triunfando, hasta que, el 5 de junio, en asamblea popular reunida en Guayaquil se proclama la Jefatura Suprema del general Eloy Alfaro, quien retorna del destierro e instaura el gobierno provisional. Ante el fracaso de los intentos pacificadores lleva a cabo la campaña militar de la sierra y entra triunfante en Quito, el 4 de septiembre de 1895. Una vez apagados los principales focos de la reacción clerical conservadora, Alfaro convoca a una Asamblea Constituyente, la misma que lo elige Presidente Constitucional e inicia el proceso de reforma jurídica que posibilite la concreción de los proyectos que el liberalismo tenía para el cambio y mejoramiento en los diferentes órdenes de la vida nacional.

Una vez que los liberales asumieron el poder se dio inicio a su obra ideológica y material, así: se hace realidad el **laicismo** al decretarse la separación de la iglesia del Estado y con ello abolirse su nefasta injerencia; de esta forma la iglesia católica perdió algunos fueros y privilegios y tuvo que someterse a la confiscación de algunos de sus bienes (de manos muertas) a favor de la beneficencia pública. En congruencia con lo anterior, con fecha 29 de mayo de 1897 se expide la *Ley de instrucción Pública* con la cual se instaura la enseñanza primaria laica, gratuita y obligatoria. En lo educativo, además de la liberación de la égida clerical se crean escuelas, colegios, normales, Conservatorio Nacional de Música, Escuela de Bellas Artes, colegios agrícolas y mercantiles y otras instituciones educativas y culturales.

Los **indígenas**, auténticos dueños y señores de estos territorios, que con la conquista y colonización española habían sido reducidos a la condición de bestias de carga, con Alfaro y sus colaboradores, entre los que destaca José Peralta con sus incendiarios y radicales discursos parlamentarios, fueron objeto de especial atención mediante algunos decretos dirigidos a

revalorar su persona, aboliendo el trabajo gratuito, el concertaje y la prisión por deudas, así como fomentando su educación primaria.

La **mujer**, que hasta la época del régimen conservador había limitado su función a lo privado, al hogar, como mero objeto de propiedad del padre o del esposo tiene en Eloy Alfaro uno de sus primeros redentores, puesto que el líder del liberalismo radical reclamó a favor del sexo bello una política pública, una legislación protectora y el derecho de acceder libremente a la educación y a los cargos administrativos del Estado. En su beneficio se expidió, también, la *Ley de matrimonio y divorcio*, en 1902.

Eloy Alfaro concretó su apoyo a la incipiente industria ecuatoriana, en 1906, mediante la expedición de la *Ley sobre protección de industrias*, con ello se amplió el número de **obreros** que laboraban en las anteriores y nacientes industrias. Sin embargo, como en palabras de José Peralta: “la ignorancia, el fanatismo, la miseria formaban la eterna compañía del proletario”, “para él la patria no existe: la fraternidad es mentira; la libertad, un sarcasmo; la igualdad, una blasfemia” (Peralta, 1991: 42), el liberalismo se esforzó por asumir la dirección y el control de las sociedades mutuales y contribuir en la estructuración de nuevas organizaciones obreras como la famosa e influyente **Confederación Obrera del Guayas**, constituida el 31 de diciembre de 1905. En el terreno político, el **Partido Liberal Obrero**, formado en 1906, estructuró un programa con algunas reivindicaciones a favor de la clase obrera como “el aumento salarial, la reducción de la jornada a 8 horas para artesanos y trabajadores, el seguro de vida, la fundación de cajas de ahorro y cooperativas agrícolas y el reparto de utilidades” (Icaza, 1989: 433–434). Esta preocupación por la suerte de los obreros se afinaría en el *Programa del Partido Liberal* elaborado en la Asamblea Liberal de 1923, aunque muchas de las mejoras planteadas, a causa de la persistencia de la estructura económica, solo se quedaron en las buenas intenciones y en el papel.

En la misma línea **internacionalista y antiimperialista** inaugurada por Simón Bolívar y continuada por José Martí, Augusto César Sandino, José Peralta, entre otros líderes de dimensiones subcontinentales, Eloy Alfaro, como portaestandarte del liberalismo radical ecuatoriano, advierte el peligro del “águila rapaz” del norte y para hacerle frente acciona por la reunificación de la Gran Colombia, convoca a un Congreso Americano en México en 1896 y se solidariza, de palabra y obra, con la cruenta guerra independentista que libraba Cuba por conseguir su definitiva liberación de la corona española. Empero, ante la adversidad de las circunstancias, muchas de estas iniciativas solo se quedaron en las buenas intenciones.

El **problema limítrofe** con nuestros vecinos del norte y del sur fue objeto de preocupación por el gobierno liberal y sus ideólogos como José Peralta, quien escribió algunas obras en torno a este asunto, en las que denunció la incuria y descuido de los gobiernos conservadores para hacer prevalecer los justos derechos de nuestro país sobre la región amazónica. Es inolvidable, asimismo, la altiva defensa de nuestra heredad territorial que en 1910 emprendió Eloy Alfaro, quien ante la secular amenaza expansionista del Perú, bajo el lema de “Tumbes, Marañón o la guerra” encargó la presidencia de la república y se dirigió a la frontera sur al frente de nuestro ejército, frente a esta valiente actitud, el gobierno y el ejército del Perú, que sabían quien era El Viejo luchador se detuvieron en el acto.

Alfaro y sus colaboradores también se propusieron integrar, unificar las regiones costa y sierra, así como penetrar en la amazonía, para lo cual se construyó el ferrocarril Guayaquil – Quito y se inició la construcción de otras líneas férreas y caminos a las principales ciudades del Ecuador. También se preocuparon por construir puertos, faros y sanear las principales ciudades del país.

Como es fácil advertir en Europa y en América Latina, el liberalismo se expresa a través de varias versiones y matices. Desde una matriz filosófica, por ejemplo, Arturo Andrés Roig sostiene que se puede hablar de un liberalismo ilustrado, de un liberalismo romántico, de un liberalismo positivista, de un liberalismo espiritualista (Cfr. Roig, 197: 28-29). Desde la perspectiva de la relación iglesia católica - Estado, el recalcitrante antiliberal y obispo de Portoviejo Pedro Schumacher reconoce tres vertientes del liberalismo: absoluto o radical, moderado y católico. Belisario Quevedo también habla de tres alas del liberalismo ecuatoriano: izquierda, derecha y centrista. Entre otras, a estas razones obedece la escisión del liberalismo ecuatoriano en el poder, entre alfaristas y placistas. Alfaro representa el ala radical de izquierda y Plaza la centrista y de derecha por su alianza con los conservadores y latifundistas serranos, así como por el tácito impulso que dio a la oligarquía comercial, bancaria y agrícola, la cual desde el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, principal monopolista y acreedor del propio Estado, ponía y quitaba presidentes o jefes de gobierno a su libre arbitrio. A este período corresponden las presidencias de los “liberales” Alfredo Baquerizo Moreno, José Luis Tamayo y Gonzalo Córdova. Este último fue derrocado por la revolución del 9 de julio de 1925, encabezada por un grupo de militares jóvenes de tendencia progresista, una vez que la revolución liberal burguesa

inconclusa mostró sus verdaderos límites, al haber dejado intocada la estructura económico social del Ecuador y las relaciones sociales de producción.

Es obvio suponer que las ideas liberales, en su fase de ascenso, también fueron abrazadas por hombres de cultura y letras como son los casos de los ya mencionados: Miguel Riofrío, autor de una leyenda quichua en la que revive la guerra de la conquista y el enfrentamiento entre las dos civilizaciones: hispánica y aborígen. Es autor también de la primera novela ecuatoriana: *La emancipada* (1863), un alegato a favor de los derechos de la mujer que, además de revelar el entorno o ambiente geográfico e histórico, anticipa algunos elementos del canon realista que tendrá su esplendor setenta años después; Juan Montalvo, que a más de su obra de apasionado polemista en pro de la ideología liberal es autor de obras de ficción como la novela corta *La flor de nieve* y *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, “ensayo de imitación de un libro inimitable”, en el que el escritor ambateño evidencia su verdadero talento creador.

Ya en el poder, el liberalismo con su obra ideológica y material, revaloró al mestizo y generó un sentido de pertenencia a lo nacional, incorporando a los sectores medios y populares sobre todo del ámbito urbano. Sin embargo, la alianza entre el liberalismo y la burguesía a la que inicialmente combatió y la paradoja que se produjo al querer erigir una superestructura ideológico - política democrática sobre una base económica feudal- colonial tuvo sus repercusiones en la producción literaria, más representativa, de los ideólogos y militantes liberales de la época, así *Pacho Villamar* (1900) de Roberto Andrade (1850-1938) resume el momento anticlerical furibundo del liberalismo machetero y patentiza la eufórica confianza en las bondades de este sistema de gobierno y *A la costa* (1904) de Luis A. Martínez (1869–1909) avizora y explicita el desengaño, la frustración, la decepción ante el fracaso del proyecto liberal radical alfarista originario, situación que le conduce a una salida socialista pequeño burguesa, que linda con el naturalismo: “Oh ideales generosos y nobles. Si la revolución triunfante no los realizó preciso es confesar que fuimos muy desgraciados” diría Martínez. Similar inconformidad se expresaría, años después, con la novela *El cojo Navarrete* (1940) del socialista Enrique Terán (1887-1941). También es necesario recordar que las novelas de Andrade y Martínez, en consonancia con la ideología liberal radical que les subyace, analizan la educación, la religión, las clases sociales, la producción, la familia, la cultura, el orden estatal, lo que necesariamente lleva a los narradores a

tomar partido en el campo ideológico político y en los acontecimientos históricos que les sirven de contexto y referente.

Tampoco hay que olvidar que la época de predominio liberal, debido a la permanente lucha ideológica y armada contra la reacción conservadora e incluso entre las dos facciones liberales, ahogó la producción literaria en un ambiente “municipal y espeso”, motivo por el cual se produjo muy poca literatura realista, como correspondía a la ideología liberal de ese momento; por esta circunstancia a las novelas citadas sólo se agregaría *Para matar el gusano* (1912) de José Rafael Bustamante, novela que, a decir de Cecilia Suárez Moreno, es el bostezo de la vertiente placista que busca la conciliación con los terratenientes en el proyecto oligárquico. Es la voz del terrateniente que reclama una “mediación”, en la que él también ingrese en la repartición del poder.

Otras obras, aunque de segunda categoría, que podrían mencionarse como resultantes del influjo de la revolución liberal son: *Carlota*: novela realista (1857) del insigne periodista cuencano Manuel de J. Calle (1866-1918); *Campana de ciudadela* del lojano José Alejo Palacio, *Luzmila* (1903) del también lojano Manuel Enrique Rengel Zuquilanda (1875-1944), novela ésta que se emparenta tanto con el romanticismo decimonónico, ya en decadencia, como con el realismo social que advendrá, como torrente arrollador, luego de la década del treinta.

B. El socialismo y su influjo en el devenir sociohistórico y cultural del Ecuador

El germen del **socialismo** es tan antiguo como el hombre mismo, pero su sistematización teórica es relativamente reciente. Entre los precursores del socialismo utópico moderno puede mencionarse a Tomás Moro con su libro *Utopía* (1516), en el que pone en serio cuestionamiento la propiedad privada y la explotación de unos seres humanos por otros. En el siglo XVII Tomás de Campanella en su *Ciudad del sol*, continúa la crítica del sistema basado en las desigualdades e idealiza una sociedad igualitaria y diferente.

En su versión moderna el término socialismo fue acuñado, en 1832, por Pierre Leroux, seguidor de las ideas de Saint-Simón, quien en oposición al individualismo liberal ya hablaba de la fórmula: “a cada uno según su capacidad y sus obras”.

De similar forma a lo que sucedía en la doctrina liberal, hay múltiples versiones y matices del socialismo: utópico, fabiano, cristiano, de cátedra, ético, democrático, comunitario, reformista, revolucionario y científico o marxista. En esta última versión, el socialismo está

basado en la propiedad social sobre los medios de producción. La propiedad social determina la inexistencia de clases explotadoras, de la explotación del hombre por el hombre. Bajo el socialismo se acaba con toda opresión social y toda desigualdad, con la oposición entre la ciudad y el campo, entre el trabajo intelectual y el trabajo físico (Cfr. Rosental-Iudin, s.f.: 427).

Según Marx y Engels, que fueron los creadores del **socialismo científico**, esta doctrina política recibe su denominación por las siguientes razones: a) el socialismo ofrece un programa racional de reconstrucción de la sociedad que se dirige indistintamente al sector intelectual y al proletariado; b) el socialismo ya no se presenta como un “ideal” sino como una necesidad histórica derivada de la inevitable decadencia del modo capitalista de producción; c) el socialismo empieza a emplear un método científico de análisis de la sociedad y la historia (Cfr. Bobbio, 1991: 1503).

Según el ya citado autor, el socialismo de raíz marxista fue en **Latinoamérica** la expresión ideológica y política de las clases obreras urbanas de origen migratorio. Por ello las primeras organizaciones socialistas, desde finales del siglo XIX, se estructuraron en aquellos países que tuvieron mayor afluencia de inmigrantes europeos como: Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y México. Pese a las limitaciones del socialismo latinoamericano logró influir en la estructuración de un conjunto de instrumentos de la vida democrática colectiva tales como gremios obreros, sociedades de socorros mutuos, cooperativas de consumo y de vivienda, círculos socialistas, bibliotecas y universidades, editoriales y periódicos. Además luchó contra el latifundismo, el imperialismo, a favor de las minorías relegadas y por la construcción de la democracia socialista.

En el **Ecuador** los primeros gérmenes de un tímido **pensamiento socialista**, en su versión marxista, se pueden rastrear en José Peralta, el ideólogo del ala de izquierda o más radical del liberalismo ecuatoriano, quien para 1889 ya hablaba del proletariado, al que lo conceptúa como el “paria de los pueblos modernos nacido para servir” si bien Peralta nunca abrazó la doctrina socialista y más bien fue un duro crítico del bolchevismo por su carácter revolucionario y violento. C. Alberto Larrea, por 1903, en su *Breve estudio sobre las principales escuelas que pretenden mejorar la condición del obrero* sostiene que: “De todas las escuelas que para la corrección de los males del jornalero se han formado, ninguna por su importancia más digna de atención que el socialismo” (Larrea, 1903: 394). Otro precursor de las ideas socialistas en el Ecuador es Belisario Quevedo (1883-1921), quien en uno de sus escritos reunidos en *Sociología*,

política y moral, en una concepción evolucionista de las doctrinas políticas afirma que: “Las sociedades humanas según lo testifican los hechos y las teorías, la historia y la ciencia caminan hacia el socialismo por fuerza espontánea e interna” (Quevedo: 1981, 260).

Sin embargo, Quevedo sostiene que es muy prematuro querer instaurar el sistema socialista en el Ecuador, puesto que el sistema capitalista burgués surgido del liberalismo tiene aún que desarrollar y agudizar sus contradicciones internas y los trabajadores adquirir conciencia de clase y porque “tiene nuestro pueblo que hacer primeramente conquistas políticas y que volverse más incómodo al régimen burgués” (Quevedo, 1981: 268).

Más pronto de lo que esperaba Belisario Quevedo, la crisis estructural del naciente capitalismo ecuatoriano, a consecuencia de las nefastas repercusiones de la primera guerra mundial, agudizadas por la confrontación interna tanto entre latifundistas serranos y burguesía costeña como entre banqueros y comerciantes, cuyo mayor peso, como siempre se lo trasladó al pueblo obrero y llano, el mismo que como natural reacción reforzó su incipiente organización, radicalizó su lucha y recibió su bautismo de sangre el 15 de noviembre de 1922 de manos del liberalismo plutocrático en el ejercicio del poder, con lo cual se crearon las condiciones para el surgimiento y organización del socialismo ecuatoriano. A estas condiciones internas del país se suma la influencia de la revolución mexicana y el triunfo de la revolución bolchevique de Rusia, en 1917.

En estas circunstancias y tratando de unificar las primeras células de izquierda, anarquista y socialista, que habían aparecido en diferentes partes del Ecuador, y por iniciativa del grupo quiteño **La Antorcha**, se reúne en la capital del país, entre el 16 y el 23 de mayo de 1926, la *Asamblea constitutiva del Partido Socialista Ecuatoriano*.

En un país signado por la diversidad étnica, cultural, lingüística y por la diferencia de intereses económicos, sociales, ideológicos y políticos era natural que en la constitución de un partido de izquierda, que aspiraba a representar los intereses de las mayorías, convergieran heterogéneos sujetos sociales, así: el “ala izquierda” del liberalismo que cuestionaba el predominio plutocrático, un sector de vertiente latifundista serrana que postulaba una sociedad utópica de marcado carácter agrario- artesanal; núcleos de militares jóvenes, críticos del orden imperante pero de posturas ideológicas imprecisas; y, la corriente mayoritaria constituida por los grupos de intelectuales y de dirigentes de la incipiente organización obrera y artesanal (Cfr. Ayala, 2003: 8).

Esta heterogénea composición inicial marcaría el sentido, la dirección, el comportamiento, las polémicas, contradicciones y escisiones del Partido Socialista Ecuatoriano en la historia de nuestro país. Por ejemplo, con motivo de la afiliación o no a la III Internacional Socialista, fundada por Lenin en 1919, se produjo una agria polémica que culminó, cuando en 1931, un grupo de dirigentes del Partido Socialista Ecuatoriano resuelve su adhesión a la III Internacional y se cambia el nombre por el de Comunista. Dos años después, en 1933, quienes se habían opuesto a la decisión anterior refundan el Partido Socialista y continúan su trayectoria histórica, entre debates, contradicciones, escisiones y reunificaciones debido a los varios matices que asume nuestro socialismo: a) **colaboracionismo** con los gobiernos del general Alberto Enríquez Gallo, en 1937 – 1938; José María Velasco Ibarra, en 1944 – 1945 y, el más criticable, con Galo Plaza Lasso, entre 1948 y 1952; b) **reformismo o socialismo moderado**, como la asumida por la mayoría de dirigentes y unos tantos militantes del socialismo que aceptando las reglas de juego de la democracia burguesa ha participado en elecciones y ha ejercido funciones en los diversos órganos de poder del Estado y en los gobiernos locales; y, c) actitud **revolucionaria** de quienes creen que el cambio del sistema capitalista por el comunista no puede darse por otro camino que no sea por el de la violencia armada. Esta tercera línea, que se ha mantenido a lo largo de la historia del socialismo, en 1963, por la influencia de la revolución cubana se organizó como Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano y, en la misma década del sesenta, intentó instaurar la revolución armada como método para la toma del poder del Estado.

En el marco de la heterogeneidad de intereses, pensamientos, ideales y aspiraciones y, tras largo debate, la Asamblea Constitutiva del Partido Socialista Ecuatoriano, en 1926, aprobó la Declaración de principios y programa de acción, en ellos se advierte la adopción del marxismo como base ideológica, la crítica global del modo de producción capitalista en vigencia, tanto en su base como en su superestructura, la postulación de la transformación de la base económica de la sociedad ecuatoriana y de las reivindicaciones sociales, culturales y educativas como bases para la construcción de un estado socialista, en el que asuman un rol protagónico los sectores populares, obreros y campesinos hasta ese momento relegados de la toma de decisiones y de la historia oficial del Ecuador (Cfr. Partido Socialista Ecuatoriano, 1978: 9-18).

A diferencia del liberalismo, con el advenimiento del socialismo, sin desconocer la importancia que en determinado momento asumen los individuos como líderes o dirigentes, se

considera que el auténtico protagonista de la historia es el pueblo, la masa, por ello la poca presencia de nombres propios e individuales en la sucinta reseña del Partido Socialista Ecuatoriano, que como tal o a través de sus dirigentes o militantes, si se ha preocupado por estudiar, denunciar o plantear alternativas de solución a los principales problemas del Ecuador, así:

Enfatiza que el problema del Ecuador es sobre todo, de estructura económica, de desigual e injusta distribución de los bienes e instrumentos de producción. Coherente con lo anterior se asume al **Estado** capitalista como instrumento al servicio de la clase dominante, surgido de la necesidad de reproducir y perpetuar las inequitativas relaciones sociales imperantes en el sistema capitalista ecuatoriano.

Como uno de sus puntales constitutivos y de sostenimiento ha sido la **clase trabajadora** el socialismo ecuatoriano ha luchado por la consecución y ejercicio de sus derechos como la organización sindical, el derecho de huelga, mejoramiento de las condiciones de trabajo, duración de la jornada laboral y salarios justos, entre otras conquistas. Para garantizar que los derechos de los trabajadores pasen del papel a la realidad contribuyó en la expedición de un código de trabajo en 1938, en la constitución de Trabajadores del Ecuador, CTE, en 1944 y en todos los conflictos obrero patronales, con la palabra y la acción ha tratado de ponerse del lado de los trabajadores.

Con las luchas **campesinas e indígenas** siempre se ha mostrado solidario en la aspiración por el reconocimiento sobre la propiedad de la tierra a las comunidades rurales de las distintas regiones del país, garantizándoles su autodeterminación y el desarrollo de su cultura y costumbres. Como organización política ha sido el socialismo el que ha reclamado el reconocimiento de la existencia histórica de nacionalidades y pueblos aborígenes, con sus formas específicas de organización social y expresión étnica (Cfr. Albán, 1994: 231); a más de la lucha por la tierra, la acción socialista también ha incidido sobre precios y comercialización de la producción campesina e indígena, participación en proyectos de desarrollo, sindicalización de los obreros agrícolas y constitución de la Federación Ecuatoriana de Indígenas (FEI).

La **educación** fue un problema que siempre preocupó al socialismo ecuatoriano desde sus primeros esbozos organizativos. Con la estructuración como partido político, en 1926, partió de una crítica de las limitaciones de los baluartes del liberalismo en educación: laicismo, gratuidad y obligatoriedad y planteó el acceso a todos los niveles educativos a los más amplios estratos sociales, favoreciendo en particular la capacitación técnica, cree en la necesidad de mejorar la

infraestructura de los planteles educativos y de garantizar la efectiva gratuidad de la educación, para lo cual sería necesario la impresión y distribución masiva de textos escolares. Postula, asimismo, el impulso de la investigación científico - tecnológica y la vinculación del estudio con el trabajo productivo. En materia educativa, en cuanto a la organización político gremial, el socialismo ha contribuido en la estructuración, reconocimiento y dirección de la Unión Nacional de Educadores (UNE) y la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE), en 1942.

Como ideología progresista que es el socialismo se preocupó por la suerte de la **mujer**. Gracias a sus iniciativas se le concedió el derecho al voto en 1929 y en los años posteriores ha seguido enarbolando la idea de incorporar a la mujer a todas las esferas de la vida social, en igualdad de deberes y derechos con el hombre, elaborando propuestas prácticas de educación, legislación e institucionalización, para superar la secular discriminación de que ha sido víctima (Cfr. Albán, 1994:231).

El **internacionalismo** socialista está presente desde sus raíces al reconocer como sus tres fuentes: el socialismo utópico francés, la filosofía clásica alemana y la economía política inglesa. En el Ecuador, no obstante el carácter nacionalista de los idearios, principios y programas, no se ha descuidado la solidaridad internacional, criterio que hizo palmaria realidad en el caso de la Guerra Civil Española (1936-1939), circunstancia en la cual el socialismo ecuatoriano tomó una actitud abierta de respaldo a los republicanos y multiplicó los actos de solidaridad y pronunciamientos públicos. En directa relación con lo anterior está el **antiimperialismo** que siempre ha enarbolado nuestro socialismo, proclamando la integración andina y latinoamericana como estrategia para enfrentar la penetración neocolonial de Estados Unidos de Norteamérica, con el apoyo de la burguesía antinacional. En esta perspectiva el socialismo ha denunciado las estratagemas imperialistas que, con el lema de “divide y reinarás”, ha azuzado y usufructuado de los conflictos entre países latinoamericanos, como es el caso del que existió entre Ecuador y Perú, uno de cuyos desenlaces fatales para nuestros intereses, en 1942, no estuvo exento de los intereses imperialistas, de sus transnacionales y de los esbirros y vendepatrias criollos, como Carlos Alberto Arroyo del Río.

A los aportes socialistas antes mencionados se suma el hecho de que ideas de esta doctrina política nutrieron la revolución juliana de 1925, la Gloriosa de Mayo de 1944 y la Constitución Política más progresista de la historia republicana de 1945.

Sin embargo el mayor, más positivo y perenne influjo del socialismo ecuatoriano fue en el campo cultural, artístico y literario. Basta recordar que en la fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en 1945, estuvo al frente un militante socialista: Manuel Benjamín Carrión Mora (1897-1979), luchador incansable por convertir al Ecuador en una pequeña potencia cultural, de naturaleza democrático nacional popular. En pintura son dignos de recuerdo los nombres de dos geniales artistas: Eduardo Kigman Riofrío y Oswaldo Guayasamín, los cuales al calor de las ideas socialistas “pintaron la tragedia indígena, y de la sociedad en su conjunto, e invocaron a los pueblos para que asumieran la tarea de superar el estado crítico y nada justo del orden establecido” (Rodas, 2004: 44). El más universal de los poetas ecuatorianos de todos los tiempos: Jorge Carrera Andrade (1903- 1978) fue uno de los fundadores del Partido Socialista Ecuatoriano, como también lo fue el no menos grande Miguel Ángel Zambrano.

La narrativa fue el género literario que mejor se nutrió de las ideas socialistas, comunistas y de renovación que hicieron su vigorosa presencia en el Ecuador, a partir de la década del veinte del siglo anterior, así:

Siguiendo la tradición realista social inaugurada por Luis A. Martínez con *A la Costa* en 1904, el socialista Fernando Chávez (1902-1999) publica su novela *Plata y Bronce* (1927), en la que ya esboza el esquema indigenista de novelas posteriores: un cura fanático y dominador, un teniente político sumiso a la voluntad de los señores feudales del predio contiguo y un amo blanco gamonal que explota a los indios que viven en su latifundio y viola a sus mujeres e hijas.

De grata recordación es “La mala hora” (1927) del socialista Leopoldo Benites Vinuesa (1905-1995), cuento sobre la vida del montubio que constituye un paso más en el tratamiento realista de los problemas y personajes ecuatorianos. Por primera vez el montubio se convierte en protagonista dramático; pues en “La mala hora”, los abusos de los explotadores y sus sicarios desencadenan la ira de un campesino que termina por dar muerte a sus verdugos y huir de la “justicia”.

De este mismo año, 1927, tomamos *Un pedagogo terrible o el vientre de una revolución* del maestro normalista Sergio Núñez (1896-1982), en ella el autor pretende resumir una etapa histórica del Ecuador: la de los días que precedieron a la jornada del 9 de julio de 1925, destacando el papel que tuviera el profesorado normalista de Guayaquil en la preparación intelectual de esa revolución.

Aunque no en la misma línea del realismo social es digna de mención la obra del narrador vanguardista y militante socialista Pablo Palacio (1906-1947), quien en 1927 publicó *Un hombre muerto a puntapiés* y *Débora*, en las cuales, a más de iniciar la narrativa urbana, defiende la importancia de tratar las pequeñas realidades frente a las grandes y voluminosas que abordaban los cultores del realismo; sin embargo, el propio Palacio en 1932 publica *Vida del ahorcado*, novela en la que retoma algunas dimensiones de las grandes realidades, que serán las preferidas en los autores de las dos décadas subsiguientes.

En 1930 se publica *Los que se van*, libro de cuentos poseedor de todos los atributos para ser considerado como el inicial de la edad de oro del realismo social ecuatoriano, que fue escrito por tres jóvenes guayaquileños desconocidos hasta ese momento: Joaquín Gallegos Lara (1911-1947), Enrique Gil Gilbert (1912-1973) y Demetrio Aguilera Malta (1909-1981). Es una obra cruda que nos presenta al montubio tal cual es: con su humanidad inmensa, desbordante de vitalidad; pero también con su miseria económica y su temperamento apasionado, bravío, sensual, primario como para llevarlo fácilmente a la violencia cruel (Cfr. Cueva, 1986: 57). A estos tres jóvenes relatistas se integraron Alfredo Pareja Diezcanseco (1908-1995) y José de la Cuadra (1903-1941). Una vez reunidos esto cinco escritores (los cinco como un puño) forman el valiosísimo quinteto llamado por la crítica **Grupo de Guayaquil**.

Del militante socialista y Subsecretario de Gobierno en la administración del general Alberto Enríquez Gallo: José de la Cuadra es oportuno referirse a su novela más representativa: *Los Sangurimas* (1934), la cual ha sido considerada por más de un crítico como precursora del realismo mágico y, en ese sentido, parangonada con *Cien años de soledad* (1967) del narrador colombiano y Premio Nobel de literatura (1982) Gabriel García Márquez (1928).

Alfredo Pareja Diezcanseco, activo militante comunista en sus años de juventud, es el novelista más prolífico de su generación. Su obra de significación comienza con *El muelle* (1933), en la que trata de la vida de pescadores, estibadores, vendedores y, en general, de toda esa gente cuya existencia transcurre en torno a la actividad portuaria. En 1935 publica *La Beldaca*, que es la historia de una balandra de ese nombre y cuyos héroes son los barqueros fluviales de la costa. Le sigue *Baldomera* (1938), una de las mejores novelas de Pareja. Su nombre es el de la protagonista de la novela, una zamba fea, ruda y valiente que viviera en Guayaquil. En esta novela se narra, en buena parte, la sangrienta crónica del 15 de noviembre de 1922, fecha de la

primera matanza obrera en el Ecuador. Luego Pareja escribiría una serie de novelas más hasta desembocar en el cultivo de la biografía novelada y la historia.

Del izquierdista, pero sin militancia específica, Demetrio Aguilera Malta solo aludo a dos novelas: *Don Goyo* (1933), en la que refiere la vida de don Goyo Quimí, un serrano adaptado al ambiente costeño de la cholera, en el cual se ha arraigado sin perder su marca primigenia. En *La isla virgen* (1942) a la par que recrea la vida casi legendaria de los habitantes de la cuenca del río Guayas, nos pinta el ambiente y el alma chola y nos da a conocer la vida del mayordomo Guayamabe, original y enigmático cholo que, fatalista e impasible, muere con su patrón cuando éste en un acceso de locura, se hunde en el manglar. En los años posteriores Aguilera Malta publicaría diez (10) novelas más dentro de la tendencia del realismo social y mágico.

Joaquín Gallegos Lara, el teórico más extremista y radical del comunismo ecuatoriano, publica su primera novela *Las cruces sobre el agua* en 1946, esta obra, a decir de Agustín Cueva Dávila, es una bellísima historia de amor y dolor protagonizada por los habitantes de los barrios pobres de Guayaquil, que revive la masacre obrera de esa ciudad el 15 de noviembre de 1922.

Del también militante comunista Enrique Gil Gilbert citaremos *Los relatos de Emanuel* (1939), los mismos que evocan, con nostalgia, un problema de contenido universal, el de los hijos ilegítimos. La novela que lo consagró internacionalmente es *Nuestro pan* (1942), en la que se da cuenta del proceso de siembra y cosecha del arroz, cultivo de importancia en la costa ecuatoriana, porque este producto entra decisivamente en la alimentación de los pobladores de esa región y, actualmente, en los del Ecuador entero.

Al mismo tiempo que los del **Grupo de Guayaquil** escribían sus obras, en la sierra se desarrollaba un robusto movimiento literario capitaneado por Jorge Icaza (1906-1978) e integrado por Humberto Salvador (1909-1982) y Enrique Terán (1887-1941). Al sur del país hace su señera presencia el núcleo lojano de narradores integrado por los animadores espirituales de las nuevas generaciones: Carlos Manuel Espinosa y Eduardo Mora Moreno y por los jóvenes escritores: Augusto Mario Ayora y Alejandro Carrión Aguirre. Capítulo aparte merece el maestro, jurisconsulto, narrador, ensayista, periodista y dirigente del socialismo ecuatoriano: Ángel Felicísimo Rojas (1909-2003).

Otros autores más jóvenes que dieron su aporte en la década del cuarenta, bajo la evidente impronta de la ideología socialista, son Adalberto Ortiz (1914) con su novela *Juyungo* (1943), en la que recrea la vida del negro esmeraldeño y su choque contra la explotación capitalista y frente

a la selva todavía virgen. Con el correr del tiempo daría otros aportes significativos: *El espejo y la ventana* (1967) y *La envoltura del sueño* (1982). Pedro Jorge Vera (1914-1999) publica *Los animales puros* (1946), novela intelectualizada en la que se profundiza la vida y preocupaciones de un grupo de revolucionarios que todavía no encuentran el camino seguro para arribar a la meta que se han propuesto. Sin abandonar la línea ideológica de izquierda, Pedro Jorge Vera en los años posteriores publicaría alguna otras novelas más.

De un balance general de la narrativa realista publicada entre las década del veinte y el cuarenta es fácil advertir que en ella se refleja el problema social de un capitalismo salvaje, aún realizando tareas de acumulación originaria que avanza a sangre y fuego sobre todas las formas económicas, sociales y culturales del país, con una lógica implacable de despojo y avasallamiento (Cfr. Cueva, 1993:128). También se evidencia un afán por incorporar a la cultura literaria ecuatoriana personajes, idiosincrasias y culturas hasta entonces menospreciadas: las de los indios, los cholos, los montubios, los mulatos, los negros, los chasos y los habitantes suburbanos y proletarios del país. En razón de lo anterior, la ficción narrativa de este periodo, en su mayoría, no sobresale por el laborioso cuidado en la forma, la perfección técnica ni el refinamiento artístico, sino por ser una escritura de gran economía estilística, altamente expresiva e impugnadora de todas las realidades y formas anteriormente dominantes, es parte, además, de un proyecto global de creación de una cultura nacional democrática y popular hasta ese momento aún inexistente.

II. EL PENSAMIENTO IDEOLÓGICO LIBERAL Y SOCIALISTA EN LA OBRA NARRATIVA Y ENSAYÍSTICA DE ÁNGEL FELICÍSIMO ROJAS

Una vez reseñadas lo que constituyen las doctrinas políticas liberal y socialista y su aporte en el proceso de desarrollo sociohistórico, cultural y literario del Ecuador corresponde, en este capítulo, analizar cómo influyeron estas ideologías en la formación de Ángel Felicísimo Rojas, en tanto escritor e intelectual comprometido con la causa del socialismo en el Ecuador. Se trata de remarcar la presencia manifiesta o la huella latente de las doctrinas políticas antes mencionadas, sobre todo del socialismo, en la obra narrativa (cuento y novela) y ensayística de Rojas. Para hacerlo se considera algunas temáticas / problemáticas de la realidad nacional del Ecuador que, siendo tratadas en la obra de nuestro autor estudiado, resulta más fácil de advertir la huella liberal y socialista. Estas problemáticas son el modo de producción capitalista en vigencia, los sujetos sociales más vulnerables, clases sociales y lucha de clases, la educación, la valoración crítica de la narrativa ecuatoriana, el factor religioso, el internacionalismo socialista, el antiimperialismo y los asuntos limítrofes de nuestro país. Con la guía teórica de lo desarrollado en el capítulo anterior, la lectura atenta de la “obra completa” de Rojas y la selección de las citas textuales más significativas se esboza un análisis, desde una perspectiva política, que no desconoce el valor de las otras, de la producción literaria rojiana.

A. Liberalismo y socialismo en la formación de Ángel Felicísimo Rojas como escritor

Ángel Felicísimo Rojas nació el 29 de diciembre de 1909 en El Plateado, recinto rural próximo a la ciudad de Loja, capital de la provincia del mismo nombre. Allí vivió su primera infancia, aprendió las primeras letras y las cuatro operaciones fundamentales de su madre, la maestra rural Filomena Rojas Ocampo y departió con los niños campesinos del medio: “yo correteaba por esos tiempos con los cholitos y los indios por los potreros, por las chacras, por los chamizales (...)” (Castro, 1997: 3), desde los seis años pasó a residir en la ciudad de Loja, donde cursó sus estudios formales en tres instituciones educativas consideradas, hasta la actualidad, como símbolos y baluartes del laicismo instaurado en nuestro país a partir de la revolución liberal de 1895: la escuela Miguel Riofrío, el colegio Bernardo Valdivieso y la Universidad Nacional de Loja.

En virtud de la precaria situación económica de su familia, desde los nueve años tuvo que trabajar como ayudante de tipógrafo en la imprenta *El heraldo*. Desde estos mismos tiempos

comienzan sus confrontaciones con los representantes de la ideología conservadora clerical que estudiaban en la escuela confesional: “Teníamos luchas a pedrada limpia con los alumnos de la Escuela de los Hermanos Cristianos; ellos nos decían masones y les devolvíamos el cumplido (...) sapristas (...)” (Calderón, 1991: 8). Pese a estos gérmenes de laicismo y ateísmo, por “respetar los designios y creencias de mamá y de mi familia” Ángel Felicísimo Rojas tuvo que permanecer un año en la escuela de los Hermanos Cristianos a fin de prepararse para la primera comunión: “me confesé y comulgué, hice la primera comunión, que también ha sido la última” le confesó alguna vez al doctor Fausto Aguirre Tirado, con cierto aire de ironía. Obviamente que Rojas expresa un pésimo recuerdo de la escuela confesional, porque allí el hermano cristiano que le tocó como profesor era muy tiránico y lo castigó físicamente, en más de una oportunidad, ante las inquietudes infantiles de Rojas que el docente las consideraba “maliciosas o pecaminosas”. De su escuela laica en cambio, conserva los mejores recuerdos: “porque gozábamos de mayor libertad”.

En 1920, cuando tenía diez años de edad, inicia sus estudios secundarios en el colegio Bernardo Valdivieso. Durante este tiempo fue adquiriendo conciencia de las injusticias del sistema capitalista como consecuencia de la lectura de Marx, Mariátegui y otros autores marxistas y de la magnífica orientación que recibió de recordados maestros de tendencia izquierdista como el suscitador de vocaciones literarias doctor Carlos Manuel Espinoza y uno de los fundadores de la sociología ecuatoriana, de tendencia marxista, el doctor Adolfo Valarezo. Por ello, el mismo año de fundación del Partido Socialista Ecuatoriano, y cuando solo contaba con dieciséis años de edad se afilia e inició un trabajo de concienciación con los obreros y artesanos de Loja. Simultáneamente y acicateado por el padre de Alejandro Carrión Aguirre, el poeta José Miguel Carrión Mora, se entrega a la literatura e inicia sus publicaciones en revistas y periódicos del medio.

Cuando estudió derecho en la Universidad Nacional de Loja llegó a ser presidente del Centro de Estudiantes (organización equivalente a la posterior FEUE) y funda la *Revista Universitaria*, en 1930. Una vez graduado de abogado en Loja, por 1934, debido a “los problemas de supervivencia, las necesidades de trabajo, la necesidad de desarrollo” se radica en Guayaquil, entra en contacto con los escritores del **Grupo de Guayaquil**, se convierte en su crítico, llega a compartir un bufete profesional con José de la Cuadra y alterna su tiempo entre el desempeño como abogado, la creación literaria y la militancia política en el socialismo.

Como ha dicho más de un crítico Rojas fue un socialista moderado, mesurado, nada dogmático ni sectario, “lo que tiene de dogmático y de sectario el marxismo yo lo rechazo” le confesó a Carlos Calderón Chico en 1991, porque cree que “la agresión, el odio, el veneno nos destruyen, nos matan”; por ello si bien reconoce la función social de la literatura, así como el necesario compromiso y la responsabilidad de los escritores siempre cuestionó el extremismo radical o el dogmatismo de algunos escritores o críticos literarios y en la polémica, de 1935, entre Joaquín Gallegos Lara y Jorge Hugo Rengel se puso de lado del socialista Rengel, quien creía que la conducción del proceso revolucionario ecuatoriano le correspondía a la “élite” intelectual de clase media, en virtud de que los trabajadores, por sí mismos, no tenían la capacidad de hacerlo.

Debido a la crítica que realizó al gobierno de Carlos Arroyo del Río, en su condición de Secretario General del Partido Socialista Ecuatoriano en la Provincia del Guayas, es perseguido y encarcelado en más de una oportunidad y es en una de esas estancias en el Penal García Moreno, entre Noviembre del 1941 y Febrero de 1942, cuando escribe su novela más politizada y antiimperialista: *Curipamba* (1983). Como secretario de Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE) participó activamente en la “Gloriosa” revolución del 28 de Mayo de 1944, que derrocó a Arroyo del Río y erigió como Presidente a Velasco Ibarra, quien el 30 de Marzo de 1946, en franca traición al socialismo y comunismo que lo llevó al poder se declaró dictador y persiguió ferozmente a los izquierdistas. Rojas que, por disciplina partidista, había asumido la Contraloría General de la Nación renunció y retornó a Guayaquil.

La desazón que le produjo el pacto de no agresión ruso-alemán, a inicios de la Segunda Guerra Mundial, la traición Velasquista, el aburguesamiento de Rojas a consecuencia de haber llegado a ser propietario de cuatrocientas hectáreas de terreno apto para las actividades agropecuarias en la Provincia de El Oro, así como las continuas confrontaciones y escisiones que se producían al interior del Partido Socialista Ecuatoriano fueron enfriando la militancia activa de Rojas, al punto de llevarlo a la desafiliación en 1960 “No porque haya renegado de los principios sino porque considere que había llegado la hora de hacerlo” (Jijón, 1983: 47). No obstante esta formal separación del Partido Socialista y el que Rojas haya reconocido que se haya aburguesado, en razón del ejercicio de la profesión de abogado, es digno de destacarse que jamás abjuró ni renegó del credo socialista ni de su ideología y aún en el 2002 dijo al doctor Fausto Aguirre Tirado: “Soy acaso el socialista más convicto a donde puede y pudo llegar un hombre

como yo” (Rojas, 2004: 31). Además siempre patentizó su admiración por figuras claves del liberalismo y socialismo ecuatorianos como: Miguel Riofrío, Juan Montalvo, Eloy Alfaro, Agustín Cueva Sáenz, Pío Jaramillo Alvarado, Adolfo Valarezo, Benjamín Carrión, Pablo Palacio, Alfredo Pérez Guerrero, Carlos Cueva Tamariz, Manuel Agustín Aguirre, etc.

Sin pretender caer en reflejos mecanicistas es evidente que la evolución del pensamiento ideológico y político de Rojas, en buena medida, se trasunta en su obra narrativa y ensayística. A lo anterior se debe, por ejemplo, el hecho de que en sus primeros escritos, cuando su militancia socialista estaba en plena efervescencia era capaz no solo de plantear el futuro promisorio del Partido Socialista en el Ecuador sino también de idealizar el prototipo de revolucionario de izquierda como Lenin en la Rusia Socialista, el dirigente estudiantil del Bernardo Valdivieso, al cual apodan Bolchevique por su entrega total a la causa revolucionaria y su capacidad de liderazgo y convicción tal como se avizora en el capítulo que le dedica en su autobiográfica novela escolar *Banca* (Cfr. Rojas 1981: 238-257). Pero cuando ya dudó de la total efectividad del socialismo marxista y, más aún, de la honestidad de algunos de su dirigentes creó o recreó como personaje de ficción a un espurio y falaz dirigente obrero campesino que mentía y engañaba por partida doble: a los dirigentes del partido en la ciudad y a los obreros agrícolas de la hacienda cacaotera de donde provenía (Cfr. Rojas, 1998: 109-130).

B. La crítica del modo de producción capitalista vigente

Si bien Ángel Felicísimo Rojas se pertenece al grupo de narradores ecuatorianos que cultivaron el realismo social, cuyo lema era “la realidad y nada más que la realidad” que dio como resultado obras que constituían documentos implacables de “denuncia y protesta” ante una lacerante realidad social, el narrador lojano toma distancias respecto de esta manera de escribir literatura, convirtiéndose así en el primer parricida de los escritores de su generación, puesto que si bien comparte la necesidad de construir una cultura democrática, nacional y popular, concretar una nueva conciencia de país y crear una literatura militante y comprometida con el entorno y las circunstancias socio históricas, económicas, ideológicas, políticas y culturales del Ecuador de la época, atenúa la visión trágica de la realidad, el reflejo fotográfico y el esquematismo en la presentación de los personajes y acontecimientos. Es más, Rojas cuestionó el carácter unilateral y esquemático de gran parte de la narrativa del treinta y cuarenta: “ hay mucho de convencional en la presentación del personaje tipo y en la pintura de caracteres y situaciones, de acuerdo más bien

con la convicción política de los autores” (Rojas, s.f.: 221) coherente con este pensamiento, Rojas a través de la obra narrativa, incorpora una serie de innovaciones a la literatura de su época, las cuales en palabras de Francisco Proaño Arandi, podrían sintetizarse así:

niveles de mayor introspección de los personajes; utilización de recursos propios del realismo mágico posterior; uso de las técnicas del punto de vista; traspaso de una visión trágica a otra más acendradamente individual, voluntarista de los personajes; superación de la concepción del texto como reproducción fotográfica de la realidad (...); incorporación de la morosidad en lugar del esquematismo, lo que permite construir con mayor amplitud personajes y situaciones (Proaño, 2004: 493).

Este distanciamiento e innovaciones de Rojas ha sido advertido y valorado por algunos otros críticos: Benjamín Carrión habló de “un poeta en prosa” que ha incorporado al relato lo que éste reclamaba a gritos: “una sutil, profunda, bondadosa ironía ; un cuidado elegante y, al mismo tiempo fuerte del estilo, de la calidad literaria, del decoro expresivo” (Carrión, 1958: 186); Cueva Dávila habla de subjetivismo reprimido, de relato íntimo, sentimental; y, Alicia Ortega afirma que Rojas “supo ubicar al texto literario en un espacio constituido por la interacción de las relaciones sociales, las instituciones culturales y las formas de la subjetividad en la experiencia humana” (Ortega, 2001: 3).

Las reflexiones anteriores nos llevan a concluir que Ángel Felicísimo Rojas no se dejó subsumir por un realismo social chato, esquemático, fotográfico sino que, sin abandonar las líneas substanciales que caracterizaron al mismo, lo rebasó; sin embargo, en razón de la matriz socialista marxista en la formación de Rojas, como intelectual y escritor, tanto en sus ensayos como en su obra de ficción estudia, analiza y denuncia las principales inequidades, injusticias, taras y limitaciones del capitalismo atrasado, dependiente y con rezagos feudales que regía la vida económica, social política y cultural del Ecuador durante la primera mitad del siglo XX.

En un ensayo de 1935, titulado: “Loja, la rica ciudad mendiga”, utilizando las herramientas teóricas del marxismo analiza la realidad socioeconómica de esta ciudad y provincia, concluyendo que: “El capitalismo del Ecuador es una rama atrofiada del capitalismo moderno; constituye (...) una especie inferior, de evolución truncada. Se ha quedado en un nivel muy bajo: el feudalismo” (Rojas, 2004: 585). Inspirado en la utopía socialista, en plena efervescencia en esos años, sostiene que: “Hay que preparar el advenimiento de la hora en que

cambiamos de artefacto político. Esa labor de activa espera deben hacerla las fuerzas socialistas del Ecuador” (Rojas, 2004: 586). En 1948, en su ensayo de mayor resonancia: *La novela ecuatoriana* vuelve a retomar la herramienta del marxismo para analizar críticamente algunos fenómenos de la realidad ecuatoriana como: la estructura económico social, las relaciones de producción, los ciclos exportables, la hacienda pública, la política aduanera, el sistema de recaudaciones, la formulación y ejecución presupuestaria, la política tributaria, la industria y la banca, la deuda interna y externa, la política y problemas monetarios. Con esta misma fundamentación teórica analiza otros macroproblemas de la realidad ecuatoriana como las relaciones internacionales del Ecuador, la vinculación del país al mercado mundial, la confrontación regional Costa – Sierra, el conflicto limítrofe Ecuador – Perú, los fenómenos, actores y sujetos sociales del país, nuestra historia política y las manifestaciones culturales pasadas y presentes.

En la narrativa de ficción, sin desconocer los recursos y valores estructurales, estilísticos y técnicos que han sido remarcados por sus críticos, tampoco hay que eludir el trasfondo de “denuncia y protesta social” ante las injusticias e inequidades imperantes que hay en novelas como *El éxodo de Yangana o Curipamba*, en algunos cuentos y en parte de *Banca*. En *El éxodo de Yangana*, por ejemplo, una de las razones de fondo para la emigración colectiva de los yanganenses es la presencia del latifundismo, la inequitativa distribución de la tierra cultivable, en razón de que la mayor y mejor cantidad de tierra productiva se encuentra en manos de tres hacendados: Ignacio Gurumendi, el señor Villaviciosa y el doctor Zapata. Esta injusticia se agrava si se atiende a lo que dicen los que conocen la historia de Yangana, que estos tres latifundistas se apropiaron y tomaron “legal” posesión de lo que fue terreno comunal sin pagar ni un solo centavo de indemnización a sus legítimos y ancestrales dueños; más bien se apoyaron en leguleyadas y en la anuencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la parroquia, el cantón y la provincia, quienes directa o veladamente, como instrumentos de un Estado capitalista viabilizaron la consumación de la desmedida ambición expansionista de los latifundistas: “La voz generalizada en la población se expresan mal del origen del derecho de dominio de esos propietarios, se afirma que no tienen título legal sino que han ocupado arbitrariamente terrenos de comunidad, señalados desde la época colonial como ejidos” (Rojas, 1985: 117).

Frente a este injusto despojo los yanganenses interponen un juicio de expropiación de los latifundios ante el gobierno nacional y el congreso; empero, como los representantes de la

autoridad estatal están de parte de los latifundistas, el juicio se dilata hasta lo indecible y, como si esto fuera poco, todas las legítimas aspiraciones de los habitantes de Yangana reciben una respuesta negativa:

Han pedido una escuela fiscal: la han negado. Han pedido un local para la escuela que ellos sufragan de su peculio: lo han negado. Han pedido una carretera a la ciudad: la han negado. Han pedido una reparación, por cuenta del fisco, del horrible camino de herradura: lo han negado. Han pedido línea telegráfica: la han negado. Han pedido dos becas para el colegio de segunda enseñanza de la ciudad: las han negado. (Rojas, 1985: 130).

Este olvido gubernamental se agrava por el hecho de que la administración de justicia constituye una caricatura repugnante y totalmente desmoralizadora para el pueblo de Yangana. El teniente político de la parroquia sólo servía para extorsionar a los pobladores, principalmente mediante la detención de animales que deambulaban por la calle o ingresaban a algún sembrío. El encarcelamiento de los vecinos en estado de embriaguez constituía, asimismo, un lucrativo negocio por la significativas sumas de dinero que tenían que erogar para salir en libertad: “de ahí que el sentir general afirma que mejor estuvieron antes de que viniera a la parroquia esta grotesca mascarada de administración política judicial, cuyas corruptelas, farsas, contubernios y prevaricatos sería interminable enumerar” (Rojas, 1985: 131). Por su puesto que estos abusos y extorsiones, de parte del Estado como instrumento de la clase dominante, eran también cometidos por los miembros de la policía, el guarda del estanco de alcoholes y los recaudadores de impuestos.

Los habitantes de Yangana no se doblegaban fácilmente a los desafueros; por ello generan algunas tensiones, en respuesta a las cuales se observa la monolítica unidad de la clase dominante con quienes representan el poder local, como son: hacendados, iglesia católica, cura párroco y funcionarios estatales del cantón y la provincia, pues al más mínimo intento de reclamo, resistencia, subversión o sublevación de los yanganenses se apoyaban para castigarlos físicamente o privarlos la libertad.

En una democracia capitalista burguesa las elecciones para representantes a las municipalidades, cámaras legislativas y jefe del poder ejecutivo constituyen una farsa, un descarado fraude en el que: “la lista de representantes indicada por el gobernador de la provincia, según órdenes del gobierno central, triunfa sin mancha” (Rojas, 1985: 134-135).

La **corrupción**, que es el peor cáncer que ha afectado al Ecuador, está fuertemente denunciado por Rojas en sus novelas. Dos casos bastarían para confirmar nuestro aserto: en *El éxodo de Yangana*, la contrabandista de aguardiente y productos destilados compra la conciencia de los guardas de estanco con regalos, atenciones y hasta con su propio cuerpo de mujer guapa y todavía joven; cuando alguien le pregunta sobre como ideó el infalible sistema, con todo cinismo responde: “lo aprendí de los gringos de las compañías extranjeras. Ellos hacen así con los del gobierno, y consiguen lo que quieren. Cuesta un poquito pero se gana más” (Rojas, 1985: 78). Y claro, el otro ejemplo que patentizamos está extraído de la novela sobre la mina de Portovelo: *Curipamba*, en cuyo campamento concesionado a la transnacional norteamericana Gold Mining Company, hay una arraigada tradición de corromper, con atenciones y prebendas a los inspectores de minas que enviaba el gobierno, de esta forma se minimizaba la cantidad de oro explotado y no se pagaba al Estado ecuatoriano todo lo que correspondía. En esta línea de actuación, uno de los esbirros de la compañía ensaya todos los mecanismos para corromper al nuevo inspector, de minas, el ingeniero Alejandro Sevilla; no obstante las negativas del inspector el corruptor no se arredra: “Todo hombre es cotizabile, Mr. Spencer. Este es un apotegma que cierta persona a quien respeto y admiro me lo enseñó, hace años, justamente en este sitio” (Rojas, 1983: 151). Sin embargo, como el “terco” ingeniero Sevilla no sucumbe ante nada, se lo sacan de encima haciéndolo ingerir zimora, un alucinógeno muy efectivo que hacía perder la razón.

C. Los sujetos sociales más vulnerables en la obra de Rojas

Como buen socialista que fue Ángel Felicísimo Rojas no particularizó, segregó, dispersó, atomizó o parceló el tratamiento de los problemas sociales del Ecuador a un determinado, exclusivo y excluyente grupo étnico-racial, sexual o etéreo (por edades); por ello, en *El éxodo de Yangana*, la visión es abarcativa, englobante, totalizadora, omnicompreensiva: “vienen todas las edades humanas. Viejos, jóvenes, adultos, niños, infantes de pecho. Hombres y mujeres (...) blancos, indios y mestizos; mulatos, zambos y negros” (Rojas, 1985: 97-98). Años más tarde, en entrevista concedida al doctor Fausto Aguirre Tirado en el 2002, reafirmaría este criterio al sostener que: “lo que nos divide no es lo étnico sino lo de las clases sociales, nos une más con los indígenas la explotación que lo que nos divide a los indígenas con los mestizos” (Rojas, 2004: 32).

Sin embargo de lo dicho, en un país de fuerte presencia indígena y afro y de complejo mestizaje no se podía eludir la referencia o caracterización, aunque sólo fuera sucinta, de estos grupos poblacionales. En un ensayo de 1944: “Informe sobre relato ecuatoriano de los últimos años”, con un tono un tanto irónico, dice que una forma de caricaturizar nuestro pequeño país, en una época en la que la mayoría de la población vivía en el sector rural, es diciendo que en la costa predomina el montubio, en la sierra el indio y en la región oriental el indio salvaje. En *La novela ecuatoriana* amplía, diversifica el tratamiento del asunto étnico. Denuncia como la expansión del latifundismo que absorbió las tierras comunales arrojó a los indígenas a la ciudad, donde para sobrevivir tuvieron que laborar en los trabajos más duros, difíciles, riesgosos y menos remunerados. Patentiza, asimismo, el porqué el Estado no se ha preocupado por su educación: “ha sido un dogma feudal el que la educación solivianta al indio y le hace rebelde” (Rojas, s.f.: 34). La fórmula **Plan, trabajo y libertad** de Pío Jaramillo Alvarado, para la solución del problema indígena en el Ecuador es revalorada por Rojas, quien por su ideología socialista, a semejanza de Mariátegui, considera que el meollo del problema indígena y su solución estriba en lo económico.

En *Curipamba*, a través del detestable Cleofe Jiménez, el jefe de los esbirros, se advierte prejuicios racistas y fascistas en contra del indígena, a quien se cree que es preferible eliminarlo físicamente, exterminarlo: “Y he llegado a la conclusión de que la redención del indio es una utopía, una dificultad insalvable, un deseo sin esperanza. El indio no tiene remedio. Nunca servirá para nada. Hay que eliminarlo” (Rojas, 1983: 194). En contraposición a estas ideas genocidas están las progresistas del socialista ingeniero Sevilla, para quien: “El indio no es un ser inferior ... ni hay razas inferiores (...) su manera de ser ante el blanco es su manera de defenderse, justamente” (Rojas, 1983: 195). Para el gringo Spencer “La raza aborigen de estas regiones de América del Sur ha sido siempre esclava”, lo cual justificaría el maltrato y explotación de que eran objeto en *Curipamba*, así como la preferencia que mostraban los jefes por su mano de obra “porque sus componentes eran trabajadores incansables, sumisos, callados y no protestaban nunca” (Rojas, 1983: 161). Como “no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista” estos prejuicios y vejaciones en contra de la raza aborigen y que en *Curipamba* se personifican en el indio Luis Antonio Zarapungo, contra quien se ensaña la fuerza represiva policial: “Luego le ataron contra un árbol, y con el un extremo del lazo le dieron, haciendo turno, cien vergazos” (Rojas, 1983: 234) despierta la conciencia y la solidaridad de clase como se

evidencia en el apartado subsiguiente. En algunos cuentos de *Un idilio bobo* y *El éxodo de Yangana* también se alude al indígena, caracterizándolo como amante de la propiedad territorial, aunque sea minúscula, y como tenaz litigante judicial en procura de defender los mismos derechos.

Sobre los **negros** de ascendencia africana, traídos en condición de esclavos para que trabajen en las minas y en la agricultura, en las ficciones de Rojas se advierten algunos prejuicios sobre su honradez y laboriosidad: “No iban a hacerse trabajadores ni honrados después de haberse criado y envejecido haciendo de las suyas, robándose los chivos y los plátanos de las propiedades vecinas” (Rojas, 1984: 320) son las palabras del narrador protagonista del cuento “Carate” de *Un idilio bobo*, “para que la pereza del trópico se una con su vieja pereza racial” dirá, en referencia a los negros de la hacienda de Catamayo Andrés Peña, el personaje narrador de *Banca*, mientras abandonaba su vida estudiantil para incorporarse como obrero en las minas de Curipamba.

Desde un ensayo de 1936: “Los nuevos: un decenio de producción literaria” Rojas ya evidenció tener claridad de conciencia sobre el oprobioso relegamiento y marginación de la **mujer** respecto del hombre, sobre todo aludiendo a la campesina del litoral decía: “La mujer, entre el cholo y el montubio, sigue siendo el personaje de segundo orden” (Rojas, 1936:31). Sesenta años después, fiel a su tradición progresista y libertaria, confesaría: “Tengo una gran admiración para dos figuras femeninas extraordinarias, a las cuales profeso además, un gran respeto: Manuelita Sáenz y Marieta de Veintimilla” (Rojas, 1998: 24). Coherente con esta línea de pensamiento, si bien creó pocos personajes femeninos, tres casos bastarían para evidenciar el espíritu progresista, de lucha y rebeldía que les supo insuflar: Doña Leonor, la heroína motivo de polémica y discusión entre un liberal y un conservador, de *El busto de doña Leonor*, la cual a decir de su defensor liberal: “había sido uno de los hombres del 95 (...) por eso hemos perdido la esperanza de canonizarla” (Rojas, 1998: 11), pero a quien no se le podía negar el meritorio derecho a que se le erigiera un busto por su permanente accionar, aún a costa de su propia moral, en pro de la Casa Maternal del Puerto de las Perlas y del Hospital de niños. En *El éxodo de Yangana* tenemos a Juanita Villalba “ex estudiante de segunda enseñanza, con reputación de atea, de envenenada y escéptica” (Rojas, 1985: 57), una joven ilustrada, inteligente, librepensante, aunque un tanto anarquista, que junto a don Vicente Muñoz, el hombre ilustrado del pueblo, se convierte en una de las mentalizadoras y líderes espirituales de Yangana en su proceso de

rebelión contra los gamonales y ulterior huida colectiva. En *Curipamba* está Rosa Vivar, la mujer obrera, líder sindical y luchadora infatigable que es capaz de batirse, con arma en brazo, contra las fuerzas represivas: “Mujer enseñada a sufrir, no había perdido el juicio en los combates, y en todo instante supo lo que debía hacer” (Rojas, 1983: 398). Rosa Vivar ratifica su espíritu de combate y solidaridad cuando, por la fuerza y en complicidad con el indio Luis Antonio Zarapungo, liberan al ingeniero Alejandro Sevilla, lo curan de los nocivos efectos de la zimora y lo dejan en libertad, sano y salvo, camino de regreso a la capital de la república.

El **trabajo infantil**, otra de las lacras sociales de la sociedad capitalista, es denunciado en el cuento “El trompo de Gabriel”, en donde el pequeño héroe ficticio, por su condición de extrema pobreza, se ve privado de poder adquirir un trompo para sus naturales juegos de niño, más bien con graves riesgos de su salud, su integridad física y aún de su propia vida se ve obligado a trabajar como arriero en las provincias sureñas del Ecuador, trabajo que trataba de cumplirlo a cabalidad, con el ingenuo consuelo de que : “No era (...) el único arriero de esa edad. De Ayapamba también había una runfla de competidores infantiles, que robaban a la escuela el tiempo que les hubiera llevado aprender a leer” (Rojas, 1998: 96).

D. Clases sociales y lucha de clases

Bajo el criterio orientador de lo que entiende el socialismo marxista por clases sociales (Cfr. Rosental – Iudin, s.f.: 67) Ángel Felicísimo Rojas en *La novela ecuatoriana* sostiene que desde la época preindependentista es posible reconocer en el Ecuador tres clases sociales: nobleza, estado medio y plebe, las cuales han coexistido en permanente tensión, a veces velada y otras manifiesta. Con la independencia, la Constitución Política de 1830 explicita la impronta de la clase dominante que prácticamente excluyó de la condición de ciudadanos a los integrantes de la clase baja (Cfr. Rojas, s.f.: 18, 29). El periodo de 1895 – 1925, de predominio del liberalismo, Rojas lo considera como la época de ascenso de la clase media al poder del Estado y su incorporación como tema de novela (Cfr. Rojas, s.f.: 83 y ss). En el periodo de 1925 a 1945, la clase alta estaba conformada por políticos afortunados, el alto clero y la banca, el clero rico y los industriales, los señores feudales de la sierra y los dueños de las plantaciones de la costa; la clase media la constituyen los burócratas, los profesionales, los militares y los maestros; y, la clase baja se integra por los trabajadores del campo, los artesanos y, más tarde, los obreros de las ciudades y las aldeas. Lo que mejor caracteriza a esta época es que, en lo literario, los escritores de clase

media asumieron como tema predilecto de sus ficciones a integrantes de la clase baja y, en lo social, persiste la confrontación violenta entre clase dominante y clase baja, uno de cuyos hitos más evidentes se dio con el levantamiento y masacre obrera del 15 de noviembre de 1922, en la ciudad de Guayaquil.

En la narrativa de ficción de Rojas se advierte la presencia de clase sociales antagónicas en permanente tensión e incluso, a veces, en violenta lucha. En “Un idilio bobo”, Andrés Peña, el personaje narrador luego de que, por correspondencia, con mentiras sobre su situación económica y su presencia física la hace enamorar a la norteamericana Jacqueline Arthur, como un acto de venganza de clase baja, cínicamente, le cuenta la verdad, le envía una fotografía y dice: “Esta es mi venganza. La venganza de mi clase proletaria contra la suya, que tiene a sus pies el mundo y que, sobre todo, siempre tiene que comer” (Rojas, 1984: 18).

Banca, aunque en general se la ha catalogado como una novela construida sobre la base de recuerdos escolares en el Colegio Bernardo Valdivieso de la ciudad de Loja, tiene algunos capítulos en el que se hace patente la presencia de clases sociales en lucha antagónica por la diferente posición que ocupan en el modo de producción capitalista. Andrés Peña, el narrador protagonista de la novela, ante la explotación y abusos que el latifundista y voraz agiotista cometía en contra de su pariente “patalsuelo” despierta su espíritu revolucionario, se arma de valor y se propone interceder, con la conciencia de que él representa una clase y el terrateniente es “cifra y compendio de otra” que no se conmueve frente a la necesidad ni el hambre de nadie: “Le siguen ciento cincuenta pordioseros porque deja podrir la leche que no se vende, en vez de regalársela a ellos” (Rojas, 1981: 27). La huelga, como un derecho obrero para hacer realidad sus reivindicaciones, es empleado por los estudiantes bernardininos para impedir el ingreso de un profesor que “ha robado, ha depredado, ha engañado, ha sido cruel, ha sido farsante” (Rojas, 1981: 148). Este grupo estudiantil, que sale triunfante en la huelga, se politiza y decide participar, con una organización política de izquierda, en las elecciones municipales que se avecinan; en el proceso de campaña electoral, en razón de las abismales diferencias de intereses con los terratenientes y clericales conservadores, se chocan con violencia y, por ese motivo la policía, cumpliendo su función de aparato represivo de un Estado que defiende los intereses de la clase dominante, reprime y encarcela a los líderes izquierdistas: “ y cuatro policías se encargaron de llevarse a ocho de los nuestros. A la cabeza marchaba, limpiándose la sangre Bolchevique” (Rojas, 1981: 190).

Las elecciones municipales las ganaron “ los ricos hacendados y accionistas, en la proporción de cuatro contra uno” e inmediatamente comienzan las retaliaciones contra los que dirigieron las fuerzas progresistas. La madre de Andrés Peña es cancelada de su cargo de profesora municipal, motivo por el cual el joven de inquietudes políticas socialistas tiene que truncar su carrera estudiantil, renunciar a su afán de superación intelectual, irse a trabajar en el campamento minero de Curipamba y poner en ejecución las sabias palabras del inolvidable maestro bernardino: “ Trabaje por unir a los mineros. Por allá andan fuerzas aisladas ya. Me han escrito algunos obreros inquietos. Deben sindicalizarse, llegar a ser una fuerza única” (Rojas, 1981: 260).

Conforme el ofrecimiento final del narrador protagonista de *Banca*: “Mi vida estudiantil fue una. Mi vida minera es otra. Si la muerte no me rinde, he de escribir algo sobre esta también”, la próxima novela en ser escrita (aunque su publicación se hiciera 41 años después, en 1983) es *Curipamba*, que recrea como tema central la inmisericorde explotación de los obreros del asiento minero de Portovelo, con la servil y corrupta complicidad de los funcionarios, de todo nivel, del gobierno del Ecuador. *Curipamba* es la novela más politizada e ideologizada de Rojas, en el trasfondo de toda su trama narrativa se advierte la penetración de la garra del “águila rapaz” del imperialismo, a través de las compañías transnacionales de exploración y explotación aurífera, las mismas que explotan en un doble sentido: el metal precioso de nuestro subsuelo, la mano de obra, la energía y hasta la vida de nuestros obreros y, con la complicidad de los funcionarios del gobierno del Ecuador, evaden impuestos y pago de regalías por la cantidad y calidad de oro que realmente extraen.

Contra lo que quisiera la burguesía proimperialista criolla que dirige los destinos del país, la explotación y trato inhumano hacia los tres mil obreros de la mina de Curipamba, como natural reacción recibe la organización obrero sindical de los trabajadores. Así es como surge la famosa Sindical Minera, que en un inicio tuvo más de “mil trabajadores afiliados” y que, en procura de lograr las justas reivindicaciones a favor de los trabajadores y sus familiares decreta la huelga obrera, la toma de las instalaciones del asiento minero de Curipamba y con ello desata la confrontación obrero – patronal, conflicto en torno al cual se alinean y posicionan los actores que, directa o indirectamente, tienen que intervenir en el asunto. De un lado están los obreros, asesorados por el sindicalista español José Permanier, solidarios y unidos entre sí en pro de la consecución de mejoras en salarios, en salud, en educación, en condiciones de trabajo y en trato;

pero, en el fondo, están solos con la justedad de sus aspiraciones, puesto que la solidaridad de otros sindicatos llegó muy tarde y no tuvo ningún efecto positivo; en la otra orilla están los intereses de la compañía minera, con sus representantes y asesores en Quito, Guayaquil y Curipamba; tienen, además, muchos, poderosos y eficaces colaboradores y aliados: Cleofe Jiménez, el jefe de los esbirros y soplones a favor de la compañía que idea y ejecuta detestables acciones para corromper, expulsar o anular a los líderes sindicales, dividir a la Sindical Minera, desacreditarla o hacerla caer en garrafales errores: “para torpedear a la sindical hay dos medios que emplear simultáneamente. Dividirla en dos bandos y expulsar a ese malvado de Permanier” (Rojas, 1983: 147); “_ Pues entonces, exigir demasiado es apoyar a la compañía” les advierte el perspicaz inspector Sevilla a los sindicalistas ingenuos que no perciben la intromisión de los protervos intereses de la compañía en la Sindical Minera; otro aliado es el sacerdote y los medios de difusión colectiva, que contribuyen a propalar la falacia de infiltración comunista entre la organización obrera; y, los órganos del poder público que envían a la fuerza pública a reprimir y asesinar a los obreros, cuyo único delito fue el de haber adquirido conciencia de clase y reclamar sus inalienables derechos, llegando incluso a hacer uso de la fuerza, aunque a la final todo sea vano: “_Pero, carajo: esos huelguistas que habían quedado solitos, pelearon como hombres. Como fieras. Hasta las mujeres como usted, lindita, dieron bala. Y todo eso, digo yo ¿ Para qué?” (Rojas, 1983: 494).

En *El éxodo de Yangana*, en un primer momento la tensa relación y, luego, la confrontación clasista de carácter violento se da entre los comuneros de Yangana y los gamonales latifundistas que, ilegal e inmoralmemente, se apropiaron de los terrenos que fueron comunales. En esta lucha también se observa la monolítica unidad de la clase dominante: “El doctor Zapata sostenía al teniente político de la ciudad. En compensación, el teniente político defendía los intereses del doctor Zapata, del pinganilla Gurumendi y del viejo Villaviciosa” (Rojas, 1985: 219). La confrontación violenta final se da con motivo de la fiesta del Señor del Buen Suceso, ocasión en la cual a consecuencia del alcohol y de la sobreactuación, en la representación de una obra teatral, el pueblo se enfrenta a los latifundista y se producen cinco muertes: “Y los cuatro cadáveres que dejó antes de morir Gurumendi, y el de Gurumendi también, fueron llevados a la iglesia, y allí comenzaron a velarlos, hasta el día siguiente” (Rojas, 1985: 292). Estos hechos de sangre y la amenaza de inminente represión estatal, con el ejército y la policía, son los que empujan al pueblo de Yangana a huir con dirección a Palanda en la región amazónica, bajo la

dirección de Tobías Ocampo (a) el Churón Ocampo, un ex - dirigente de los obreros del asiento minero de Curipamba.

E. El problema de la educación en el Ecuador

Ángel Felicísimo Rojas fue hijo de una maestra rural de primeras letras, de quien aprendió a leer, escribir, las cuatro operaciones fundamentales y heredó la vocación, el gusto por el magisterio, por la enseñanza. Se inició como docente desde muy joven, primero reemplazando a su madre y luego como profesor del colegio Bernardo Valdivieso de Loja, el Rita Lecumberry y Vicente Rocafuerte de Guayaquil. A nivel superior, entre 1944 y 1946, fue profesor de Cuestiones económicas en la Universidad Central del Ecuador y, durante veinte años, de Economía política en la Universidad Estatal de Guayaquil. “La cátedra es lo que yo más he amado después de la literatura” le confesó a Carlos Calderón Chico y, más adelante, al justificar su retiro le dijo: “si hubiera sido la profesión de maestro aquella que permite vivir, no hubiera hecho otra cosa que escribir y dictar mi cátedra” (Rojas, 1991: 67). Esta predilección por la enseñanza, más allá de las aulas, se irradió a través de artículos de opinión en algunos periódicos como *El heraldo del sur*, *El siglo* y *Crónica de la tarde* de Loja; *El telégrafo*, *El expreso* y *El universo* de Guayaquil; y, *El comercio* de Quito, así como en otras revistas y publicaciones periódicas del país.

La práctica docente en los niveles primario, medio y superior se ve respaldada por la valoración crítica, aunque sea muy escueta, sobre el problema de la educación en el Ecuador. En *La novela ecuatoriana*, cuando se refiere a la primera época, de predominio conservador (1830-1895), critica el hecho de que durante la dominación floreana el Estado solo haya apoyado la educación media y superior, a la cual solo podía acceder una pequeña élite, dejando a la iniciativa particular de quienes podían costearse la educación primaria, con lo cual se facilitó la total injerencia de la iglesia católica en la formación de los pocos ecuatorianos que llegaban a dominar la lectoescritura. Otros aspectos criticables de esta época era el relegamiento del acceso de la mujer a la educación y el método inquisitorial que predominaba en la educación con su máxima: “La letra con sangre entra”. No obstante que para los años en que Rojas escribió este ensayo era un militante activo del socialismo, reconoce en el régimen teocrático de García Moreno el impulso que dio a la educación, llegando a tener 22 000 alumnos en la primaria, 600 en la secundaria y 300 en la superior, lo cual no le impide que cuestione el que la haya puesto bajo la

férula de la iglesia católica y sus comunidades religiosas: “Todo ello, naturalmente, dirigido hacia la enseñanza religiosa de su pueblo y *Ad Majorem Dei Gloriam*” (Rojas, s.f.: 43). De la época de predominio liberal (1895-1925) reconoce los evidentes adelantos cuantitativos de la educación en el Ecuador, su saludable proceso de laicización, valora el papel de los normales y las universidades como semilleros de inquietudes políticas y culturales y el papel activo que han asumido los estudiantes dentro y fuera de la universidad, Rojas también reconoce los límites de las conquistas liberales en educación y critica a la universidad su reducida oferta académica. De la tercera época, de presencia de las ideas progresistas, socialistas y comunista (1925-1945) solo remarca el uso de la huelga estudiantil en colegios y universidades y la radicalización política del movimiento estudiantil universitario.

La preocupación por el problema educativo del país vuelve a patentizarse en un ensayo de 1978: “El proceso cultural del país”, aquí sostiene que una de las formas de superar los problemas del campesino indígena es mejorando la escuela rural, cuyas enseñanzas deben estar combinadas “con el aprendizaje de cómo hay que cultivar la tierra y con el suministro gratuito de un almuerzo escolar bien balanceado” (Rojas, 1978: 9). Al abordar el caso de los colegios de segunda enseñanza cuestiona la calidad de su formación, enfatiza la necesidad de mejorar la docencia y concluye que la mayoría de los bachilleres “carecen de la formación intelectual necesaria para dar ese otro salto de la segunda enseñanza a la enseñanza superior” (Rojas, 1978: 10). Ya en 1953, al referirse a la universidad había hecho suyo un apotegma liberal de Voltaire: “Estoy en absoluto desacuerdo con lo que tú dices, pero gustoso derramaría mi sangre para sostener tu derecho a expresarlo” (Rojas, 1988: 249) y con este fundamento defiende la obra positiva del laicismo en la educación y en la universidad, la cual preparó el terreno para nuevas conquistas como la potenciación de la interrelación universidad – sociedad, la autonomía universitaria, el cogobierno, el cultivo de la investigación científica. Todo lo anterior, y bajo la influencia de la doctrina socialista, en procura de que la universidad pueda cumplir adecuadamente su función, que es la de: “difundir la cultura primero en el alumnado y después más allá de la universidad, hasta el pueblo del cual es su expresión intelectual más alta”, sus metas: “ayudar a la formación del pensamiento nacional y a la orientación social, política, científica y técnica, al servicio del país” y su misión: “analizar esa realidad nacional y luego proponer soluciones para los problemas sustantivos de la patria ecuatoriana” (Rojas, 1988: 252). Para 1978, cuando Rojas ya se había desafiado del Partido Socialista Ecuatoriano y había renunciado a la Universidad de Guayaquil,

por no estar de acuerdo con el libre ingreso, expresa su desconcierto porque en la transformación de la universidad, de elitista a de masas, se ha priorizado el número, la cantidad en desmedro de la calidad académica, que es lo que más requiere el país.

En *Un idilio bobo*, a más del cuento que da título al libro, en que se plantea el tema de la efectividad de la enseñanza de idiomas extranjeros mediante la correspondencia de los aprendices, en el cuento más extenso: “El maestro Mariano Guamán, según la versión de su colega Aurelio Benítez” desarrolla todo un acápite destinado a realizar una descripción y crítica de la educación campesino indígena de la época, la cual a semejanza de lo que había dicho en *La novela ecuatoriana*, la presenta como primitiva, tradicional, rutinaria, memorística, dogmática, autocrática, de manera que siguen aplicando a pie juntillas la bárbara sentencia de que “la letra con sangre entra”. Las condiciones socioeconómicas de los escolares son paupérrimas, como también lo son la infraestructura de los planteles y la paga que se hace a los profesores particulares, que son los que predominan y prefieren los padres de familia (Cfr. Rojas, 1984: 241-251).

Banca, que es una novela construida a base de los recuerdos de estudiante bernardino del autor, como es obvio tiene como tema central y de fondo la educación secundaria que se impartía en un colegio laico de capital de provincia. En esta novela la fuerte presencia de la ideología socialista se puede ejemplificar en cuatro casos que, en relación con la educación, resultan muy evidentes: según uno de los compañeros (ídolos) del narrador protagonista, el colegio constituye un microcosmos que reproduce lo que acontece en la sociedad en la que está inserto: “El mundo estudiantil - ya lo decía bolchevique- no es mundo aparte. Aquella rapaz sentencia capitalista de vivir del trabajo ajeno merecía también aquí en el colegio una rigurosa observancia” (Rojas, 1981: 113); los alumnos del colegio hacen uso del derecho de huelga para impedir la llegada de un profesor que: “carece de sensibilidad moral. Ha despojado a los indios de sus tierras (...) ha tenido tratos con los más terribles bandidos de la provincia (...) ha embaucado a todos los hombres a quienes ha podido” (Rojas, 1981:149); a inspiración de la revista peruana *Amauta* que dirigía José Carlos Mariátegui, entre los estudiantes del colegio de Loja “nació la idea de una revista polémica literaria. Bolchevique sería el director” (Rojas, 1981: 178); el capítulo titulado “Maestro”, según el propio autor, está dedicado y trata de recrear y recordar la figura del sapiente maestro lojano Adolfo Valarezo, quien a decir de Benjamín solo era comparable al inolvidable rector de la Universidad de Salamanca: Miguel de Unamuno y Jurjo, además era:

Una de las mentalidades más lúcidas de maestro en grande que haya encontrado en mi vida, suscitador, guía de juventudes, con una capacidad socrática de diálogo y una cultura que apenas ha tenido igual en el ámbito todo del país, y a quien los intelectuales lojanos, desde mi promoción le debemos mucho (Carrión, 1958: 185).

Este Maestro, el rojo, que no escribió libros sino que formó hombres: “--La obra que confían de mi he procurado escribirla en páginas humanas. Usted es posible que sea una” (Rojas, 1981: 260) apoyó hasta el final al personaje narrador Andrés Peña; por ello constituye el símbolo más puro del maestro y cuando se despide para irse de obrero a la mina tiene plena conciencia de que: “Era lo que se llama un rojo, y por su constante lección de rebeldía, enseñada con la palabra y el ejemplo, le habíamos amado no solo con el corazón, con la cabeza” (Rojas, 1981: 262).

En *El éxodo de Yangana*, en uno de sus acápites: “La enseñanza” retoma el problema educativo para decir que en Yangana: “Pedagógicamente, a la luz de las modernas especulaciones, los postulados y procedimientos en uso son inquisitoriales” (Rojas, 1985: 148), luego da cuenta de los castigos corporales que a la menor falta recibían los alumnos, la enseñanza del dogma católico, la exigua paga que recibía el maestro de los padres de familia, convertidos en verdaderos fiscales de la labor educativa de las escuelas, la pobreza del mobiliario de las escuelas, el menosprecio por la educación de la mujer: “La enseñanza femenina tiene un año menos. Para la mujer, según ellos, eso es más que suficiente. La mujer necesita menos, mucho menos” (Rojas, 1985: 150). La última crítica que se realiza a la educación en Yangana es que debido a su carácter libresco, alejada del trabajo productivo y el entorno cultural, desarraiga a sus beneficiarios del medio de origen y, en consecuencia, poco contribuye al progreso individual y colectivo del pueblo de Yangana.

Cuando, luego del éxodo masivo, llegan a su destino final en Palanda, en plena selva amazónica, donde fundaran Yangana Nuevo, en las conversaciones que tienen en la primera noche de acampamiento, ya se explicitan los ideales y aspiraciones que tienen respecto de la educación que darán a las futuras generaciones, relevando que: “Es preciso explicarles esto que nos ha ocurrido y porque hemos venido para acá, a fin de que aprendan a conocer la historia de sus padres y a conocer a sus enemigos” (Rojas, 1985: 337).

F. La valoración crítica de la narrativa ecuatoriana

Dentro del ámbito de la literatura ecuatoriana, una línea de trabajo amplia y bien fundamentada de Rojas fue la crítica literaria de nuestra narrativa de ficción. Las pequeñas críticas sobre la poesía de Julieta Gómez Paz (1934), sobre la cultura, el teatro, la pintura, la música, el cine, la poesía (1978) o la obra musical del maestro Edgar Augusto Palacios (1986) solo constituyen trabajos aislados que resaltan la dedicación de Rojas a la crítica y valoración de nuestra narrativa, como también lo son sus esfuerzos de teorización en torno a lo que es un género pragmático, el ensayo: “un medio de convencimiento, una ventana al horizonte, una invitación a pasar adelante, un empeño no disimulado de hacer obra útil” (Rojas, 2004: 44); la novela, entendida como “una composición de estirpe inmortal (...) en la cual se cuenta episodios, peripecias, dramas humanos, tragedias humanas, comedias humanas” (Rojas, 1991: 41-41); y, el cuento, conceptualizado como “un episodio comprimido de un hecho o un estado del espíritu” (Rojas, 1991: 46).

En 1936 escribe dos ensayo de crítica literaria, el uno bajo el título de “Los nuevos: un decenio de producción literaria” lo dedica a los integrantes del **Grupo de Guayaquil**. En él Rojas cuestiona la falta de una obra crítica que “intente el cuadro sinóptico, la mirada panorámica, la justipreciación de conjunto de las bellas letras ecuatorianas del último decenio” (Rojas, 1936: 29), caracteriza a la narrativa de la época como deseosa de reflejar la realidad nacional y encontrar la independencia artística de España y Francia. La presentación sucinta de la obra narrativa de los escritores estudiados está precedida de la ubicación política y doctrinaria de los narradores de Guayaquil en las filas del socialismo y el comunismo. El otro ensayo: “Huasipungo y la realidad indígena lojana” enjuicia la novela más difundida de Jorge Icaza, destacando su papel de libro de agitación, de obra puesta al servicio de una causa reivindicativa, de acusación implacable, de testimonio irrefragable y alarmante; al mismo tiempo le formula algunas objeciones como la inverosimilitud de algunas escenas importantes, interpretación unilateral e incompleta de la vida del indígena y descuido lamentable en el estilo y la técnica literaria.

En 1942 publica “Sobre el significado de la novela *La isla virgen*”, en él, al analizar la novela de Demetrio Aguilera Malta parte de la caracterización del escenario geográfico de la obra, de una somera presentación sociopsicológica de los personajes de la ficción, resaltando “la explotación del hombre por el hombre” presente en el relato y evidenciando su alegría por la

exaltación del nativo y la reivindicación literaria de su condición humana que efectúa Aguilera Malta.

En el “Informe sobre el relato ecuatoriano de los últimos años” (1944) Rojas ya esboza una periodización de nuestro devenir literario, bifurcándolo en dos grandes etapas: de 1830 a 1927 y desde este año hasta 1944. En el caso de la segunda etapa se parte de una contextualización sociohistórica y política, en el ámbito nacional e internacional; se hace un recuento de las principales líneas de pensamiento, autores y obras que han influido en nuestros narradores realistas, otorgándosele un lugar preferente al socialismo, la revolución rusa y José Carlos Mariátegui, con su revista *Amauta*. Finaliza el ensayo formulando un balance de los aspectos positivos y negativos de la narrativa del treinta y primeros años del cuarenta, la mayoría de ella escrita por profesores y militantes de la izquierda ecuatoriana.

En 1945, al estudiar *Las tres ratas* de Alfredo Pareja Diezcanseco, Rojas sostiene que la joven novela ecuatoriana “se ha impuesto no obstante su falta de técnica, por razón de su sinceridad, su fuerza creadora, su violento realismo y su sentido social” (Rojas, 1945:294). Destaca el papel de la ideología liberal en la novela de Pareja y el esfuerzo de este novelista por construir el prototipo del personaje revolucionario, en un contexto internacional en el que los militantes socialistas y comunistas se llenaron de incertidumbre frente al pacto de no agresión que suscribió Rusia y Alemania en 1939, con el cual se dejó expedito el camino para que el nazifascismo de Hitler invadiera todo Europa. Con motivo de este estudio Rojas reflexiona sobre el papel de la clase media en la revolución liberal y en nuestra literatura, cuya última promoción evidencia la dificultad de que escritores de clase media se arroguen la atribución de hablar sobre personajes de la clase baja, que casi no conocen.

Los trabajos antes enunciados fueron formando en Rojas a uno de los mejores críticos de su generación, junto con Benjamín Carrión, por estas circunstancias y en alusión al **Grupo de Guayaquil** le diría al doctor Fausto Aguirre Tirado: “Ellos creían que yo tengo buen juicio crítico, me mostraban también lo que ellos estaban haciendo” y más adelante: “Las observaciones que les hacía, si las consideraban fundadas, las tomaban y esos niveles de comunicación nos permitían crecer mutua y solidariamente. Su aceptación y respaldo me hacían tener confianza en mis juicios” (Rojas, 2004: 21). Esta relativa fama de crítico que fue adquiriendo lo llevaría a que, por contrato con Daniel Cossío Villegas, Director de la Colección Tierra Firme del Fondo de

Cultura Económica de México, escribiera la obra crítica de mayor envergadura y penetración sobre la narrativa del país del Ecuador publicada entre 1830 y 1945.

El influjo de la doctrina socialista marxista en *La novela ecuatoriana* (1948) se evidencia tanto en la estructura de composición de la obra como en la forma de presentar y analizar las temáticas y valorar las principales obras de nuestra narrativa. Rojas parte de apotegma de que la literatura es la traducción de un estado político y social, por lógica consecuencia, considera que para seguir el decurso de nuestra novelística: “No puede prescindirse ni de la historia política del país, singularmente accidental, ni de su sociología rica en contenido dramático” (Rojas, s.f.: 11). Por estas razones Rojas, en un esfuerzo que lo convierte en pionero de nuestra historia social divide a su estudio en tres partes, al inicio de cada una de las cuales se formula una breve relación de los acontecimientos históricos, sociales, políticos, económicos y culturales que, directa o indirectamente, han influido en la narrativa de ficción que se ha escrito y publicado en Quito, Guayaquil, Cuenca, Loja y otras ciudades importantes del Ecuador.

Las tres grandes épocas en que divide Rojas la historia del Ecuador y su correspondiente producción literaria son: 1) 1830-1895, de prevalencia conservadora en lo político y romántica (en sus vertientes liberal y conservadora) en lo literario, con autores como: Juan León Mera, con *Cumandá*, Juan Montalvo, Carlos R. Tobar y Marieta de Veintimilla; 2) 1895-1925, vinculada con la ascensión del liberalismo al poder, como producto de una de las revoluciones de mayor trascendencia de nuestra historia republicana. Los autores más representativos de la época son: Luis A. Martínez autor, de *A la costa*, Roberto Andrade, José Rafael Bustamante, Manuel de J Calle, Manuel Enrique Rengel; y, 3) 1925-1945, que corresponde al advenimiento del socialismo como doctrina y como partido político, la tendencia narrativa más importante de la época es el realismo que arranca con “La mala hora” (1927) de Leopoldo Benites Vinuesa, *Plata y bronce* (1927) de Fernando Chávez, el **Grupo de Guayaquil** y los núcleos de la sierra en Quito, Cuenca y Loja.

Como dicen los editores de *La novela ecuatoriana*, con esta obra Rojas nos enseña a estudiar el hecho literario dentro de grandes contextos históricos, políticos, económicos, sociales. Es más, las apreciaciones de Rojas son justas, certeras “con gran ecuanimidad y sensatez, a pesar de los fervores socialistas que por entonces vivía nuestro autor” (Rodríguez, s.f.: 9).

Con posterioridad a la publicación de *La novela ecuatoriana*, más de un autor le pidió y hasta le exigió que la actualizara y la ampliara en un segundo volumen, él mismo declaró en

varias oportunidades, que estaba acumulando fichas sobre la vida y obras de los nuevos narradores del Ecuador a fin de dar feliz término a esta obra; sin embargo, lo que dio a la publicidad fue muy poco en relación a lo que se esperaba de un crítico de tan magníficas dotes. Entre estos nuevos ensayos, en forma de artículos, mencionamos: “La novela de los últimos años: temas, tendencias, procedimientos” (1978), “La literatura narrativa del Ecuador en la época republicana” (1990), en los que con la misma lógica de *La novela ecuatoriana*, pero en una forma mucho más sintética, enjuicia y valora lo que Rojas consideró lo más representativo de la obra narrativa de los escritores de las nuevas generaciones. “La novela ecuatoriana en ciento cincuenta años de vida republicana” (1980) constituye una apretada síntesis de lo que ya había manifestado Rojas en otros escritos.

“Apuntes preliminares para un ensayo sobre literatura lojana” (1983) constituye una importante visión panorámica de la literatura lojana, desde el siglo XIX hasta la época en que se escribió el ensayo, considerando tres géneros: el narrativo, desde Miguel Riofrío hasta Carlos Carrión (1944); el ensayo, desde los grandes: Agustín Cueva Sáenz, Pío Jaramillo Alvarado y Benjamín Carrión hasta Alba Luz Mora Anda; y, el periodismo (que según Rojas tiene pleno derecho a ser considerado como un género literario) difundido a través de las múltiples revistas que, desde el siglo XIX, han constituido su medio de expresión: *La federación*, *El lábaro*, *El nuevo horizonte*, *La flor zamorana*, *El porvenir*, *Revista literaria*, *El eco del sur*, *Album literario*, *Alba nueva*, *Inquietud*, *Revista universitaria*, *Hontanar*, *Bloque* y *Mediodía*. Sin embargo, como dice el propio Rojas, este trabajo es más obra de cronista que de crítico, por lo mismo carece del trasfondo ideológico socialista y de la hondura interpretativa que caracterizó a *La novela ecuatoriana*.

G. El factor religioso

Ángel Felicísimo Rojas, en más de una entrevista, reconoció haber pertenecido a una familia que profesaba acendradas creencias religiosas en el catolicismo. Por respetar estos designios y prácticas familiares tuvo que ingresar un año a la escuela de los Hermanos Cristianos, a fin de prepararse para la primera comunión. Empero, por esas paradojas que tiene la vida, la estancia obligada en la escuela confesional, lejos de acercarlo al catolicismo lo distanció más allá de lo imaginable, en razón de las azotainas y castigos físicos que le propinó el hermano profesor ante sus inquietudes infantiles; por ello, dice Rojas “una vez que le hice una pregunta que debió

parecerle blasfema y quiso azotarme pegué la carrera y salí de la escuela y ya no volví más” (Calderón, 1991: 12). Concluyó sus estudios primarios en la Escuela laica Miguel Riofrío, donde los había iniciado y, desde allí, prosiguió la lucha contra los alumnos de la escuela confesional, con quienes, como lo explicita en *Banca*, a grandes gritos se entrecruzaban denuestos: “sapristas pollerones, legos, legos, sacristanes, sacristanes” les enrostraban los de la escuela laica y los de la religiosa les contestaban “¡masones, masones! ¡cholos desgraciados!” Luego venía la guerra a pedrada limpia o la lucha cuerpo a cuerpo: “frente rojas, ojos hecho tomates, labios reventados. Hasta que los policías, llegando jadeantes ponían en fuga a tirios y troyanos” (Rojas, 1981: 241).

No podemos afirmar que estos hechos de la vida real y las vivencias infantiles, que luego Rojas recreara en sus obras, lo hayan hecho un ateo como correspondía a un socialista, pero si es verdad que lo convirtieron en un escéptico en asuntos religiosos durante toda su vida y no transigió en volverse a convertir al cristianismo y al catolicismo practicante, por más que lo intentaron hijas y nietas. Muy por el contrario fue un duro crítico de la utilización del sentimiento religioso como arma de combate e instrumento al servicio de la clase dominante y sus aliados, que trataron de inculcar la conformidad en la clase baja, con la ilusa esperanza de conquistar el cielo luego del término de la vida terrenal.

En *La novela ecuatoriana*, luego de reconocer la importante obra material y el impulso al sistema educativo en todos sus niveles, de parte de Gabriel García Moreno, entre 1860 y 1875, le cuestiona el hecho de haber explotado y azuzado el fanatismo religioso del pueblo ecuatoriano; haber puesto toda la educación bajo la férula de las comunidades religiosas; consagrar el Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús; suscribir un concordato con el Papa Pío IX, en condiciones muy denigrantes para el país; y, haber expedido la Constitución de 1869 (Carta Negra) en la que se prescribe que la religión católica, apostólica y romana se conservará siempre con las prerrogativas de que debe gozar según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. En este instrumento jurídico se disponía, también, que para ser ciudadano se requiere primero y ante todo ser católico y que los derechos de ciudadanía se pueden suspender por pertenecer a sociedades prohibidas por la iglesia (Cfr. Rojas, s.f.: 40-44). Todas estas exageraciones de la teocracia garciana le parecen cuestionables a un espíritu laico, escéptico, socialista como el de Ángel Felicísimo Rojas.

En el cuento “Tambo” de *Un idilio bobo* se observa que la conformidad, la resignación y la ciega creencia en Dios, en los feligreses de la clase baja, lindante con la mendicidad ha dado

los frutos esperados por la clase dominante, en alianza con la jerarquía católica: “- Dios lo ha querido así. ¡Bendito sea Dios! No es posible oponerse ni con el pensamiento, a sus inexorables designios” (Rojas, 1984: 156) son las palabras de un anciano cuadrupléjico, padre de nueve hijas, que con destino incierto emigra desde la sierra hasta la costa ecuatoriana. En “In extremis”, cuento de *El busto de doña Leonor*, es el dogma católico con su sacramento del matrimonio, el que impide que un humilde campesino se acerque a su pareja, aún en los momentos finales de la vida de ella.

En *Curipamba*, el sentimiento religioso y el radical anticomunismo del clero son utilizados por lo jefes de la compañía y sus colaboradores con el objeto de aniquilar la unidad de la Sindical Minera, en su afán de hacer tangibles realidades las justas reivindicaciones de los trabajadores del asiento minero de Portovelo (Curipamba): “Hay directivas comunistas por debajo de todo esto. Harán cenizas la iglesia y profanarán los objetos del culto divino” (Rojas, 1983: 169), “usted, como ministro de Dios en la religión católica tiene que romper fuegos contra el comunismo que trata de asolar la vida de una población entera. Es su deber” (Rojas, 1983: 175) son las palabras interesadas que dirige, el jefe de los soplones de la transnacional minera, al dubitativo sacerdote de Curipamba frente a las cuales la respuesta del cura, que en un inicio había apoyado las aspiraciones obreras, es contundente: “- En ese caso, el comunismo no tendrá peor enemigo, señor Jiménez. Así usted no me lo hubiera prevenido” (Rojas, 1983: 175). Una vez puesto el sacerdote de lado de los intereses de la compañía, la propaganda anticomunista y en defensa de la religión católica será una de las mejores armas para disminuir la fuerza de la Sindical Minera, desmoralizar a sus obreros y a la final derrotarlos, con el apoyo del estado ecuatoriano y sus fuerzas represivas.

En *El éxodo de Yangana* la alusión religiosa está desde el propio título que recrea el éxodo de los israelíes, desde Egipto en dirección a Canaán, la tierra prometida donde mana leche y miel, bajo la sabia conducción de Moisés y Josué; Noé y su arca, Salomón y su sabiduría son los otros personajes bíblicos mencionados, ya en cuanto a las prácticas religiosas se presenta al pueblo de Yangana como muy devoto, bajo la protección y amparo de su patrono: El Señor del Buen Suceso, para cuya veneración, cada 20 de agosto, organizaban una fiesta religiosa presidida por un cura, que con ese motivo visitaba la parroquia por el lapso de quince días e impartía los sacramentos del bautismo, confirmación, matrimonio y santos óleos. Empero, como era práctica generalizada de la época, el cura era el aliado incondicional de los gamonales latifundistas, en

defensa de cuyas vidas puso en juego la suya propia “Apunte aquí, peguen aquí” les dijo a los yanganenses sublevados y con esta actitud, como dice el narrador “Consiguió (...) sacar vivos a Villaviciosa y al doctor Zapata, este último, con una oreja regularmente rebanada” (Rojas, 1985: 286), luego los pondría a buen recaudo en la casa conventual, llevó los santos sacramentos a los heridos, restablecería el orden y evitaría la consumación de más muertes.

H. Internacionalismo, antiimperialismo y problemas limítrofes del Ecuador

El espíritu **internacionalista**, que caracterizó al socialismo, deja sentir su huella en algunos pasajes de la obra ensayística de Rojas, en la tercera parte de *La novela ecuatoriana* hace alusión a los hechos externos que han tenido repercusiones, directas o indirectas, en el desarrollo de nuestra historia, cultura y literatura como la Primera y Segunda Guerras Mundiales, la Revolución Socialista de Rusia en 1917, la Revolución Mexicana y la Guerra Civil Española (1936–1939). Frente a este último acontecimiento, por razones de afinidad histórica, hubo una inmediata toma de posición a favor de la causa republicana española por parte de los socialistas ecuatorianos, llegándose incluso a editar periódicos y revistas “para apoyar su causa por parte de la izquierda intelectual del Ecuador” (Rojas, s.f.: 170). En entrevistas concedidas en épocas diferentes a Carlos Calderón Chico y Fausto Aguirre Tirado, Ángel Felicísimo Rojas aludió al bárbaro hecho de que el Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, durante el nefasto gobierno de Arroyo del Río, por gazmoñería e influencia del clero, haya negado el ingreso al país de cinco mil familias españolas, arguyéndose que “todos esos exiliados eran una banda de comunistas sin ley ni Dios” (Rojas, 2004: 14). México y Chile acogieron a esa muestra representativa de la España peregrina y, en esos hospitalarios países, “lo que hicieron sus intelectuales, sus hombres de empresa y sus técnicos, dejó allí una profunda huella” (Calderón 1941: 49), tal como también lo demostraron el grupo de inmigrantes españoles que, en años posteriores, llegaron a la ciudad de Cuenca. En otra parte de la entrevista antes aludida Rojas pone de manifiesto la frustración y desconcierto que produjo en la intelectualidad de izquierda del Ecuador “el doloroso episodio del abrazo de Alemania nazi con la URSS comunista, que hizo fácil la destrucción de Polonia (...) el reparto entre las dos potencias” (Calderón 1971: 49); critica, así mismo, a Rusia el no haber jugado limpio en la Guerra Civil Española, al no haber devuelto nunca los tres mil millones de dólares en oro que, desde el Banco Español, fueron transferidos a Moscú.

Bajo la influencia de la lectura de la obra de Lenin *El imperialismo: fase superior del capitalismo*, Ángel Felicísimo Rojas, quien siempre evidenció admiración por el líder de la Revolución Rusa, en *La novela ecuatoriana*, cuando analiza el período de influjo liberal a principios del siglo XX, señala a los gobernantes ecuatorianos que respondían a esta doctrina política, como los primeros responsables de la penetración de los capitales imperialistas norteamericanos, los cuales, a través de compañías transnacionales, se dedicaron a la explotación aurífera en la provincia de El Oro y los hidrocarburos en la Península de Santa Elena y, apoyaron, además, en la construcción del ferrocarril Guayaquil – Quito. La penetración de estos capitales, que por lo limitados podrían parecer inocuos, no lo fueron tanto, porque las transnacionales tenían que defender las inversiones y para hacerlo, a veces se precisaba “ayudar a sostener el gobierno que otorgó las concesiones y regalías. O, en su defecto, si aquel resultaba hostil, ayudar a sus opositores a deponerlo” (Rojas, s.f.: 87). Lo anterior evidencia una clara intervención del imperialismo norteamericano en la política interna del Ecuador, con claras lesiones para su soberanía y autodeterminación a que tiene derecho por su carácter de Estado libre e independiente. En un ensayo de 1980: *El Ecuador entre Colombia y el Perú* Rojas vuelve a denunciar el carácter neocolonial que adquiere la penetración de capitales foráneos, desde países desarrollados como Estados Unidos de Norteamérica hacia países subdesarrollados y dependientes como el Ecuador, llegando a decir incluso que: “para conquistar un país subdesarrollado es más práctico e incruento penetrar en él mediante el capital financiero y la tecnología” (Rojas, 2004: 559), con lo cual de manera hábil y ladina se evita, la siempre deleznable y criticable confrontación armada y se obtienen los mismos resultados.

La obra más antiimperialista de Rojas es *Curipamba*, la cual como lo recuerda el propio autor no fue aceptada por el editor argentino Gonzalo Losada, quien “dijo que no convenía a los intereses editoriales de Losada” (Calderón, 1991: 93). En *Curipamba* se evidencia la voraz explotación aurífera, siempre en beneficio de los intereses económicos de la transnacional norteamericana Gold Mining Company; para lograr estos objetivos se ponen en juego una serie de estrategias, no siempre limpias: Mr Spencer, el Gerente de la compañía, manifestaba doble moral, doble actitud: “Una cuando estaba con nacionales. Otra cuando estaba con extranjeros”, como también dos tonos de voz cuando hablaba con “nativos”: “El que empleaba con sus subalternos (...) y el que utilizaba al tratar a los dirigentes de los gobiernos jóvenes y a los diputados novicios” (Rojas, 1983: 9); como dice un ex inspector de minas, el Gerente de la

compañía es el jefe de los corruptores de la nación: “Nos acanallan. Acanallan al Congreso. Acanallan al gobierno. Acanallan a las autoridades. Me han acanallado a mí” (Rojas, 1983: 33); matan a los enfermos del hospital de Curipamba que consideran ya no tienen cura, por esta razón un obrero de la mina que estaba hospitalizado gritaba que “él no quería ser envenenado como acostumbran a hacer con los pacientes de Curipamba que no tienen remedio” (Rojas, 1983: 60); impiden que un funcionario honesto del gobierno, como es el caso excepcional del inspector de minas ingeniero Alejandro Sevilla, cumpla con su obligación de visitar todas las instalaciones de la mina y así descubra las condiciones infrahumanas en que trabajan los obreros, así como la cantidad de oro explotado por el cual no pagaban ningún impuesto al fisco “_ Oiga, carajo, inspector de todos los diablos: usted no tiene derecho a joderme, maldita sea! Si yo le digo que esta mina está abandonada es porque lo está” (Rojas, 1983: 99j), lo más grave es que el ministerio respectivo en caso de conflicto o divergencia entre la compañía y el inspector no apoya a su funcionario como es lo lógico sino que, como dice el secretario de la inspectoría de Curipamba: “Si alguna vez ha habido una pequeña pugna entre la compañía y el inspector, el ministerio ha estado siempre de parte de la compañía” (Rojas, 1983: 247); la compañía paga esbirros y soplones para que delaten todas las palabras o acciones de los obreros que pudieran afectar sus intereses, siembren la división en la Sindical, denigre y destruya a los líderes sindicales; con el poder de los dólares y el whisky el Gerente de la compañía entra en contubernio con los más altos dignatarios de las funciones del Estado, a fin de garantizarse el apoyo total cuando hayan dificultades, como la ocasión en que la Sindical Minera decretó la huelga y fueron brutalmente reprimidos y asesinados por el ejército y la policía, que más bien debieran estar para defender los intereses del Ecuador y no los de una compañía transnacional. Lo más risible es que el propio Gerente de la compañía hace mofa, ironiza, satiriza lo que ocurre en este país de pigmeos, que practican el canibalismo político con sus mejores hombres como García Moreno o Eloy Alfaro, “Un país en el cual hacen las combinaciones políticas más espurias”, “Un país con el ochenta por ciento de su población esclava y analfabeta”, “Un estúpido mendigo sentado sobre un banco de oro”, “Un país donde el Estado fomenta el alcoholismo”, “Un país sin memoria, sin músculos, sin conciencia nacional”; sin embargo, lo que le parece más paradójico al cínico Spencer es que: “Soldados mal pagados, policía peor tenida, de un país que se queja de la explotación de las compañías extranjeras, han defendido con su sangre el derecho de una de ellas, matando a gentes de su clase, de su nación, de su raza” (Rojas, 1983: 391). Lo dicho con anterioridad deja

evidenciar la ideología socialista del autor, la cual le orienta en la crítica de las protervas acciones del imperialismo, así como la escritura de las páginas finales de la novela, donde por intermedio del personaje ingeniero Alejandro Sevilla, se percibe un mensaje apasionado de fe y esperanza en los grandes ideales de justicia e igualdad que unirá a los trabajadores para triunfar en la lucha final.

Una vez que el Ecuador se declaró Estado soberano e independiente, en 1830, recibió como nefasto legado dos problemas que han constituido pesados fardos en la mayor parte de su historia republicana: la deuda externa con Inglaterra y el **problema de fronteras** con sus vecinos del norte y del sur. Este último problema ya lo abordó Rojas en *La novela ecuatoriana* y denunció el uso político que han hecho del mismo los gobernantes del país, desde la época de Flores: ha servido para justificar la existencia de un ejército numeroso, ha permitido la asunción de facultades extraordinarias por ciertos gobernantes y ha constituido el motivo de mayor convocatoria para la unidad nacional ante la frecuente amenaza de invasión o guerra internacional (Cfr. Rojas, s.f.: 20-21, 79-80). Como dice el gringo imperialista Mr. Spencer, en *Curipamba*, uno de los mayores defectos del Ecuador es que constituye “_Un país que en un siglo no ha sido capaz de arreglar su problema de fronteras, porque necesitan los gobiernos tener un pretexto para entrar a saco con las libertades constitucionales y las rentas fiscales” (Rojas, 1983: 271).

Pero es en el ensayo *El Ecuador entre Colombia y el Perú* (1980), escrito a pedido de algunos de los escritores amigos de Rojas, reunidos en Quito, en 1978, con motivo del **I Encuentro de escritores latinoamericanos y españoles**, quienes se mostraron interesados por conocer en qué mismo consistía el problema limítrofe de Ecuador con el Perú. Constituye un ensayo muy ágil y sintético, en el que da cuenta de cómo lo que hoy es nuestra república del Ecuador, desde la época que fue creada como Real Audiencia de Quito paulatinamente ha ido perdiendo territorio, a manos de sus vecinos Brasil, Colombia y Perú. Denuncia cómo subrepticamente, ladinamente y a espaldas nuestras, Perú y Colombia fueron apropiándose de nuestro territorio, llegando incluso a planificar la desaparición del Ecuador como Estado soberano. La breve revisión de nuestro trágico cercenamiento territorial lo lleva a conclusiones como las siguientes: 1) Que el respeto al derecho internacional es una burla para los pueblos débiles como el Ecuador y que los fuertes solamente lo aplican cuando lo es en su propio provecho; 2) Que en lo internacional “el pez grande se come al chico”; 3) Que la confraternidad internacional es un mito; 4) Que cuando un país es militarmente débil y territorialmente rico, corre el riesgo de

desaparecer engullido por sus vecinos (Cfr. Rojas, 2004: 558). Frente a esta dura realidad Rojas plantea que, siguiendo el ejemplo de Bolivia, hay que continuar reclamando nuestros justos derechos territoriales hasta ser oídos; mientras tanto en colegios y universidades se debe intensificar el estudio de la geografía patria, el derecho internacional y nuestro derecho territorial.

Por supuesto que este lojano ilustre y preclaro defensor de nuestra heredad territorial, como lo fueron en el siglo XIX José Félix de Valdivieso y en el XX Pío Jaramillo Alvarado, ni siquiera podía imaginarse que sería otro lojano, de ideología neoconservadora: Jamil Mahuad Witt, quien a más de empobrecer a nuestro pueblo con el salvataje de una banca privada corrupta y enajenar nuestra soberanía monetaria con la dolarización, siguiendo la nefasta tradición de algunos gobiernos conservadores del siglo XIX, firmó en Brasilia la paz “definitiva” con el Perú el 26 de Octubre de 1998, en el marco del reconocimiento del protocolo de Río de Janeiro de 1942, que siempre lo habíamos declarado nulo, con lo cual se consuma el definitivo despojo incruento de más de seis mil kilómetros cuadrados a favor del Perú, quedando reducida la extensión territorial del Ecuador a la ínfima cifra de 256 549 kilómetros cuadrados, que es muy inferior a los 284 341 kilómetros cuadrados, de que nos hablaba Ángel Felicísimo Rojas en 1980.

III: SUJETO Y CULTURA MIGRANTE EN *EL ÉXODO DE YANGANA* DE ÁNGEL FELICÍSIMO ROJAS

Luego de analizar la impronta de las ideologías liberal y socialista en la obra narrativa y ensayística de Ángel Felicísimo Rojas, en este capítulo nos interesa centrarnos en el intento de una nueva lectura, crítica y analítica, de la novela capital de Rojas: *El éxodo de Yangana*. Para su realización se retoman algunas categorías de análisis consideradas en el ámbito de los estudios culturales y de la modernidad, como son **heterogeneidad y sujeto migrante**. Con el empleo de una metodología deductiva, que va de lo general a lo particular y específico, se parte de la conceptualización y estudio de la migración como fenómeno sociológico en el contexto mundial, latinoamericano, nacional y lojano; el segundo subcapítulo describe y analiza el proceso migratorio en *El éxodo de Yangana*, desde sus causas, salida, viaje, llegada y asentamiento en el lugar de destino final; en el tercero, que desarrolla el contenido central del capítulo, se conceptualiza y caracteriza lo que es la heterogeneidad como categoría explicativa de la compleja realidad cultural latinoamericana y se explicitan las formas de evidenciarse en la novela analizada. El capítulo se cierra con una caracterización del sujeto migrante, en general y del de la novela de Rojas, en particular, resaltando lo atinente a la performatividad, el desarraigo, la nostalgia, la memoria y la visión esperanzadora del futuro. Cierra el capítulo una serie de interrogantes en torno al sentido y simbolización de el éxodo en la novela de Ángel Felicísimo Rojas.

A. La migración como fenómeno sociológico

De acuerdo al *Diccionario de la Lengua Española* la **migración** alude a la acción y efecto de pasar de un país a otro para establecerse en él. Se usa hablando de las migraciones históricas que hicieron las razas o los pueblos. Una segunda acepción sostiene que la migración constituye el desplazamiento geográfico de individuos o grupos, generalmente por causas económicas, sociales, políticas o religiosas (Cfr. RAEL, 2001: 1504).

La **emigración** se refiere al conjunto de habitantes de un país que trasladan su domicilio a otro por tiempo ilimitado, o en ocasiones, temporalmente. Por supuesto que la **emigración**, como fenómeno social, económico y político, no solo es de carácter internacional sino que dentro de un mismo Estado puede darse desde, una división político administrativa hacia otra.

El **éxodo**, que sería una variante de la emigración, hace alusión a la salida en tropel, en masa, en abundancia, en diáspora de todo un pueblo o una muchedumbre como la judía que, bajo la sabia conducción de Moisés y Josué, se propone liberarse de la esclavitud a que había sido sometida en Egipto y arribar a la tierra prometida en Palestina. Por el carácter colectivo, masivo que tiene el éxodo sus integrantes tienen algunos rasgos identificatorios como el de provenir de un mismo lugar de origen del cual, prácticamente, son expulsados y retener una memoria colectiva de ese lugar original.

Los desplazamientos poblacionales, ahora denominados migraciones, son consubstanciales a la historia de la humanidad, desde su propio inicio; por ejemplo, existe una teoría que sostiene que:

Los humanos modernos evolucionaron en África hace unos 100. 000 años y rápidamente se difundieron hacia el Asia occidental. Debieron alcanzar el este de Asia y Australia hace unos 60. 000 años y posiblemente llegaron a Europa hace solo 40. 000 años. Su migración a las Américas sería aún más reciente (Cit. por Guerrero, 2003: 63).

Según el autor antes citado, otros movimientos migratorios de importancia, a más del relatado en *La Biblia*, fueron los de los celtas en el primer milenio antes de Cristo, los de los bárbaros que pusieron fin al Imperio Romano o los posteriores de normandos desde Escandinavia, tártaros, mongoles y turcos desde las estepas de Asia, a las que se sumaron las de los fenicios, romanos y cartagineses. En la era moderna, luego del “descubrimiento” de América, en 1492, cientos de miles de europeos se dirigieron a nuestro continente dentro de los procesos de conquista y colonización. Con el desarrollo industrial del siglo XIX importantes contingentes de irlandeses y judíos rusos arribaron hasta Inglaterra. Después de la Segunda Guerra Mundial cobró auge la emigración de trabajadores procedentes de los denominados países del tercer mundo, fundamentalmente de las ex colonias hacia sus ex metrópolis. También se evidencian significativos flujos migratorios desde los países del sur de Europa hacia los países del norte de mejor nivel de desarrollo.

En Latinoamérica, además, la severa crisis económica del capitalismo mundial, de fines de la tercera década del siglo XX y principios de la cuarta, aunada al incipiente proceso de industrialización empujó a grandes masas de campesinos, en un verdadero éxodo rural, a dirigirse

a fijar su residencia en las ciudades, promoviendo un creciente y desordenado proceso de urbanización, con las lógicas consecuencias de orden económico, social, político y cultural.

En **Ecuador** varios estudios arqueológicos demuestran los desplazamientos y contactos poblacionales entre los territorios que hoy constituyen la sierra, la costa y la región amazónica, desde la denominada época primaria de desarrollo regional (3000 a C a 500 a C). Más tarde, durante el período de dominación incásica:

sobresalen los desplazamientos forzosos de miles de prisioneros de guerra denominados mitimaes hechos (...) con el fin de asegurar la colonización de los territorios conquistados. Los indios saraguros son la herencia de estos compulsivos desplazamientos poblacionales que llegaron a insertarse dentro de la historia y la geografía lojana (Guerrero, 2003: 64-65).

Con el proceso de conquista y colonización española, en lo que hoy es nuestro país, se dieron importantes traslados de trabajadores aborígenes para cubrir las exigencias de la explotación aurífera. De otro lado el movimiento de la “naciones” indígenas cobró mayor relieve, debido a que se inició la mal llamada colonización agraria que, en síntesis no constituía otra cosa que el despojo y apropiación de la tierra comunal que por milenios había pertenecido a los aborígenes y la aprehensión del recurso humano originario como fuerza de trabajo al servicio del conquistador (Cfr. Cisneros, 1988: 47). En razón de lo antes expresado, como dice Karen Powers, “los indios con frecuencia evadían estas acciones al dirigirse hacia las ciudades, obrajes, y haciendas españolas, hacia otras comunidades nativas y lugares inaccesibles” (Powers, 1994: 5). Para la segunda mitad del siglo XIX, el auge de la producción cacaotera en la costa atrajo, desde la sierra, importantes flujos migratorios, con lo cual se produjo un visible incremento poblacional en la región receptora.

De los múltiples criterios de clasificación que existen en torno a las migraciones, por ahora, al referirnos al caso de Ecuador, nos interesa destacar las **migraciones internas** (interprovinciales e interregionales) de carácter **permanente o definitivo**, o sea aquellas en las cuales después del desplazamiento, el migrante se afinca permanentemente en el lugar de destino. En este caso, si bien la ruptura con el lugar de origen parece radical los vínculos afectivos, económicos o sociales que siempre perduran entre el migrante y su antiguo entorno social, hacen del sujeto de la migración un habitante diferente del nativo. Una variante de la migración permanente o definitiva es la **migración rural rural o de campo a campo de colonización** que

consiste en la ocupación de nuevos espacios nacionales poco poblados, generalmente de la región amazónica, la costa o la región insular de Galápagos.

Por variadas razones, que a continuación enumeramos, el área rural de la región interandina o sierra ha sido la mayor proveedora de este y otros tipos de migración: desequilibrio en los sistemas de tenencia de la tierra, formas arcaicas de producción y remuneración del trabajo, relaciones de dependencia del campesinado, pobreza de los suelos, acelerado crecimiento demográfico, crisis de la hacienda tradicional y carencia o insuficiencia de vías o medios de transporte y comunicación (Cfr. Hurtado, 1969: 84-85).

Desde principios del siglo XX Belisario Quevedo llamaba la atención sobre la necesidad impostergable de conquistar la región amazónica ecuatoriana y organizar nuestra vida nacional teniendo como base ese territorio, además advertía: “y pordioseros seremos los ecuatorianos si no conquistamos el oriente (...) porque desierto estéril es nuestro callejón interandino como lo ha demostrado abundantemente Wolf” (Quevedo, 1981: 245). No obstante la sugerencia de Quevedo, respecto de la pertinencia de reorientar la ocupación y poblamiento del espacio nacional, para 1945, la densidad poblacional de la región amazónica era de tan solo 0,6 habitantes por kilómetro cuadrado frente a la sierra que ostentaba una densidad poblacional de 31,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Lo que hoy constituye la **provincia de Loja** tiene una tradición migratoria que data desde sus orígenes más remotos, así los paltas, que constituye el aporte aborigen de mayor peso e importancia, en la constitución de nuestro actual complejo mestizaje, se los considera “como originarios de la amazonía (...) que, tramontando la cordillera de los Andes, se asientan en los territorios de la actual Loja” (Paladines, 2000: 21). El otro contingente indígena, aún en plena vigencia, es el de los saraguros, un grupo mitimae de posible origen boliviano. Además, conforme sucede con otros pueblos y civilizaciones, se cree que los primeros pobladores de Loja fueron nómadas, cuya principal actividad económica de sobrevivencia constituía la caza y la recolección de frutos.

No hay que olvidar que la crisis económica, por causas y circunstancias múltiples, ha estado presente a lo largo de la historia de Loja, alternando con cortos períodos de bonanza. A los cíclicos años de sequía se agregan otros factores socioeconómicos y políticos como la inadecuada implementación de políticas económicas y sociales como la reforma agraria, que dejó en manos de los terratenientes ausentistas la tierra de regadío y más apta para la explotación agropecuaria;

un absurdo comercio que convierte al productor campesino en un “eterno perdedor”; un engorroso y usurario crédito estatal; escasa o nula asistencia técnica; y pobreza que bordea el 80% de la población provincial. Todo lo anterior ha convertido a las economías campesinas en vulnerables y, por lógica consecuencia, los campesinos, y los lojanos en general, son propensos a la emigración, principalmente hacia la costa (El Oro), la amazonía (Zamora Chinchipe y el nororiente), otras provincias de la sierra (Pichincha), grandes ciudades del país (Guayaquil y Quito) y, últimamente, hacia el extranjero (España, Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica, Italia, Australia y Venezuela).

Al hablar de las causas estructurales de la emigración del campesinado lojano, en las primeras siete décadas del siglo XX, mención a parte merece el sistema de hacienda, de origen hispánico, en permanente tensión con los campesinos bajo su dependencia directa en condición de arrimados y con las comunidades rurales aledañas, de ancestro andino e incaico, a las que cercenó territorio; pues el sistema de propiedad territorial impuesto por los colonizadores, apoyado por sus adláteres criollos y mantenido por las clases dominantes durante la república permitió la concentración de la propiedad y el control de la tierra en pocas manos, reduciendo a la mayoría de habitantes del sector rural a la condición de meros peones agrícolas. Lo antes relatado conllevó a la pérdida del control de campesinado sobre las actividades económicas básicas de las cuales dependía su bienestar (Cfr. Lynn, 1963: 98). Esta situación, de por sí ya muy difícil, se agravaba por los continuos abusos cometidos históricamente contra los trabajadores del campo, especialmente en el cobro de las obligaciones o el maltrato a ellos o sus familiares. Estos abusos generaron la animadversión del campesinado lojano hacia los terratenientes y afloraron una serie de conflictos como el de la parroquia Malacatos, en 1937, el cual gracias a la orientación socialista del Presidente de la República de aquel entonces, general Alberto Enríquez Gallo resultó a favor de los campesinos.

Por confesiones del propio Ángel Felicísimo Rojas se sabe que este hecho histórico constituyó una de las fuentes de inspiración para idear y escribir su novela más representativa: *El éxodo de Yangana* (1949).

En el caso de la migración lojana, a las causas estructurales, económicas y tangibles como las anteriormente descritas hay que agregar las culturales, que se han ido forjando con el correr de los tiempos como la **filosofía del desarraigo** con la que el lojano se “aferra a su querencia tolerando años agrícolas malos, crisis económica y malos gobiernos pero, al mismo tiempo, con

el don de dejar lo que más quiere si está convencido de que debe marcharse” (Guerrero, 2003: 104). Félix Paladines, que ha formulado y fundamentado la hipótesis de una fuerte ascendencia judía entre los habitantes lojanos sostiene que, en el lojano “el ansia de caminar mundos, de despertar frente a nuevos paisajes, como que está escrita en la sangre de la gente de esta provincia. Es su tatuaje que se llevará pero en el alma” (Paladines, 2000: 122). Más adelante reafirma esta idea, al decir que el lojano siempre tuvo un corazón abierto a la aventura, a ver lo que hay más allá, aun a costa de arriesgar su seguridad y tranquilidad. Su felicidad no es estar en el mismo sitio sino conocer, ver mundo, ver la vida, arriesgarse. Por ello “al hombre de Loja lo encontramos siempre con las botas de siete leguas, siempre en una actitud trashumante, siempre como el río: yéndose y renovándose” (Paladines, 2000: 124).

Sin embargo de lo hasta aquí expresado, tampoco se puede eludir el hecho real de que, en un elevado porcentaje, la emigración lojana, sobre todo la interprovincial e interregional se ha quedado muy lejos de solucionar los múltiples problemas económicos y sociales, de los que supuestamente huían los migrantes que abandonaron su terruño, con la esperanza, muchas veces ilusa, de encontrar o construir un mejor futuro en la amazonía o la costa ecuatoriana.

B. El proceso migratorio en *El éxodo de Yangana*

El desplazamiento poblacional, como migración o éxodo, literariamente ha sido recreado en algunas novelas, a manera de ejemplo bastaría citar el éxodo o salida de los hebreos de Egipto, en “el éxodo”, uno de los libros de **La Biblia**, la reconstitución moderna del Estado de Israel, recreada en *El éxodo* (1961) del novelista hebreo León Uris.

En Latinoamérica este fenómeno sociológico de movilidad poblacional campo ciudad y ciudad ciudad, en cierta medida, está retomado en algunas novelas claves de nuestro canon literario como: *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela, *La sombra del caudillo* (1929) de Martín Luis Guzmán, *El mundo es ancho y ajeno* (1943) de Ciro Alegría, *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, *Yaguar fiesta* (1956) y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) de José María Arguedas, *Gabriela, clavo y canela* (1958) de Jorge Amado, *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez.

En nuestra literatura ecuatoriana, la alusión al fenómeno migratorio está presente desde *Cumandá* de Juan León Mera, en donde algunos indígenas del altiplano huyen a la selva amazónica luego de sublevarse contra los abusos del patrón e incendiar la casa de éste y su

familia; en *A la costa* de Luis A Martínez, el personaje central Salvador Ramírez, iniciando un camino migratorio, que en la realidad perdurará durante todo el siglo XX, se dirige desde la sierra a la costa en busca del medio de sustento y vida que su ciudad de origen le había escamoteado. También es digno de mención el cuento “El éxodo” del narrador manabita Luis Dueñas Vera, cuyo final, en relación al sujeto migrante moderno y su problemática sociocultural, parece muy patético: “y emprendió la marcha hacia plazas distintas, hacia lo desconocido, hacia la nada. Una familia más había recurrido al éxodo como tabla suprema y desesperada de salvación ...” (Dueñas, 1969: 80).

Sin embargo, es Ángel Felicísimo Rojas, trasuntando y anticipándose a un fenómeno sociológico que ha afectado a Loja, su provincia natal, a través de toda su historia y, principalmente, durante el siglo XX, quien en su novela *El éxodo de Yangana*, de mejor forma, ha desarrollado el proceso migratorio, en todas sus fases: causas remotas y presentes, determinantes y coadyuvantes del éxodo, la salida, el viaje, la llegada y los preparativos del asentamiento definitivo en Palanda, hoy provincia de Zamora Chinchipe, en el suroriente ecuatoriano, el lugar elegido para refundar el pueblo de Yangana.

Entre las **causas** más remotas que desencadenan el éxodo de los yanganenses está la “ilegal” e inmoral apropiación de los terrenos comunales, por parte de tres gamonales latifundistas, cuyo largo proceso que dura prácticamente tres generaciones se describe mediante la denominada “historia del haragán” que, con la técnica narrativa de la caja china, se inserta en la novela y da cuenta de cómo don Emilio Gurumendi recibió de parte de su compadre indígena Trinidad Quizhpe el apoyo para cerrar y cultivar una pequeña porción de tierra comunal, la cual la dedicó a labores de explotación agropecuaria. A medida que pasó el tiempo las cercas de la minúscula “estancia” le fueron ganando terreno a la comunidad hasta convertirse, primero en “fundo” y luego en latifundio, con nombre propio, el cual por la mala fe de Javier Gurumendi, hijo de “el haragán”, con la asesoría de otro terrateniente: Villaviciosa y de un abogado, el doctor Zapata se convirtió en propiedad privada distribuida en tres grandes haciendas, que prácticamente cercaron la cabecera parroquial de Yangana, que tenía 1500 habitantes; sin embargo, es el hijo de Javier: Ignacio Gurumendi, un señorito que se había formado y vivido en la capital de la república, quien toma efectiva posesión de la hacienda **Sevilla del Oro** “heredada” de su padre y comienzan las tensiones y conflictos subidos de tono con los comuneros de Yangana: “pero no puede cerrar el bebedero. Eso sí que no puede hacer. No lo consentirá el pueblo nunca” fue la

advertencia que recibió el despótico hacendado de labios de don Vicente Muñoz, el hombre más ilustrado de Yangana. Como el patrón no atendió las mínimas aspiraciones de los yanganenses inician las confrontaciones, como lo recuerda el Churón Ocampo “entonces fue que comenzamos a romper las cercas durante la noche, y lo que se puso la causa criminal que bramaba” (Rojas, 1985: 222). Frente a los abusos de los latifundistas los comuneros de Yangana interpusieron recurso de queja ante la función ejecutiva y legislativa a fin de expropiar las tres haciendas y hacer que los terrenos vuelvan a ser comunales como lo fueron antes; aunque no tuvieron respuesta favorable tampoco olvidaron el oscuro origen de los latifundios, en cuya arbitraria legalización tuvieron complicidad las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la parroquia, el cantón y la provincia, quienes, directa o veladamente, apoyaron la desmedida ambición de los terratenientes, por ello en Yangana el decir generalizado es que éstos “no tienen título legal sino que han ocupado arbitrariamente terrenos de comunidad” (Rojas, 1985: 117).

Como el conflicto por tierras y aguas no tenía visos de solución por la vía legal y más bien se iba agravando con la muerte provocada de algunos animales, el líder espiritual de Yangana escribe una comedia “Guárdate del agua mansa” para que sea representada con motivo de la fiesta del Señor del Buen Suceso, con esta obra literaria don Vicente Muñoz se proponía satirizar a los gamonales y “que vayan entendiendo los patrones el riesgo en que andan metidos si porfían en fastidiar al pueblo como lo están haciendo” (Rojas, 1985: 253). Lejos de lo que pudo haberse previsto la comedia exacerbó el ánimo de los yanganenses, quienes azuzados por las palabras de los actores y el alcohol ingerido se enfrentan violentamente a los latifundistas presentes y dan muerte a su principal enemigo: Ignacio Gurumendi.

Al recobrar la calma se sienten fuera de la ley y con la amenaza de la inminente represión por parte del ejército y la policía, motivo por el cual deliberan, solidariamente asumen la responsabilidad en el crimen colectivo y deciden la **salida**, el abandono de su Yangana querida, luego de haberla reducido a cenizas, para dirigirse “montaña adentro, al oriente, en busca de tierras incultas para hacerlas nuestras” (Rojas, 1985: 276), “para el lado de Palanda, en donde están las grandes vegas y el río, y en donde nadie irá a molestarnos, porque por esa montañas desconocidas no se aventurará ningún pelotón de hombres armados” (Rojas, 1985: 323).

El **viaje**, como desplazamiento en el espacio, como tránsito de un lugar a otro, en el caso de la novela de Rojas, resulta largo, tedioso, cansado, agotador: “En nueve días de marcha, de sobresaltos y tensas vigiliás, el maltrato ha hecho estragos en los hombres y en los animales”

(Rojas, 1985: 15). Como éxodo que es, el viaje es colectivo, del pueblo entero: “Tal vez lleguen a ciento sesenta las familias en marcha (...) Más de seiscientos voluntades constituyen la fuerza de tracción” (Rojas, 1985: 15-16). Es un viaje doloroso porque es definitivo, “para no volver más” y al igual que en todo fenómeno migratorio hay la conjunción de dos fuerzas, aunque distintas pero complementarias entre sí, que les infunden valor, una que los empuja “a sus espaldas acaban de dejar algo tremendo, por lo cual se han despedido cruelmente” (Rojas, 1985: 15) y otra que los atrae “una esperanza” y un futuro mejor. Para Joaquín Reinoso, el antiguo habitante de Yangana que, por razones similares, se había anticipado en su viaje hasta Palanda, el éxodo tiene un “rumor extraño”, un sonido peculiar: “Érase una trepidación de rebaño, de cascos de solípedos; de talones humanos. Nunca la vibración telúrica había anteriormente hablado así a sus sentidos” (Rojas, 1985: 10). La primera parte de la novela “La huída del réprobo colectivo”, a través de cuarenta y cinco estampas dignas de antología, con el anafórico y contundente “viene”, “vienen” nos presenta una amplia y hermosa galería de personajes representativos, típicos, cultores de los más disímiles oficios, costumbres, valores, virtudes y defectos, con lo cual tenemos una noción clara de cómo era la vida en Yangana y anejos, en tiempos de paz.

La **llegada** de los yanganenses al lugar de destino final: Palanda permite ponerlos en contacto físico y sensitivo con lo nuevo, en razón de las sustanciales diferencias que hay entre un valle subtropical andino de donde provenían y la selva tropical amazónica a donde arribaron, por ello “la gente del éxodo al divisar la tierra prometida (...) dejaron escapar, cual un gran alarido de alegría salvaje, una palabra que luego repitieron las voces, con apasionada monotonía: ¡Palanda! ¡Palanda! ¡Palanda!” (Rojas, 1985: 98).

El **asentamiento** en lo que será Nuevo Yangana, Yangana libre, Pueblo Nuevo y donde se generarán los inevitables cambios culturales, por sustitución, agregación y recreación se produce “En torno a la alta y estrecha vivienda de Reinoso, en el suelo rozado por él para ulteriores cultivos, empezaban a arder, aquí y allá, numerosas fogatas” (Rojas, 1985: 207). El asentamiento propiamente dicho, en el nuevo lugar de destino, como término del proceso migratorio, es un asunto sobre el cual no es posible extenderse debido a que, solo en el pensamiento y las palabras de los yanganenses del éxodo y de su jefe Tobías Ocampo, están las visiones utópicas de lo que será la nueva Yangana, que se disponen a fundar cuando llegue el nuevo día, que recién empieza a clarear, en un simbólico y prototípico final esperanzador de las novelas de Ángel Felicísimo Rojas.

C. El sujeto migrante como arquetipo de la heterogeneidad sociocultural

A partir de la independencia de la corona española y la constitución de los estados nacionales en Latinoamérica, los estudiosos de su complejo, megadiverso, variopinto proceso cultural han ido formulando y reformulando una serie de categorías explicativas: sincretismo, mestizaje, fagocitación, pluriculturalidad, interculturalidad, hibridación, transculturación, heterogeneidad, disgloria, entre otras. Como es obvio, ninguna de estas categorías, por si solas, puede resultar englobante, totalizadora, holística, exclusiva y excluyente para comprender y explicar un universo tan complejo; sin embargo, para leer crítica y analíticamente *El éxodo de Yangana* de Ángel Felicísimo Rojas, me parece que una de las más pertinentes es la **heterogeneidad**, que es la categoría central desarrollada por el recordado profesor y crítico peruano Antonio Cornejo Polar y que alude a los procesos históricos que arraigan en la base misma de las diferencias sociales, culturales y literarias de la realidad latinoamericana, que tuvieron sus inicios a raíz de la conquista y colonización española.

En palabras de Raúl Bueno, la heterogeneidad que plantea Cornejo Polar es aquella que destaca el respeto al otro y su derecho a una vida social y humanamente satisfactoria, a través de la densa problemática histórica de la alteridad (Cfr. Bueno, 1996: 34). Con la heterogeneidad se expresa la pluralidad antagónica, la tensa coexistencia de culturas diversas, cuya heterogeneidad se realiza mediante la participación segmentada en disímiles sistemas de producción. Por ello la heterogeneidad tiende a la individuación de los especímenes en contacto, dentro de la línea alterizante basada en la afirmación de las diferencias. Su característica es la insolubilidad de los elementos en juego, o sea su capacidad de afirmar la discontinuidad cultural (Cfr. Bueno, 1996: 28).

A criterio de Víctor Vich, la heterogeneidad funciona cuando tenemos cierto respeto por lo que es diferente y no queremos dejar que la forma hegemónica lo invada totalmente. Es decir la heterogeneidad asoma cuando nos damos cuenta que las cosas ya no pueden continuar pensándose totalmente como esencias sino más bien en términos de diferencias (Cfr. Vich, 2001: 28).

Algunos autores han enfatizado en las interrelaciones existentes entre la **transculturación** plantada por el etnoantropólogo cubano Fernando Ortiz, en 1940 y aplicada al estudio de la narrativa latinoamericana por el ensayista y crítico uruguayo Ángel Rama, a partir de la década

del sesenta y la **heterogeneidad**. Sin embargo, más pareciera que pesan las diferencias puesto que, a decir de Schmidt, en un artículo incluido en *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*, Rama no presta atención al hecho de la marginalización de vastos sectores de la sociedad latinoamericana y al desarrollo desigual, que excluye a ciertas regiones de la modernización; y, en segundo lugar, porque en el esquema de Rama no existen otros sistemas literarios que el de la literatura culta modernizada. Por el contrario, en la heterogeneidad de Cornejo Polar los sistemas subordinados, erróneamente entendidos como no cultos, se los valora como productores de sus propios significados, que no son meras variantes del sistema hegemónico.

En *El éxodo de Yangana* la **heterogeneidad** tiene variadas y evidentes formas de manifestarse, así: en lo **étnico**, en la novela se observan muestras representativas de los principales grupos étnicos y raciales que más han aportado a la constitución de nuestro complejo y dinámico mestizaje humano y cultural: allí está el **blanco español** en las personas de don Lizandro Fierro y Carlos Alcocer; lo **negro africano** en Elías Gómez, José Toro y Francisca Aldeán; lo **amarillo asiático** en el “chino” José vallejo; lo **aborigen americano** con Liberata Jiménez, Manuel Gustán y Antonio Maza; y, los diferentes tipos de mestizos como los montubios venidos de la costa ecuatoriana o los chasos nativos de la provincia de Loja, cada uno con su respectiva ocupación e identidad, que tiene tanto de individual como de grupal, con un destino común como pueblo, pero también con diferencias muy marcadas.

En lo **económico**, no obstante que para la época de escritura y publicación de la novela, el capitalismo ya se había instaurado en todo el Ecuador, en Yangana aún subsisten algunos rezagos de la época medieval feudalista, es decir, aunque ya usan algunas herramientas propias del modo de producción capitalista, en lo fundamental se trata de una economía autárquica, autocentrada, de autoabastecimiento, en donde aún predomina el trueque como forma de comercio, motivo por el cual el dinero en efectivo aún no alcanza la importancia superlativa que ya tenía en otros lugares. Como dice Mr Spark, el narrador de esta parte: “La gente de Yangana reacciona según la forma como se la trata, pues la desapoderada ambición de dinero no le había afectado, y ninguno de sus moradores era de los que se deja zarandear por el hecho de quien lo haga vaya a recompensarlo con dólares” (Rojas, 1985: 176).

En lo **médico**, para curar las enfermedades: las que “envía Dios” (naturales) y las que ponen en el cuerpo los hechiceros (en quienes creen a pie juntillas) recurren tanto a la medicina

científica occidental propia de los galenos como a la fitoterapia, con hierbas medicinales, que utilizan los curanderos del medio.

En lo **político administrativo**, a la ancestral organización y espíritu comunitario, solidario y coparticipativo, que caracterizó a Yangana en tiempos pasados, se ha impuesto una administración política judicial individualista y corrupta, que solo se ensaña contra los campesinos pobres, ya que los hacendados por el poder e influencias que ostentan son intocables; sin embargo, los yanganenses se siguen resistiendo a dejarse someter totalmente por el individualismo capitalista, mantienen la minga como una forma de trabajo compartido, solidario, coparticipativo, de ayuda mutua y no pierden las esperanzas de que las tres haciendas que la cercan retornen a ser las tierras comunales de antes.

En este acápite es pertinente destacar la **cosmovisión y racionalidad comunitaria andina** frente a la individualista occidental, puesto que en la concepción ancestral nuestra el individuo como tal, aislado de su entorno natural y social, no es nada, no es nadie, es un ente muerto. Este no es el mundo del individualismo sino del grupo, de la comunidad, donde se necesita la cooperación solidaria de todos para hacer que la vida fluya. Uno por sí solo es incompleto. Se requiere siempre de los demás. Esta reciprocidad no solo es entre los miembros de la comunidad humana, sino incluso de ésta con la naturaleza (Cfr. Rengifo, 1997: 84). Esta actitud comunitaria, solidaria, de historia, de intereses y destino común se observa en toda la novela, cuyo héroe es un héroe colectivo: el pueblo de Yangana, que es el que participa en la fabricación de una campana, preparación de la fiesta, representación dramática, ajusticiamiento de sus verdugos, asunción de la responsabilidad colectiva por el crimen, incendio de Yangana, huída hacia la selva amazónica y fundación de nueva Yangana: “De manera que cuando nos pregunten: ¿Quién hizo a Nueva Yangana? Nosotros podemos contestar: Todos a una ...” (Rojas, 1985: 344).

En lo **literario**, en Yangana aún conviven predilecciones de origen diferente, por un lado está la narrativa oral popular, propia de nuestros ancestros aborígenes andinos, con cuentos en los que se explicita la razón por la cual los perros tienen la costumbre de olerse unos a otros, el porqué los gatos sacuden la carne antes de comerla, está también el cuento de la semana santa sobre el zapatero, el de la cosecha que narra las aventuras de un cura tacaño y enamorado y la historia del “viejo haragán”, que luego se convertiría en el padre de uno de los primeros hacendados de Yangana. De otro lado está la pasión por el teatro y la comedia de origen español,

lo cual justifica y dota de sentido, compendiador y simbólico, al epígrafe de la novela, que está retomado de *Fuenteovejuna* de Lope de Vega:

_¿Quién mató al comendador?

_Fuenteovejuna, señor.

_¿ Y quién es fuenteovejuna?

_ Todos a una.

En lo **religioso**, de un lado, como producto de la influencia de la conquista y colonización española, están las continuas alusiones al texto sagrado de cristianismo, comenzando por el título *El éxodo* que está retomado de uno de los libros de *La Biblia*; en cuanto a las prácticas religiosas se presenta al pueblo de Yangana como ferviente católico, bajo la protección y amparo del Señor del Buen Suceso; sin embargo, de otro lado, también creen en hechiceros, brujos, hechicerías y brujerías, consideran que los que practican estas artes malignas pueden convertirse en animales y luego recuperar su forma humana; asimismo, todavía patentizan algunas reminiscencias de su ancestral politeísmo y animismo precolombino, al atribuir vida conciente a elementos de la naturaleza como el agua, el aire y el sol.

En criterio de Antonio Cornejo Polar el **sujeto migrante** es, ante todo y por su propia naturaleza, un sujeto heterogéneo. Heterogeneidad que en un proceso comunicativo puede manifestarse en todos sus elementos: emisor, perceptor, mensaje, código, medio, canal. El sujeto migrante es un ente complejo, disgregado, difuso, inestable, disperso, múltiple, plural, desterritorializado, oscilante, desplazado, duplicado, ambivalente, disociado, escindido, desarraigado, nostálgico, melancólico, memorioso, preformativo. Lo anterior en razón de que el sujeto migrante se instalaría en dos universos, de alguna forma antagónicos entre si por sus valencias:

El ayer y el allá, de un lado, y el hoy y aquí, de otro, aunque ambas posiciones estén inevitablemente teñidas la una por la otra en permanente pero cambiante fluctuación. De esta suerte el migrante habla desde dos o más **locus** y (...) duplica (o multiplica) la índole misma de su condición de sujeto (Cornejo, 1994: 277-278).

En razón de lo anterior su discurso es radicalmente descentrado, proliferante, desparramado, disociado, en cuanto se construye alrededor de varios ejes asimétricos, de alguna manera incompatibles y contradictorios, debido a que el migrante habla desde dos o más lugares y comunica experiencias distintas: desgarramiento y nostalgia por un lado, pero también triunfo, por el otro. Con su tránsito de un espacio geográfico hacia otro, con su viaje casi siempre sin

posibilidad de retorno, contribuye en la permanente construcción de una identidad y una cultura migrante, viajera, ya que se empeña en remarcar los contrastes entre las culturas por las que deambula, se mueve entre las fronteras culturales, constata las diferencias y las mantiene como normas de vida.

Algunas de las características atribuibles al **sujeto migrante**, en general, tienen su desarrollo particularizado en *El éxodo de Yangana*, así por ejemplo: el **carácter preformativo**, del que nos habla Raúl Bueno, se evidencia en los yanganenses ya que por sí mismos son capaces de reflexionar sobre la problemática que los afecta a raíz del despojo territorial (desterritorialización) por parte de los latifundistas; idean y actúan en pro de recuperar la tierra comunal que legítima y ancestralmente les pertenecía; ante la imposibilidad de encontrar justicia se las ingenian para, artísticamente, hacer entender a los gamonales en que lío estaban metiéndose; y, cuando se producen las muertes, ellos mismos deliberan sobre su situación presente y deciden migrar (huir) a la región amazónica, donde fundarán Yangana libre, reterritorializarán un nuevo espacio geográfico para su sobrevivencia y cultura y proyectarán una nueva vida en el presente y en el futuro. O sea, en palabras del poeta mexicano Amado Nervo, los yanganenses son “los arquitectos de su propio destino”, los ejecutores de sus pensamientos e ideales, los hijos de su propio esfuerzo.

El sentimiento de **desarraigo**, que tiene el paradójico efecto de preservar, con intensidad creciente, la memoria del tiempo y el espacio que dejó atrás el migrante, convirtiéndoles en un segundo horizonte vital que se infiltra y moldea las nuevas experiencias se evidencia en los yanganenses cuando emprenden su éxodo, sobre todo en don Eliseo Aliaga, el cuidador de semillas y plantas, de quien dice el narrador: “y consolado a medias del dolor que le producía el desarraigo de la gente botánica adulta que se quedó en la soledad del pueblo achicharrado, se puso al frente del inmenso cargamento de semillas” (Rojas, 1985: 49). Este sentimiento se ve hiperbolizado al no saber que futuro les esperaba en el incógnito destino final ¿Será la tierra prometida, la tierra de la libertad absoluta que todos esperaban y anhelaban?

El **amor a la tierra nativa, la nostalgia y los recuerdos** son algunos de los rasgos identitarios del migrante lojano. Como dice Félix Paladines: “Cuando está lejos, vive con los recuerdos de la tierra, del hogar de los amigos. Esos cálidos recuerdos forman parte de su ser. El lojano que se va es un nostálgico definitivo” (Paladines, 2000: 123) y más adelante reafirma: “el lojano que está lejos siempre será un lojano ausente, siempre será un nostálgico incurable”. Esta

actitud del sujeto migrante de Loja se evidenció en el propio Ángel Felicísimo Rojas, quien no obstante haber residido la mayor parte de su vida en Guayaquil siempre retornó a su Loja natal y en las constantes visitas a sus familiares repetía: “vivo allá, porque quiero mucho a Guayaquil, pero mi corazón lo tengo en Loja” (Rojas, 2004: 39). En *El éxodo de Yangana* estos sentimientos afloran en varias circunstancias: cuando, en el camino del éxodo, ascendieron hasta el Cararango, la elevación más alta, de donde, por última vez, podían ver su pueblo convertido en cenizas, los yanganenses volvieron las miradas “para recoger y chupar el paisaje familiar que abandonaban tras si, y seguirlo saboreando en la imaginación con dulzarrona nostalgia” (Rojas, 1985: 15); en la ocasión en que el Churón Ocampo entra en diálogo con su antiguo amigo Joaquín Reinoso, ya residente en Palanda desde hace tiempo atrás, como una muestra de su profunda y sincera amistad y de que está dispuesto a dar lo mejor de si, le dice: “Quiero brindarte un trago de Yangana. Una copa de aguardiente de resaque, de ese que teníamos allá, allá lejos” (Rojas, 1985: 326); cuando ya, provisionalmente, se instalan en Palanda, en torno a la rústica vivienda de Joaquín Reinoso, en las conversaciones que tienen entre si los yanganenses, en la intimidad de la noche, afloran los recuerdos del pueblo que abandonaron y todo lo que había acontecido en los momentos finales en él y en el camino del éxodo. De similar forma a lo que aconteció con la narración del viaje, los recuerdos se introducen, asimismo, con el recurso anafórico ¿Y se acuerdan (...)?”, a guisa de ejemplo de lo dicho basta un recuerdo: “—Y se acuerdan de lo que moqueamos casi todos cuando vimos desde (...) Cararango, el valle de Yangana y los ejidos, y los campos ennegrecidos por las quemazones” (Rojas, 1985: 341).

La **memoria** que, en palabras de Alessandro Portelli, debe entenderse no como archivo del pasado, sino como el proceso que transforma los materiales del pasado en materiales del presente, reelaborándolos continuamente sirve a los migrantes para reconstruir y adaptar su cultura y vida en el nuevo lugar de residencia o pasaje. En razón de lo anterior se podría decir que la memoria, individual o colectiva, al igual que la identidad y la cultura, es un proceso en permanente construcción, cambio y transformación. Es más, en una sociedad de clases como la nuestra, se puede hablar de una **memoria hegemónica**, patrocinada por la clase dominante en el ejercicio del poder estatal y de una **memoria subalterna** construida y preservada por sujetos sociales pertenecientes a las clases bajas y medias. En el caso de los migrantes lojanos, una forma de mantener la memoria de su tierra natal es poniendo nombres que los familiarizan con su ambiente de origen sea a caseríos, propiedades rurales, establecimientos comerciales o vehículos

(Cfr. Conde, 2004: 96); la organización para mantener tradiciones, socializar, revivir recuerdos entre migrantes y familiares y promover actividades culturales, artísticas, musicales y literarias es otra forma de preservar y reconstruir, de manera permanente, la memoria individual y colectiva. En la novela objeto de análisis el respeto por el pasado, por la memoria se evidencia en el valor que atribuyen al más anciano del pueblo: don Lizandro Fierro “No faltan quienes lo creen una especie de oráculo y se aprenden de memoria todas sus consejas, como si la sabiduría del pasado hablara por sus labios” (Rojas, 1985: 17); saben mantener las tradiciones, como aquella que data “de más de trescientos años” y que consiste en celebrar la fiesta en honor del Señor del Buen Suceso, Patrono de la parroquia de Yangana; mientras el pueblo que funden llegue a ser ciudad grande, el jefe del éxodo tiene muy clara la labor que deben cumplir las generaciones actuales frente a las nuevas, en lo atinente a la conservación de la memoria: “deber nuestro será conservar la memoria de lo que fuimos y de lo que hicimos, y mantenerlos libres y disciplinados, y criar a nuestros hijos enseñándoles a sentir el orgullo de ser nuestros descendientes” (Rojas, 1985: 348).

Conforme la ideología futurista, utópica (en el buen sentido del término), progresista que profesó Ángel Felicísimo Rojas y la actitud esperanzadora, positiva que siempre puso de manifiesto, tanto en el final de sus novelas como en sus intervenciones públicas, en la ficción objeto del presente análisis, a diferencia de la mayoría de novelas del realismo social que tenían desenlaces trágicos, terminaban en callejones sin salida o se advertía la ausencia de perspectiva futura, como si la vida no tuviera posibilidades de desarrollo futuro, el **sujeto migrante** de *El éxodo de Yangana* asoma como un agente potencialmente modernizador de nuestra selva amazónica oriental, fundador de nuevos y libérrimos pueblos, constructor de espacios geográficos de explotación agropecuaria, portador de una raigal tradición de amor a la cultura, al arte, la música y la literatura; un sujeto que respetando, potenciando y asumiendo la milenaria tradición comunitaria andina, permeada por algunos rasgos ideológicos de la doctrina socialista frente al usurpador gamonalismo latifundista defiende a rajatabla, y con el método que sea, la propiedad comunal de la tierra y todo lo que con ella se vincula:

Anchos son los terrenos comunes, que son de todos los hijos de este pueblo, pero que al mismo tiempo no son de nadie. La comunidad es de uno y es de todos. La comunidad es de todos y no es de nadie en particular. Es como el aire que se respira y como el agua que corre. Si alguien viene (...) a pretender despojarnos de lo nuestro, nosotros tenemos que defendernos atacando (Rojas, 1985: 271).

Coherentes con estas ideas comunitarias y socialistas, de la misma forma como solidaria y colectivamente asumieron el crimen colectivo, por el cual quedaron al margen de “la ley y la justicia” y emprendieron el éxodo como una manera no solo de eludir una confrontación violenta o de librarse de la feroz represión armada sino como un mecanismo de exterminar o liquidar a los hacendados, quienes sin el contingente de la mano de obra de los yanganenses nada podían producir; ahora, también, cuando ya llegan al lugar del asentamiento, sin aislarse del espíritu y acción colectivista, se disputan el honor de estar entre los fundadores de Nuevo Yangana: “yo quiero figurar como uno de los fundadores de esta nueva población...” (Rojas, 1985: 329); por supuesto que, frente a la presencia de tardíos rezagos de un Estado nación de corte oligárquico terrateniente, que tuvo plena vigencia en el siglo XIX, Nueva Yangana será la muestra representativa, no solo de la plena vigencia del Estado nación liberal democrático sino el germen de lo que pudo haber llegado a ser el Estado nacional socialista en el Ecuador, en razón de que los yanganenses se consideran, a sí mismos, las semillas selectas de lo más representativo de todas las especies humanas, de lo nuevo, del futuro, del porvenir y aspiran que el Nuevo pueblo que funden constituya un lugar en donde sus habitantes sean absolutamente libres como “el pájaro y como el jíbaro”.

En esta visión y acciones en pro de un futuro mejor poco importan las miserias, limitaciones y estrecheces del presente, como aquella ocasión en que el narrador protagonista Tobías Ocampo se ve obligado a comer en “platos hechos de calabaza y cuchara de palo” o el que la comida para sobrevivir hecha de carne de mono produzca “los sentimientos más desconcertantes de miedo, ferocidad, asco, odio y ternura” (Rojas, 1985: 285), puesto que lo que más interesa es idear cómo serán las calles, los edificios públicos, la agricultura y ganadería de propiedad comunal, el comercio y la educación en el Nuevo Yangana, cuyo destino labrado por los propios pobladores: “tiene que ser grande” como grandes son los sueños y utopías de sus mentalizadores y constructores; por ello, en palabras del personaje narrador, a diferencia de la añorada Yangana ahora reducida a cenizas y abandonada, que se había estancado en su desarrollo y progreso desde hacía muchos años, el pueblo que van a fundar: “tiene que crecer a nuestros ojos. Ninguna enjambrazón dejaremos que se separe de la colmena (...) Debemos multiplicarnos, debemos ser fecundos, debemos poblar (...) pero hemos de vivir de otra manera, de una manera mejor...” (Rojas, 1985: 349).

Empero, el sujeto migrante en *El éxodo de Yangana* de Ángel Felicísimo Rojas es, sobre todo, un **sujeto esperanzado** en el “horizonte de una mañana distinta”, en un nuevo amanecer pletórico de medios de subsistencia y de vida; en una nueva aurora blanca, pura y limpia de sangre humana injustamente derramada, en un ambiente libre de las cercas del latifundismo y de la persecución de las fuerzas represivas del Estado, en donde los gritos estentóreos de “_¡Viva Yangana libre! _¡Viva Pueblo Nuevo!” adquieran un significado, un sentido, no solo simbólico sino real, vívido, pleno y total.

Sin embargo, pese a todo lo hasta aquí expresado, quedan múltiples **dudas, inquietudes, interrogantes** respecto del sentido, de la simbolización, del porqué Ángel Felicísimo Rojas opta por la huída, el éxodo, la evasión como salida a un problema social de despojo territorial y centenarias injusticias, que más bien parecían conducir al enfrentamiento violento de los comuneros de Yangana con las fuerzas represivas del Estado y la ulterior masacre como ocurre en *Curipamba* o *Las cruces sobre el agua* de Gallegos Lara: ¿La solución de Rojas constituye un “inocente” artificio estético, literario y narrativo que, en otras circunstancias tempor espaciales, recrea la historia bíblica de el éxodo de los israelitas desde Egipto en dirección a “tierra prometida” en su Palestina natal? ¿Es la huída de un pueblo que quiere y necesita dejar atrás un pasado y un presente que los oprime, los explota, los asedia, los acorrala? ¿Es la mejor alternativa para un socialista moderado o reformista que, a toda costa, trata de evitar la confrontación violenta de los comuneros de Yangana con las fuerzas represivas del Estado? ¿*El éxodo de Yangana* simboliza el culmen de la tendencia realista social ecuatoriana de las décadas del treinta y cuarenta del siglo XX, que una vez agotadas todas sus posibilidades requiere la búsqueda y experimentación de nuevas temáticas, procedimientos, recursos y técnicas en la escritura de nuestra narrativa de ficción? ¿El abandono de los terratenientes latifundistas representa la muerte o final simbólico del injusto modo de producción capitalista que se caracteriza por la inequitativa distribución de los bienes materiales, culturales y simbólicos? ¿Es la búsqueda y construcción de un nuevo territorio, de nueva vida en un espacio geográfico todavía no hollado por la modernidad capitalista occidental? ¿Representa el anticipo de lo que será el sujeto moderno, migrante y heterogéneo como agente e instrumento de la modernidad occidental? ¿Constituye una premonitoria recreación de la realidad sociohistórica y cultural de los habitantes de la sureña provincia de Loja que, por variadas circunstancias, se han visto obligados a emigrar y fundar

Nuevas Lojas u organizar numerosas colonias de lojanos en otras latitudes geográficas del país o del extranjero?

CONCLUSIONES

1.- El liberalismo como ideología y doctrina política surge con la modernidad capitalista europea y en oposición al predominio del dogma religioso católico durante el feudalismo medieval. Su doctrina ha incidido en lo filosófico, económico y político y ha constituido guía orientadora en las luchas antimonárquicas, en las revoluciones burguesas y en las guerras de independencia de las colonias americanas.

En Ecuador la ideología liberal ha estado presente desde la época preindependentista con Eugenio Espejo y José Mejía Lequerica, orientó todo el proceso independentista y fue una de los dos sistemas doctrinarios que más aportó en la constitución y consolidación del Estado nacional ecuatoriano en el siglo XIX, con pensadores como Miguel Riofrío y Juan Montalvo y algunos Jefes de Estado que enarbolaron el ideario liberal. Cuando llegó a tomar las riendas del poder, en 1895, emprendió una obra de reforma ideológica, política y jurídica en pro de construir el Estado laico liberal; en educación sus baluartes fueron laicismo, gratuidad y obligatoriedad; se preocupó por mejorar las condiciones de vida de los sujetos más relegados y, por lo mismo, más vulnerables como los indígenas, la mujer y la clase trabajadora; evidenció, asimismo, algunas muestras de internacionalismo y antiimperialismo y una altiva defensa de nuestra heredad territorial, en 1910.

Sin embargo de lo dicho, en lo literario, la obra narrativa producida durante el periodo de hegemonía de la ideología liberal fue muy parca; solo se podrían considerar como dignos de recuerdo: Miguel Riofrío, Juan Montalvo, Roberto Andrade, Luis A. Martínez, José Rafael Bustamante, Manuel de J. Calle, José Alejo Palacios, Manuel Enrique Rengel.

Se podría decir que la ideología socialista es consubstancial a la humanidad; sin embargo, en su forma moderna arranca con el socialismo utópico hasta llegar al denominado socialismo científico, en su versión marxista, el cual se propone transformar radicalmente el injusto modo de producción capitalista y en su lugar instaurar, primero la sociedad socialista, con su lema “A cada cual según su trabajo” y luego la comunista, donde será posible la justicia y equidad total en la distribución de bienes y servicios: “A cada cual según su necesidad”. En Latinoamérica el socialismo surge, a fines del siglo XIX y principios del XX, por impulso de obreros inmigrantes desde Europa.

Los gérmenes del socialismo ecuatoriano se pueden ubicar por esta misma época, pero su organización como partido político se da durante la segunda década del siglo XX. Su influencia

en la reforma del Estado, en la política y en el estudio, análisis y planteamiento de alternativas de solución a los principales problemas del Ecuador se hace sentir desde esta misma década.

No obstante la heterogénea composición del socialismo ecuatoriano, sus debates internos, colaboración con gobiernos de ideología diferente, escisiones y reunificaciones ha dejado una impronta imborrable en la reforma social en el Ecuador, en la organización obrera, sindical, campesina, gremial, y estudiantil y, fundamentalmente, en la cultura y literatura de las décadas del veinte, treinta y cuarenta del siglo XX, puesto que militantes o amigos de esta tendencia ideológico política fueron los que hicieron realidad la edad de oro de nuestra narrativa, organizados en núcleos de escritores de ficción, ensayo, críticos y animadores, en Guayaquil, Quito, Cuenca y Loja.

2. Por propias confesiones se sabe que Ángel Felicísimo Rojas perteneció a una familia de raigal tradición y acendrados valores católicos religiosos, razón por la cual se vio obligado a ingresar, durante un año, en una escuela confesional, con el objeto de prepararse para realizar la primera comunión y, con ese motivo, la única confesión de su vida, ante un sacerdote. Sin embargo, fueron las instituciones educativas laicas de Loja, en las que se formó: Escuela Miguel Riofrío, Colegio Bernardo Valdivieso y Universidad Nacional de Loja, las que dejaron una profunda y definitiva huella. La difícil situación económica de Rojas, aunada a la conciencia social y de clase que fue despertando como producto de las sabias orientaciones de sus maestros de segunda enseñanza y de las lecturas de literatura marxista llevaron a nuestro autor, cuando solo tenía 16 años de edad, en 1926, a afiliarse y militar activamente en el Partido Socialista Ecuatoriano hasta 1960. En este año se desafilia y se distancia de la actividad política directa pero, teórica y formalmente, jamás renuncia a la ideología, doctrina y credo socialista, como lo declaró en el 2002, un año antes de su muerte.

Este pensamiento, ideología y militancia política, de alguna forma, se trasunta en su obra narrativa y ensayística, aunque sería un craso error ubicar, sin más, a la producción literaria de Rojas dentro del canon del realismo, que predominó en nuestra literatura en las décadas del treinta y cuarenta del siglo XX, puesto que la obra de Rojas, como lo ha valorado más de un crítico, tuvo ciertos elementos en común con esta escuela literaria pero también le aportó múltiples innovaciones estilísticas, técnicas y estructurales o, definitivamente, tomó prudente distancia respecto de la misma.

Con la guía teórica del socialismo marxista, en su obra ensayística, esboza una crítica del modo de producción capitalista vigente en el Ecuador y en la provincia de Loja. Similar situación

ocurre en sus ficciones narrativas como *El éxodo de Yangana* o *Curipamba*. Por su credo socialista, Rojas siempre trató de plantear un análisis general, abarcativo, omnicompreensivo de los problemas sociales del Ecuador sin particularizarlos a ningún grupo étnico, racial, sexual o etéreo; no obstante este pensamiento englobante, dadas las particularidades de la formación económico social y de la composición étnica de nuestro país, no pudo dejar de abordar, o al menos mencionar, el problema de los sujetos sociales más vulnerables como los indígenas, los negros, las mujeres y los niños. Estas ideas, de cierta manera, las desarrolla en su ensayo de mayor envergadura y difusión: *La novela ecuatoriana*, como también lo hace en gran parte de sus obras narrativas: *Un idilio bobo*, *Banca*, *Curipamba* y *El éxodo de Yangana*.

Ángel Felicísimo Rojas fue un maestro, por vocación y práctica. Se desempeñó como tal en los niveles primario, medio y superior. Su magisterio rebasó los reducidos límites de las aulas de clase para ampliarse, a través de artículos, difundidos en periódicos y revistas de Loja y otras ciudades del Ecuador. También reflexionó en torno a la problemática de la educación ecuatoriana y lo hizo en más de una obra ensayística o narrativa; en lo que planteó al respecto se observa la impronta de la doctrina política que profesó y el afán de progreso, superación y mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes del Ecuador, que es lo que mayoritariamente guió su pensamiento, escritura, obras y acciones.

Una de las razones por las cuales será recordado Ángel Felicísimo Rojas en nuestra historia literaria es por su obra de fundamentado, sagaz y certero crítico, en un primer momento, sobre todo de la obra narrativa del **Grupo de Guayaquil**, Jorge Icaza o algunos otros autores de Loja y el Ecuador. Su obra de mayor trascendencia, en este campo, es *La novela ecuatoriana*, en la que pasa revista, con juicio crítico ecuánime y penetrante a lo mejor de nuestra producción narrativa escrita y publicada entre 1830 y 1945. Los ensayos cortos que, sobre esta misma temática, publicó con posterioridad solo constituyen pequeñas ampliaciones, variaciones o actualizaciones; por lógica consecuencia, tenemos la sensación de que nos quedó debiendo un segundo volumen sobre la novela (o más bien dicho narrativa) ecuatoriana que tantos pidieron, reclamaron, exigieron y él ofreció.

El problema religioso no podía ser indiferente a un autor con la formación ideológica y doctrinaria de Ángel Felicísimo Rojas. Está presente en su obra ensayística, narrativa y en las entrevistas a que hemos tenido acceso. En su tratamiento casi siempre se avizora una actitud crítica de la religión católica, en tanto efectivo aparato ideológico de un Estado burgués capitalista y aliada incondicional de las clases dominantes, en sus luchas y tensiones permanentes con las clases bajas del Ecuador.

Ángel Felicísimo Rojas tampoco fue indiferente al **internacionalismo** que caracteriza a la doctrina socialista, esta actitud se deja entrever, sobre todo, en el espíritu solidario con la causa republicana española que identificó a la intelectualidad ecuatoriana de izquierda, durante la Guerra Civil que desangró a la nación ibérica, entre 1936 y 1939. El **Antiimperialismo**, enarbolados por el liberalismo y el socialismo ecuatorianos fue otro de los temas que preocupó a Rojas en sus ensayos y lo desarrolló, hasta las últimas consecuencias, en su novela sobre la mina: *Curipamba*. El espíritu patriótico de Rojas, así como su capacidad de síntesis quedó palmariamente patentizado al tratar los **problemas limítrofes del Ecuador** en su ensayo *El Ecuador entre Colombia y el Perú*, en donde con la precisión del dato histórico, la claridad del juicio crítico y la evidencia de las cifras demuestra como hemos quedado reducidos a la mínima expresión, en cuanto a dimensiones territoriales, debido al insaciable afán expansionista de nuestros vecinos, la indiferencia de la diplomacia internacional que permite la imposición del más fuerte y la incuria de nuestra clases dominantes, que se han turnado en la conducción de los destinos del Ecuador, desde su constitución como Estado libre, soberano e independiente, el 13 de mayo de 1830.

3. La **migración**, como movimiento de entrada y salida de personas, al cambiar de lugar de residencia habitual, sea en forma temporal o definitiva, es un fenómeno sociológico consubstancial al origen y desarrollo histórico de la humanidad. Abundan los ejemplos sobre grandes desplazamientos poblacionales, desde tiempos remotos, en el ámbito mundial, latinoamericano, ecuatoriano y en la provincia de Loja.

En el Ecuador las migraciones internas se han dirigido principalmente desde el campo a la ciudad y desde la sierra hacia la costa y la región amazónica. Loja, por circunstancias que se analizan en el capítulo precedente, tiene una raigal tradición migratoria que iniciada en sus mismos orígenes históricos, se ha mantenido a través de los siglos, se ha profundizado en algunas décadas del siglo XX y se ha agudizado en los últimos años. Su participación en los movimientos poblacionales ha sido, principalmente, como expulsora de emigrantes, desde el campo o la ciudad hacia otras provincias de la costa, la amazonía, la sierra, las grandes ciudades del Ecuador y, últimamente, ha sido una de las provincias pioneras en la emigración internacional hacia Europa y Norteamérica.

El fenómeno sociológico de la migración, visto desde el ángulo de la emigración (o éxodo) o la inmigración, ha sido retomado en algunas novelas clave del canon de la literatura universal, latinoamericana y ecuatoriana. Sin embargo, es Ángel Felicísimo Rojas, con su novela

más importante *El éxodo de Yangana*, quien mejor recrea, en amplitud, profundidad y detalle, el proceso migratorio en todas sus fases, desde la fundamentada denuncia y acerba crítica de las causas más remotas, determinantes y coadyuvantes; la deliberación y dramática decisión de salir, de huir ante el inminente peligro de perder la libertad y la vida; la épica narración del viaje de los yanganenses más prototípicos y representativos; la emotiva visión de Palanda “la tierra prometida”; la llegada y los preparativos para el asentamiento en el lugar de destino final, en plena selva amazónica del suroriente ecuatoriano.

La heterogeneidad y su mejor arquetipo el sujeto migrante, como categorías explicativas de la compleja y megadiversa realidad cultural latinoamericana, se evidencian como muy fecundas a la hora de analizar novelas clave de nuestra literatura ecuatoriana y latinoamericana como *El éxodo de Yangana* de Ángel Felicísimo Rojas, en donde la heterogeneidad, mediante variados y complejos mecanismos, se manifiesta en lo étnico, económico, médico, político administrativo, literario y religioso; el sujeto migrante, asimismo, a través de las interrelaciones sociales y con la naturaleza, en la que se halla inserto o se desenvuelve, patentiza algunos de sus rasgos caracterizadores como la performatividad, el sentimiento de desarraigo, la nostalgia y la melancolía por la tierra nativa que abandona para siempre, la memoria (individual y colectiva) y sus mecanismos de conservación y reconstitución permanente y la visión esperanzada, respecto del mejoramiento de la justicia, las condiciones económicas, sociales, de vida y de perpetuación del pueblo de Yangana, en un ambiente de total y absoluta libertad, un Nuevo Yangana, Yangana libre, Pueblo Nuevo que se disponen a fundar, en lo más cerrado de la aún virginal región amazónica ecuatoriana.

BIBLIOGRAFÍA:

- AGUIRRE TIRADO, Fausto. 1987. *Materiales para el estudio de la obra de Rojas*. Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo Provincial de Loja. 59p.
- ALBÁN GÓMEZ, Ernesto; AYALA MORA, Enrique; GRIJALVA J., Agustín. 1994. *Elecciones, ideologías y programas políticos*. Quito, Corporación Editora Nacional. 251p.
- AYALA MORA, Enrique. 1988. *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*. 4 ed. Quito, Corporación Editora Nacional. 354p.
- _____. 1989. *Los partidos políticos en el Ecuador: síntesis histórica*. Quito, La Tierra. 95p.
- _____. (Ed.). 1990. *Nueva historia del Ecuador*. Quito, Corporación Editora Nacional y Grijalbo. 15 vols.
- _____. 2003. *El socialismo ecuatoriano en la historia*. Quito, La Tierra. 47p.
- BENEDETTI, Mario. 1986. *Subdesarrollo y letras de la osadía*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- BOBBIO, Norberto; MATEUCCI, Nicola; PASQUINO, Gianfranco. 1983. *Diccionario de política*. México, Siglo veintiuno.
- BORJA CEVALLOS, Rodrigo. 1997. *Enciclopedia de la política*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BUENO, Raúl. 1996. "Sobre la heterogeneidad cultural y literaria en América Latina" en *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Estados Unidos de Norteamérica, Asociación Internacional de Peruanistas. Pp. 21-36.
- _____. 1998. "Heterogeneidad migrante y crisis del modelo radial de cultura" en MORAÑA, Mabel (Ed.). *Indigenismo hacia el fin del milenio. Homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Pp. 253-268.
- _____. 2002. "Sujeto migrante. Constitución de una categoría de estudios culturales" en SCHIMIDT-WELLE, Friedhelm (Ed.). *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos*. Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Pp. 194-209.
- CALDERÓN CHICO, Carlos. 1991. *Tres maestros: Ángel Felicísimo Rojas, Adalberto Ortiz y Leopoldo Benites se confiesan a sí mismos*. Guayaquil, Universidad Estatal de Guayaquil.

- CARRIÓN, Benjamín. 1958. *El nuevo relato ecuatoriano: crítica y antología*. 2 ed. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana. 2 vols.
- CASTRO TORRES, Marlene Elizabeth. 1997. *Ángel Felicísimo Rojas: una solución al indigenismo, Banca y El éxodo de Yangana*. Tesis de licenciatura en literatura y castellano presentada a la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Estatal de Guayaquil. 43p.
- CISNEROS, César. 1988. "Demografía y estadística indigenista" en *Población, migración y empleo en el Ecuador*. Quito, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- CONDE SALINAS, Ángel. 2004. *Identidad y transmisión cultural del migrante lojano: en el contexto de la ciudad de Santo Domingo de los Colorados*. Loja, Casa de la Cultura de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo Provincial de Loja. 133p.
- CYMERMAN, Claude. 1994. "La literatura hispanoamericana y el exilio" en *Revista iberoamericana*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Universidad de Pittsburg. Pp. 523- 550.
- CORNEJO POLAR, Antonio. 1994. *Escribir en el aire: ensayos sobre la heterogeneidad socio-cultural*. Lima, Horizonte.
- _____.1995. "Condición migrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas" en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. xxi / 42. Pp. 101-109.
- _____. 1996. "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrante en el Perú moderno" en *Revista Iberoamericana* lxxii / 176-177. Pp. 837-844.
- CUEVA DÁVILA, Agustín. 1986. *Lecturas y rupturas*. Quito, Editorial Planeta.
- _____. 1987. *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*. Quito, Planeta. 186p.
- _____. 1993. *Literatura y conciencia histórica en América Latina*. Quito, Editorial Planeta. 167p.
- DUEÑAS VERA, Luis et al. 1969. *Cuentos manabitas*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana. 205p.
- DUJOVNE ORTIZ, Alicia. 2002. *Al que se va*. Buenos Aires, Libros de Zorzal. 91p.
- FERNÁNDEZ, María del Carmen. 1991. *El realismo abierto de Pablo Palacio en la encrucijada de los treinta*. Quito, Libri Mundi / Enrique Grosse-Luermen.
- FUNDACIÓN HERMANOS "MORA REYES". 1995. *Ángel Felicísimo Rojas*. Quito, s.n.t. 47p.

- GUERRERO CARRIÓN, Trosky. 1986. *La descapitalización del agro y la situación campesina: análisis sobre la zona centro Loja*. Loja, Universidad Nacional de Loja. 101p.
- _____. 2003. *Espejismo y realidad de la emigración lojana*. Loja, Universidad Nacional de Loja. 224p.
- HURTADO LARREA, Oswaldo. 1969. *Dos mundos superpuestos: ensayo de diagnóstico de la realidad ecuatoriana*. Quito, Instituto Ecuatoriano para el Desarrollo Social. 120p.
- ICAZA, Patricio. 1989. “José Peralta y la acción laboral del liberalismo” en *Visión actual de José Peralta*. Quito, Fundación Friedrich Nauman. Pp. 425-447.
- JARAMILLO ALVARADO, Pío. 1924. *La Asamblea Liberal y sus aspectos políticos*. Quito, Editorial Quito.
- JIJÓN, Carlos. 1983. “Ángel Felicísimo Rojas: un clérigo suelto del socialismo” en *Vistazo*, No 377. Guayaquil. Pp.46-48.
- LARREA, C. Alberto. 1903. “Breve estudio sobre las principales escuelas que pretenden mejorar la condición del obrero” en *Revista de la Sociedad Jurídico Literaria*, Año II, Quito. Pp. 11 y ss.
- LYNN SMITH, T. 1963. *Sociología rural*. Zulia, Universidad del Zulia. 148p.
- MONTEFORTE TOLEDO, Mario (Dir.). 1976. *Literatura, ideología y lenguaje*. México, D. F., Grijalbo. 385p.
- NÚÑEZ SÁNCHEZ, Jorge. 1993. *Ensayos sobre historia de las ideas en América*. Guaranda, Universidad Estatal de Bolívar. 115p.
- ORTEGA CAICEDO, Alicia. 2001. “Homenaje a Ángel Felicísimo Rojas, Alicia Yáñez Cosíos y Carlos Joaquín Córdova Malo” en *Kipus: Revista andina de letras*, No 12. Pp. 3-8.
- PALADINES, Carlos. 1990. *Sentido y trayectoria del pensamiento ecuatoriano*. Quito, Banco Central del Ecuador. 415p.
- PALADINES, Félix. 2000. *Identidad y raíces*. Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo Provincial de Loja. 264p.
- PARTIDO SOCIALISTA ECUATORIANO. 1978. *Labores de la Asamblea Nacional Socialista y Manifiesto del Consejo Central socialista* (Quito, 16-23 de mayo de 1926). Guayaquil, Departamento de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Estatal de Guayaquil. 100p.

- PEÑAHERRERA PADILLA, Blasco. 1991. *El liberalismo en el Ecuador: de la gesta al porvenir*. Quito, Corporación Editora Nacional. 258p.
- PERALTA, José. 1911. *El régimen liberal y el régimen conservador juzgados por sus obras*. Quito, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios. 156p.
- PERUS, Françoise. 1982. *Historia y crítica literaria: el realismo social y la crítica de la dominación oligárquica*. La Habana, Casa de las Américas.
- PINZA SUÁREZ, Benjamín. 1975. *El éxodo de Yangana de Ángel Felicísimo Rojas como obra de importancia dentro de la relativística ecuatoriana*. Tesis de licenciatura en Ciencias de la Educación, Especialidad: Lengua y Literatura presentada en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de Loja. 145p.
- POWERS VIEIRA, Karen. 1994. *prendas con pies: migraciones indígenas y supervivencia cultural en la Audiencia de Quito*. Quito, Abya Yala. 429p.
- QUEVEDO, Belisario. 1981. *Ensayos sociológicos, políticos y morales*. Quito, Banco Central del Ecuador.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA. 2001. *Diccionario de la Lengua Española*. 22 ed. Madrid, Espasa Calpe. 2 tomos.
- RENGIFO VÁSQUEZ, Grimaldo. 1997. "Participación o crianza en el mundo andino" en SÁNCHEZ-PARGA, José. *Enfoques participativos para el desarrollo rural*. Quito, CAAP. 145P.
- RODAS CHÁVEZ, Germán. 2004. *La izquierda en el Ecuador: aproximación histórica*. 2 ed. Quito, La Tierra. 208p.
- RODRÍGUEZ, Martha. 2003. "Ángel Felicísimo Rojas: la identidad como opción y la posibilidad de regreso" en *Kipus: Revista andina de letras*, No 16. Pp. 3-15.
- ROIG, Arturo Andrés. 1977. *Esquemas para la historia de la filosofía ecuatoriana*. Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador. 137p.
- ROJAS, Ángel F. 1936. "Los nuevos: un decenio de producción literaria" en *Ecuador*, Año I, No 4. Quito, s.n.t. Pp. 29-35.
- _____. 1944. "Informe sobre el relato ecuatoriano de los últimos años" en *Revista de Colegio Nacional Vicente Rocafuerte*, Segunda época, Año XXI: No 55. Pp. 15-24.
- _____. 1945. "Libros ecuatorianos de 1944" en *Revista de la Casa de la Cultura ecuatoriana*, Año I, No 2. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana. Pp. 294-310.
- _____. s.f. *La novela ecuatoriana*. Guayaquil, Ariel. 238p.

- _____. “El proceso cultural del país” en *Cuadernos del Guayas*, No 46. Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas. Pp. 7-17.
- _____. 1980. “La novela en ciento cincuenta años de vida republicana” en *Libro del sesquicentenario*. Quito, Corporación Editora Nacional. Pp. 385-394.
- _____. 1981. *Banca*. Loja, Colegio Nacional Bernardo Valdivieso. 285p.
- _____. 1983. *Curipamba*. Loja, Colegio Nacional Bernardo Valdivieso. 426 p.
- _____. 1984. *Un idilio bobo*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana. 361p.
- _____. 1988. “Misión social de la universidad” en Arellano Escobar, Estuardo (comp.) *Pensamiento universitario ecuatoriano: segunda parte*. Quito, Banco Central del Ecuador. 585p.
- _____. 1985. *El éxodo de Yangana*. Quito, El Conejo. 360p.
- _____. 1990. “La literatura narrativa del Ecuador en la época republicana” en *Revista del Instituto de Altos Estudios Nacionales*. Quito. Pp. 203-219.
- _____. 1998. *El busto de doña Leonor: cuentos de juventud*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana. 174p.
- ROJAS, Ángel F.; AGUIRRE TIRADO, Fausto (Editor). 2004. *Obras completas*. Loja, Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja. 3 tomos.
- ROSENTAL, M. M.; IUDIN, P. F. s. f. *Diccionario filosófico*. Bogotá, Ediciones Nacionales. 496p.
- SALAZAR ESTRADA, Yovany. 2000. *Lectura plural de La mala hora de Leopoldo Benítez Vinuesa*. Loja, Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo Provincial de Loja. 244p.
- VALLEJO CORRAL, Raúl. 2003. *Manual de escritura académica: guía para estudiantes y profesores*. Quito, Corporación Editora Nacional. 212p.
- VICH, Víctor. 2001. “Sobre cultura, heterogeneidad y diferencia” en *Estudios culturales: discursos, poderes y pulsiones*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. Pp. 27-41.